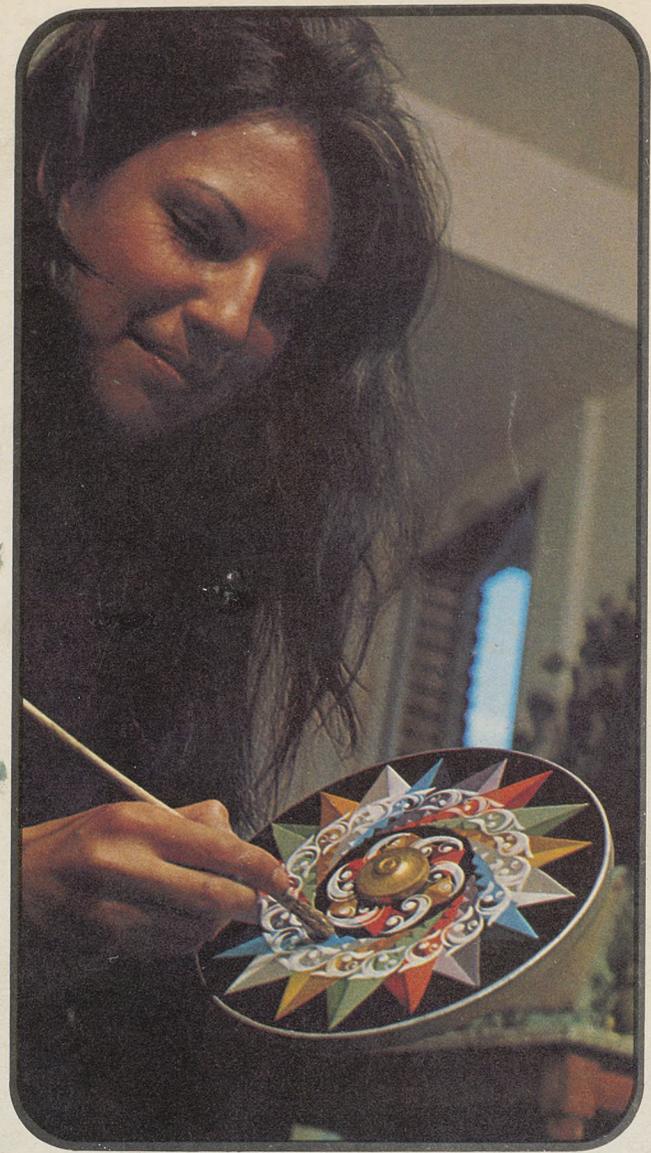


MUNDO HISPÁNICO

ENERO
1975
35
Ptas.

LA DEFENSA AEREA • EL DESCUBRIMIENTO DEL ARCHIPIELAGO DE JUAN FERNANDEZ • BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO: «DECLARACION DE MADRID» • CARRETAS DECORADAS • LOS SIGLOS DE ORO DE ESPAÑA • LAS CASAS Y LA LEYENDA NEGRA • ARTE: DARIO VILLALBA Y JULIO ROMERO DE TORRES

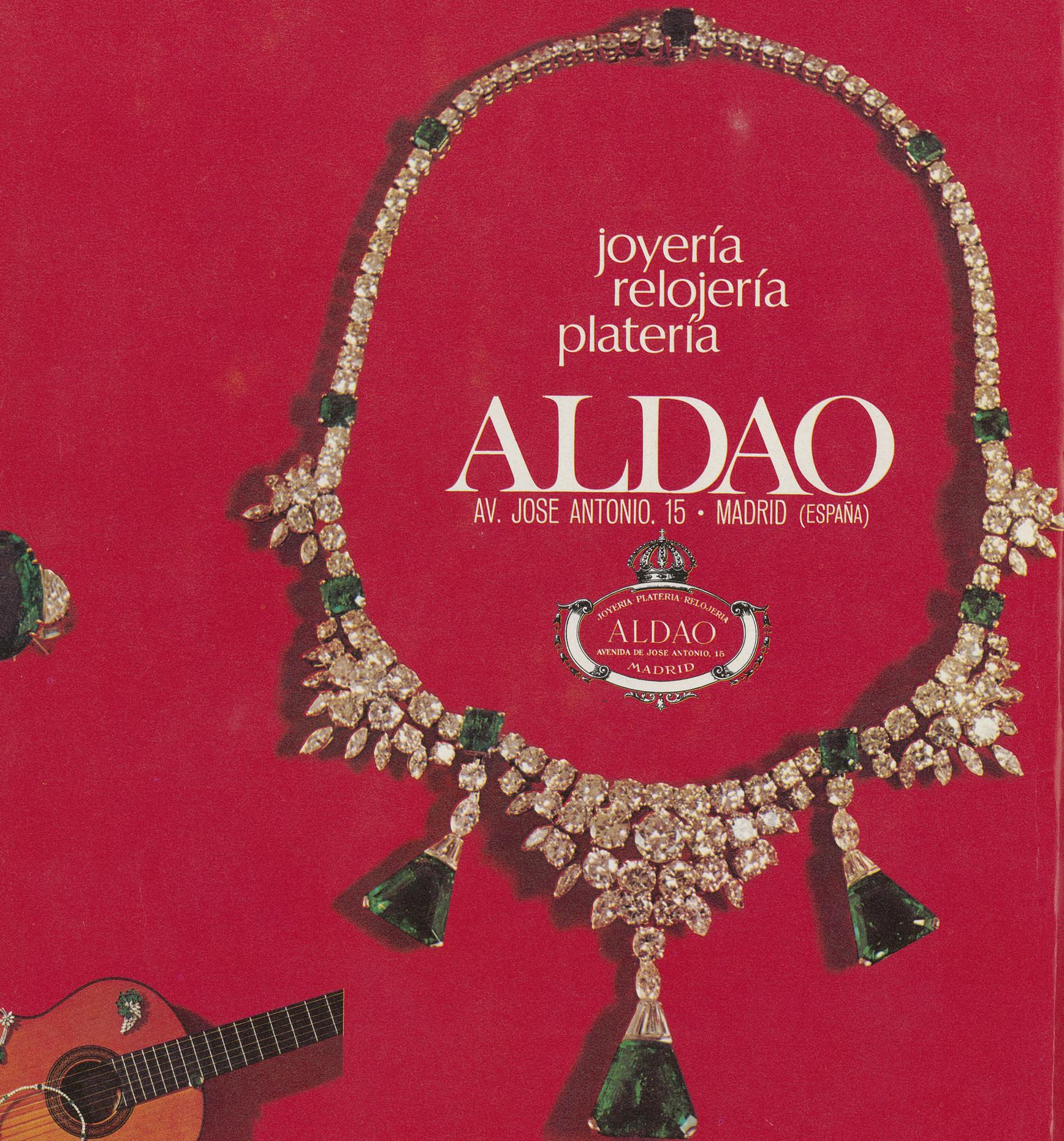
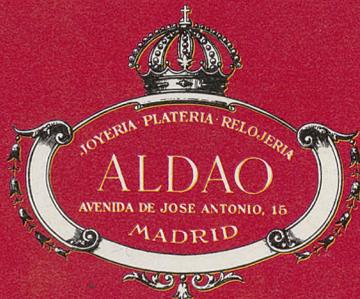


aldao saluda al mundo hispánico

joyería
relojería
platería

ALDAO

AV. JOSE ANTONIO, 15 • MADRID (ESPAÑA)





LA CARRETERA COSTARRICENSE
 ALA DE DEFENSA
 DARIO VILLALBA
 TIRANO BANDERAS
 BILBAO - XVI (CINE)

sumario

**MUNDO
 HISPÁNICO**

DIRECTOR: JOSE GARCIA NIETO - ENERO 1975 - AÑO XXVIII - N.º 322

DIRECCION, REDACCION
 Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos
 Ciudad Universitaria, Madrid-3

TELEFONOS

Redacción..... 244 06 00
 Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA
 TODOS LOS SERVICIOS

Apartado de Correos 245
 Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas
 (E. I. S. A.)
 Oñate, 15 - Madrid-20

IMPRESO POR

HERACLIO FOURNIER, S. A. - VITORIA
 ENTERED AS SECOND CLASS MAT-
 TER AT THE POST OFFICE AT NEW
 YORK, MONTHLY: 1969. NUMBER
 258, «MUNDO HISPANICO» ROIG
 SPANISH BOOKS, 208 WEST 14th
 Street. NEW YORK, N. Y. 10011

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA Y PORTUGAL.—Un año,
 500 ptas. Dos años, 800 ptas.
 Tres años, 1.200 ptas.

IBEROAMERICA Y FILIPINAS.—Un
 año, 14 dólares. Dos años, 24
 dólares. Tres años, 34 dólares.

EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUER-
 TO RICO Y OTROS PAISES.—Un
 año, 20 dólares. Dos años, 35
 dólares. Tres años, 50 dólares.

En los precios anteriormente in-
 dicados están incluidos los gastos
 de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034-1958

PORTADA: SS. AA. RR. los Duques de Cádiz en la República Dominicana.
 Carretas decoradas. Polo femenino.

Estafeta.....	6
Declaración de Madrid.....	8
Lo previsible y lo imprevisible para 1975, por Vintila Horia.....	10
Iberoamérica en la prensa española.....	12
El descubrimiento del archipiélago de Juan Fernández, por Manuel Ballesteros.	16
Carretas decoradas, por N. L. P.....	18
La defensa aérea, por D. I. S.....	25
Los libros, por Miguel Pérez Ferrero.....	30
Una nueva industria para el futuro.....	31
Santiago Rojas, famoso mascarero, por R. E. B.....	34
Polo femenino.....	38
Ignacio López Tarso, por María Teresa Alexander.....	42
Darío Villalba y el sufrimiento, por Enrique Azcoaga.....	44
Una exposición excepcional en Santiago de Chile, por Demetrio Ramos.....	48
Los siglos de oro de España, por Roque Esteban Scarpa.....	49
Filatelia, por Luis María Lorente.....	50
Las Casas y la leyenda negra, por Francisco Morales Padrón.....	51
El padre Las Casas según su rostro, por Juan Quiñonero Gálvez.....	55
Objetivo hispánico.....	59
España desde América-I, por Ernesto La Orden Miracle.....	63
El cine-información y el cine-documento, por M. O.....	67
El Museo del pintor Julio Romero de Torres en Córdoba, por Cecilio Barberán..	69
Hoy y mañana de la Hispanidad.....	72

LO PREVISIBLE Y LO

por Vintila HORIA

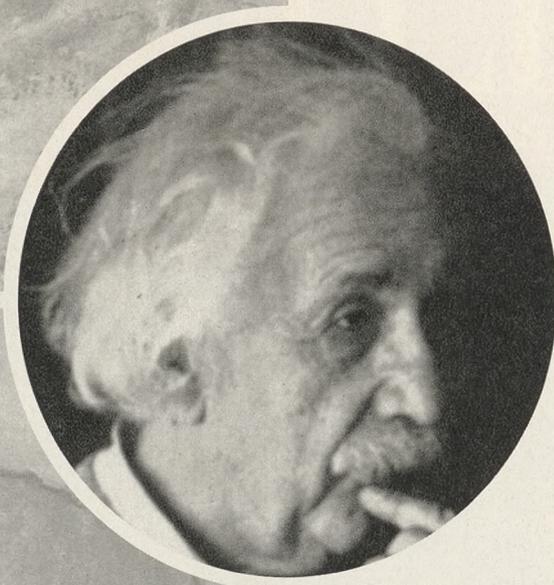
NUNCA estuvimos tan seguros del futuro como hoy, y nunca menos seguros, ya que sabemos, en grandes líneas de prospectiva, lo que nos espera en los próximos meses y años. Es que la nueva ciencia de la futurología, y los estudios de prospectiva que se están realizando con métodos más o menos precisos, nos han acostumbrado a vivir en el futuro, que ha dejado de ser una tierra incógnita, como lo era antes, para transformarse en algo palpable y hasta controlable. Esta sensación de «futuro presente», esta convivencia con el porvenir, no acaba sin embargo de quitarnos el miedo ancestral que siempre tuvimos ante lo que sólo los dioses sabían manejar de antemano. Nuestro destino, a pesar de la cibernética, de las computadoras y de la futurología, no nos resulta más benévolo que hace dos mil años o que al final de ochocientos. ¿Por qué?

Contestar esta pregunta es meterse de lleno en las entrañas de 1975.

Es que ha sucedido algo, en el primer tercio de nuestro siglo, una ruptura en la materia, podríamos decir, y, desde aquel momento, la humanidad puede ser considerada como un factor previsible y el ser humano como algo que se escapa totalmente a cualquier intento de profecía. Esto fue posible desde el momento en que la física cuántica, con Max Planck, Werner Heisenberg, Niels Bohr, Wolfgang Pauli y otros, han establecido un límite, una frontera infranqueable, por lo menos desde el punto de vista lógico, entre marco y microcosmos. Lo macrocósmico lo constituyen los grandes conjuntos sujetos al poder mágico de la estadística, las galaxias, los sistemas planetarios, todo lo que se ajusta a las leyes de los grandes números, el hombre como masa, o la humanidad. Lo microcósmico es el espacio infinitamente más pequeño, que colinda, por un lado, con los átomos y, por el otro, con el individuo. Atomo en griego significa lo que no se puede dividir, lo indivisible o, en latín, el individuo. Y este pequeño mundo esencial, según el principio establecido por Heisenberg, llamado «de la incertidumbre», no se puede predecir, sino de manera muy escasa o parcial.

El ejemplo que dan los físicos cuando se trata de esclarecer esta diferencia es el siguiente: una sociedad de seguros sabe a ciencia cierta cual es el número de seres humanos que van a fallecer en una ciudad o en un país y, según los cálculos que realiza, impone a sus clientes unas cuotas anuales. Sin embargo, dentro del marco de esta precisión matemática, ninguna sociedad de seguros es capaz de afirmar que tal persona, fulano o mengano, fallecerán dentro del espacio de tiempo enfocado. La previsión es valedera para el aspecto macrocósmico del hombre, no para el microcósmico.

Obligados a este «distingo», lo que se puede prever para 1975 se relaciona, dentro del marco científico del asunto, con los grandes rasgos de la humanidad: la crisis económica alcanzará probablemente su punto máximo hacia me-

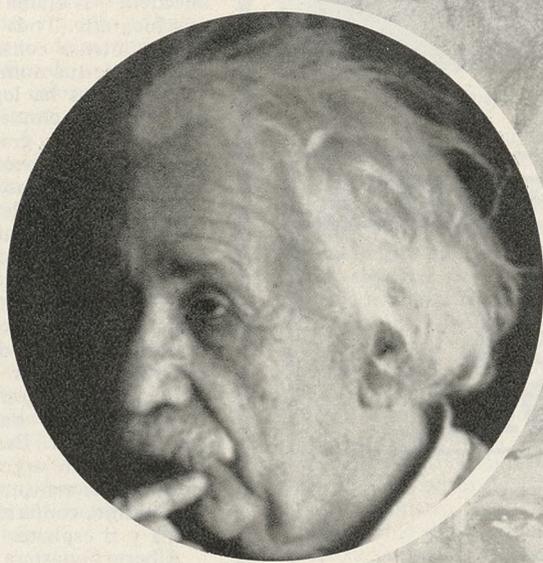


IMPREVISIBLE PARA 1975

diados de 1975, seguiremos apretando el cinturón, habrá, como consecuencia lógica de dicha crisis, movimientos de tipo político en varios países (podríamos incluso decir en cuales de ellos), el problema llamado «oriente medio» no llegará a resolverse, por lo menos durante este año, habrá escasez de algunos alimentos básicos en varios países y es posible que a través de la FAO y de la ONU el hombre llegue a tener ciertas obligaciones de trabajo, en lo que sobre todo a la agricultura se refiere, como nunca en el pasado. Basta programar debidamente una computadora con los datos que tenemos al alcance de la mano, para saber con rigurosa precisión cuales serán las consecuencias, los efectos inmediatos, de las causas esbozadas durante 1974.

Sin embargo, si pasamos al aspecto microcósmico, al ser humano como tal, la cuestión cambia. Morirá algún rey, algún político importante, alguna personalidad del mundo de las letras o de la ciencia, pero ¿quién? Otros se casarán y los semanarios ilustrados harán hablar a las señoras en las peluquerías. Pero ¿quién? En este sector de lo individual, los únicos que se atreven a profetizar son los adivinos, los que se sitúan fuera de las reglas y leyes de la ciencia. Manejando un don innato o, sencillamente, la estupidez colectiva, estos magos pronunciarán nombres, darán fechas, citarán lugares. Pero, ya lo sabemos, este tipo de profecía, que abunda a principios de cada año, se olvida en seguida y los magos, a pesar de haberse equivocado, no pierden su prestigio, y en 1976 podrán volver a profetizar en el marco de la misma ciencia ficción. Algunos acertarán, los pocos que poseen de verdad, pero sólo en el espacio de lo paranormal, el don auténtico de la profecía, como las sacerdotisas de Apolo en Delfos.

Lo previsible, pues, nos atañe a todos, lo imprevisible a cada uno. Es una conclusión que implica cierto heroísmo, pero ¿no es heroica la condición humana en sí? Al haber descubierto y aceptado el principio de la incertidumbre como ley fundamental de la vida individual, nuestro destino aparece como mucho más complicado que antes, y más difícil de aguantar. Pero hay una compensación que nos aproxima a los dioses: hasta el destino previsible de las masas, de los grandes números humanos, se vuelve imprevisible a veces —sería demasiado sencillo si no— en aquellos momentos privilegiados de la humanidad en que uno sólo (Jesucristo, Augusto, Carlos I, Felipe II, Napoleón, y otros) con un solo golpe de destino, con su sola aparición en medio de nosotros, hacen que los mismos grandes números se tambaleen y se estremezcan las estadísticas. Pero un solo hombre es imprevisible. Es posible que aparezca en 1975. Es posible que no... Y entonces ni siquiera la seguridad de la crisis política, económica y espiritual de la que está padeciendo el mundo, es tan segura como nos lo quieren presentar.



IBEROAMERICA EN LA PRENSA ESPAÑOLA

EL MAESTRO ALBERTO GINASTERA

RUMBO DE LA EDUCACION
EN COSTA RICA

EL RETO DE LA HISPANIDAD

RESONANCIA DE LA MUERTE DE
ALFONSO JUNCO

FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ
EN MADRID

EL MAESTRO ALBERTO GINASTERA

EL gran músico argentino es sin disputa uno de los máximos puntales de la creación musical en Hispanoamérica. En nuestro número de noviembre nos ocupamos de evocar la memoria de Héitor Villalobos. Hoy, la oportunidad de rendir homenaje a Alberto Ginastera nos viene dada por la publicación en *La Vanguardia* de Barcelona del artículo de José Guerrero Martín que pasamos a reproducir:

«En la literatura, las ciencias, las artes plásticas y en la música, Argentina ha producido valores de dimensión universal, cuyas obras tienen vigencia permanente e influencia en la formación espiritual de las nuevas generaciones aun en otros continentes que no sean el americano. Alberto Ginastera es el compositor argentino que ha obtenido las más valiosas distinciones en el ámbito de la música contemporánea y el que ha recibido el más amplio aplauso, por su originalidad y fuerza expresiva, por parte de los públicos más exigentes de los centros de su propio país, de Europa y de los Estados Unidos. En su vida no hay espectaculares desplantes para el brillo de la anécdota o la trama novelesca de una biografía. Toda su existencia es una intensa consagración a la creación de sus numerosas obras: en las breves ha logrado verdaderas joyas incluidas permanentemente por los grandes concertistas en sus repertorios; y en los conciertos y óperas, una calidad indiscutible que le sitúa entre los compositores modernos preferidos por el aficionado a la buena música.

Ginastera es un músico universal por su temática y su estructura, por la calidad de su creación estética, sin perder —como ocurre en todo gran compositor— las esencias de su nacionalidad o continentalidad. Es, sobre todo, profundamente argentino y americano. Nacionalismo no exterior, sino íntimo, conferido por la geografía y el espíritu.

Alberto Ginastera nació en Buenos Aires, el 11 de abril de 1916, de padres argentinos. Su abuelo paterno era un inmigrante catalán; el materno, un italiano de Lombardía. A los siete años empezó a tomar lecciones particulares de música y a los doce ingresó en el Conservatorio Villiams. En 1936 se matriculó en el Conservatorio Nacional de Música, donde tuvo como maestros a José André, Athos Palma y José Gil, graduándose en 1938. Siendo estudiante compone sus primeras obras: «Cantos del Tucumán», «Danzas argentinas» (ambas para piano) y el ballet «Panambi». Por ese tiempo ya eran nombres en la música argentina Juan José Castro, Luis Giannone, Jacobo Ficher y otros. Fue precisamente Castro, como director de orquesta, quien estrenó en el Teatro Colón —en 1937— la «suite» sinfónica del ballet «Panambi», lo que significó un renombre para Ginastera dentro y fuera de su país.

ENTRE LOS PRIMEROS DEL SIGLO XX

En 1941, al actuar en Buenos Aires, Lincoln Kirstein con su ballet «Caravan», encargó a Ginastera la composición de un

nuevo ballet, y éste compuso «Estancia». Entran en el periodo juvenil otras creaciones: «Cinco canciones populares argentinas», «Las horas de una estancia» (para piano y canto); «Tres piezas», «Malambo» y «Doce preludios americanos» (para piano); «Obertura para el Fausto Criollo» y «Ollantay» (para orquesta); «Lamentaciones de Jeremías Profeta» (para coro). En 1945, y gracias a una beca de la Fundación Guggenheim, marchó Ginastera a Estados Unidos, donde se quedó quince meses. El célebre director Erich Kleiber, al frente de la Orquesta de la NBC, estrenó en Nueva York la «suite» del ballet «Panambi». La Unión Panamericana de Washington y la Liga de Compositores de Nueva York dedicaron conciertos a las obras de cámara de Ginastera.



Ginastera

Por encargo del Pittsburgh International Contemporary Music Festival, compuso la «Sonata para piano» (1952); la «Pampeana número 3», para la Orquesta de Louisville (1954); el «Segundo cuarteto de cuerdas», para la Fundación Elizabeth Sprague Coolidge, de la Biblioteca del Congreso de Washington (1958); el «Concierto para arpa y orquesta», para la arpista Edna Phillips; el «Concierto para piano y orquesta», para la Fundación Koussevitsky; la «Cantata para América Mágica», para la Fundación From; el «Concierto para violín y orquesta», para la Orquesta Filarmónica de Nueva York, y la cantata «Bomarzo», para la Fundación Elizabeth Sprague Coolidge, mencionada anteriormente.

Continuaron los encargos, y Ginastera compuso las «Variaciones concertantes», para la Asociación Amigos de la Música de Buenos Aires; el «Quinteto para piano y cuerdas», para el Mozarteum Argentino; la ópera «Don Rodrigo», para la Municipalidad de Buenos Aires y para ser representada en el Teatro Colón. Luego siguieron la «Sinfonía Don Rodrigo», para el I Festival de Música de América y España (dispuesto por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid), y el «Concerto per corde», para el III Festival Interamericano de Caracas.

En 1952, el Instituto Carnegie y el Pennsylvania College for Women le encargaron la «Sonata para piano», luego de haber sido elegido por un jurado internacional como uno de los cincuenta compositores mundiales que más se han destacado en el siglo XX.

Alberto Ginastera está considerado hoy como uno de los más altos exponentes en la composición de ópera. Como queda dicho, la Municipalidad de Buenos Aires le encargó en 1962 una ópera para ser estrenada en la temporada de

1964 en el Teatro Colón. El libro lo proporcionó el dramaturgo español Alejandro Casona, residente entonces en la capital argentina, recreando la figura de Don Rodrigo, el último rey godo en España, cuya leyenda inspirara a Walter Scott y otros escritores y sirviera de origen para la música del «Rodrigo» de Handel. «Don Rodrigo» se estrenó en el Teatro Colón bonaerense el 24 de julio de 1964, bajo la dirección de Bruno Bartoletti. El éxito fue realmente consagratorio. En Nueva York, el estreno coincidió con la inauguración del New York State Theater, como residencia permanente de la New York City Opera.

ARTISTA FECUNDO E ILIMITADO

La sinfonía «Don Rodrigo», para soprano y orquesta, fue compuesta por Ginastera sobre poemas de Alejandro Casona y dedicada al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. En 1964, compuso la cantata (para recitante, voz de hombre y orquesta de cámara) «Bomarzo», con texto del poeta y novelista Manuel Mujica Láinez, y luego la ópera «Bomarzo», en dos actos y quince cuadros, con libro del mismo autor anterior, Premio Nacional de Literatura. La obra le fue encargada, después del estreno de «Don Rodrigo», por la Opera Society de Washington, donde se estrenó el 19 de mayo de 1967. El hecho de que una resolución municipal retirara la ópera de la programación del Teatro Colón, encendió una polémica apasionada que tuvo repercusión mundial en los círculos especializados. Esta situación ha retardado la presentación de «Bomarzo» (que fue acusada de excesivo erotismo) en el suntuoso coliseo de Buenos Aires.

Asimismo, cabe decir que con la ópera de Ginastera «Beatrice Cenci» fue inaugurado el John F. Kennedy Center para las Artes Escénicas, en Washington. El prolífico músico argentino ha escrito piezas para la escena y para una decena de películas de su país. Su nómina discográfica internacional es extensa.

Por si todo ello no fuera ya suficiente, y no obstante haber dedicado con tanto celo su tiempo a la creación musical y ser un autor tan fecundo, Ginastera no ha descuidado la docencia para formar nuevos valores. Tampoco las instituciones promocionales de la cultura musical. En 1948 organizó el Conservatorio de Arte Escénico de La Plata, y en 1958 la primera Facultad de Música en la Argentina, en la Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires, de la que fue decano. Cuatro años más tarde, creó el Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales, con el auspicio del Instituto Torcuato di Tella y la Fundación Rockefeller, siendo su director. Incorporó a los planes de estudio, por primera vez en su país, asignaturas relacionadas con las técnicas más avanzadas, con la música serial y electrónica y con el estudio metódico de la musicología.

Alberto Ginastera es miembro de un sinnúmero de academias y sociedades de música, facultades universitarias y organismos argentinos e internacionales. Pero Alberto Ginastera es, ante todo, un músico de consagración mundial, eminentemente argentino, americano en cuerpo y alma, entregado obsesivamente a su arte... Y preo-

cupado por mejorar, con sus limitados medios, este planeta materializado en que nos ha tocado vivir.

RUMBO DE LA EDUCACION EN COSTA RICA

EN la revista *Didascalía*, verdadero modelo en su género, ha publicado don José Aldomar, secretario de redacción y enviado especial de la publicación pedagógica a Hispanoamérica, el resultado de su conversación con el ministro de Educación de Costa Rica, don Fernando Volio Jiménez.

He aquí el texto del trabajo del señor Aldomar:

«Situado entre Nicaragua y Panamá, Costa Rica es un bello y pacífico país centroamericano de 50.900 kilómetros cuadrados, que asoma sus verdes y montañosas tierras en una costa uniforme de unos 212 kilómetros al Caribe y a un litoral de 1.016 kilómetros, más irregular y sinuoso, al Pacífico. De noroeste a sureste lo atraviesan tres cordilleras: la de Guanacaste, la Central y la de Talamanca. En el Valle Central, al pie de la segunda cordillera, se asienta gran parte de su población, que se estima alcanzará para 1980 los dos millones y medio de habitantes. Es el país de menor volumen demográfico de toda Centroamérica. En un informe de la Comisión Económica para América Latina, Costa Rica habrá duplicado su población para el año 2000, cuando alcanzará los 3.682.000 habitantes. El Área Metropolitana de la capital cuenta unos 370.000 habitantes. Es un estado republicano, cuyo presidente y miembros del poder legislativo son elegidos por sufragio universal para un período de cuatro años. La Constitución no autoriza un ejército permanente organizado, que sólo podrá formarse para la defensa. El orden público es mantenido por Guardia Civil y, por supuesto, por el alto nivel de civismo de sus pacíficos y laboriosos habitantes.



Volio Jiménez

La educación siempre ha sido objeto de atención oficial, a lo que se debe el notable progreso en la reducción de la tasa de analfabetismo que, en las áreas rurales, pasó del 21,8 por 100 al 14,5 por 100, según los censos de 1963 y 1968, respectivamente. La matrícula en la enseñanza primaria, media y universitaria ha experimentado un considerable aumento en los últimos años, sobre los datos estadísticos que ya en 1969 arro-

jaban un total de 2.479 escuelas primarias, con 11.843 maestros y una matrícula de 348.950 alumnos. A nivel medio, en la década de los años 60 a 70 se elevó la matrícula de 27.490 estudiantes a 70.000. En la educación superior, en igual período, pasó de los 4.703 alumnos a 11.436.

Coincidió nuestro paso por San José de Costa Rica con las vísperas de cambio de presidente y la formación del nuevo Gobierno. Justamente era huésped, invitado por las autoridades en tan señalada ocasión, en representación del Gobierno español, nuestro ministro de Educación, señor Martínez Esteruelas, entre las 70 delegaciones que acudieron de diferentes países. Dos fechas antes de la transmisión de poderes se ofreció un homenaje al futuro ministro de



José Aldomar

Educación, don Fernando Volio Jiménez, al dejar la presidencia de la Editorial Costarricense, «una empresa estatal al servicio de la cultura», en que había desarrollado una importante labor, ampliamente elogiada por escritores y autoridades académicas, en el acto celebrado en el Colegio de Abogados de San José. Fui allí presentado a don Fernando Volio quien, a pesar de ser ocasión de múltiples ocupaciones por su parte, tuvo la amabilidad de concederme una entrevista al día siguiente, horas antes de asumir su cargo de ministro.

Nos recibió don Fernando Volio en su despacho de abogado y quiso, antes de iniciar nuestro diálogo, anticipar el saludo, que transcribimos para los lectores de *Didascalía*.

«Saludo cordialmente a todos los españoles, de modo especial a los educadores. Estoy seguro de que la revista *Didascalía* nos acercará a quienes promovemos los quehaceres educativos en la Madre Patria y en Hispanoamérica, permitiendo el intercambio fecundo de experiencias. Bienvenida la revista a estas tierras que guardan tanto cariño para los hermanos españoles.»

Pedimos a don Fernando Volio una impresión general suya sobre la educación en Costa Rica, a la que nos contestó diciendo:

«Creo que, como en todas partes, nuestra educación está en crisis. En el sentido de que está sometida a un escrutinio, a una revisión profunda, que creemos nos dará las pautas, nos enseñará el camino para adaptarla a las condiciones modernas y a las necesidades del perfeccionamiento de todo el sistema no sólo educativo, sino también institucional del país.

—¿Cuáles son sus planes y propósitos en la nueva legislatura?

—Empezaremos por enriquecer el legado que recibimos; hay que vigorizar los programas en

marcha. Sobre todo, evaluar el Plan Nacional de Desarrollo Educativo, que apenas tiene dos años de vigencia. Nos interesará mucho también democratizar más la enseñanza, evitando el desequilibrio notable entre la educación urbana y la rural. Nos parece que ahora hay discriminación, lo que significa también que no hay una perfecta democracia en el medio.

—¿Cuál es su opinión acerca de un medio común de cooperación en el orden de las ideas, de la información y la aportación de experiencias entre todos los educadores que hablamos español?

—Creo que el intercambio de misiones educativas, la ampliación de facilidades para becarios, la correspondencia en revistas, en estudios, en documentos puede ser una vía entre tantas. Lo importante es que nos pongamos a participar en una empresa común.

—¿Qué aportaciones puede hacer Costa Rica al mundo hispanoamericano en el campo de la renovación de la enseñanza y, más concretamente, en el de la superación de la calidad de la educación?

—No lo sé, porque cada país tiene su propia realidad, su propia circunstancia, su propia herencia cultural. No obstante, somos un país que desde los albores de la Independencia dedicamos especial atención a la educación pública. La hicimos la base del sistema; un medio de mantener la vida republicana, la democracia representativa. Desde entonces, la educación pública es el pivote del sistema y de los subsistemas. Y como hemos podido vivir un



Vista de San José

régimen democrático representativo a través de todos estos años, creemos que el estudio de la educación en función de la vida de la democracia, la vivencia real de la democracia, podría ser un punto para analizar por todos aquellos que desean perfeccionar, poner en práctica el mismo sistema. Creo que algo podríamos aportar, aunque no me atrevo a decir que sea de un gran significado, puesto que reconocemos los grandes avances que en la educación han logrado otros países hermanos en América, y que más bien son ejemplo para nosotros.»

EL RETO DE LA HISPANIDAD

UNO de los comentarios hechos en la prensa española a las declaraciones y a la actuación del ministro de Trabajo en Guatemala y Nicaragua, apareció con este título en el diario *Arriba* de Madrid: «El reto de la Hispanidad», y dice:

«Vivimos un tiempo tan celérico, tan apresurado, que muchas veces ocurre que perdemos de vista las realidades más sustanciales, más elementales, que nos constituyen. Así acontece, a veces, con el concepto mismo de la Hispanidad. En su reciente viaje por algunos países de Iberoamérica, el vicepresidente tercero del Go-

bierno y Ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, ha pronunciado en Managua palabras llenas de claridad y exactitud, relativas a las empresas comunes que Hispanoamérica y España pueden llevar a cabo juntas. A la altura de este tercio final del siglo xx —dijo— la tarea de la Hispanidad debe ser la lucha de los pueblos hispanos unidos, para conseguir un mundo más equilibrado, una sociedad más justa y un hombre más libre y respetado en su dignidad.» Estas frases, pronunciadas en el acto inaugural del Instituto Tecnológico Nacional de Nicaragua, reflejan, a nuestro juicio, lo que pudiéramos llamar el reto actual de la Hispanidad. En el mismo acto, Licinio de la Fuente insistió en la necesidad de que la tecnología fuese auténtico símbolo «de un modo de pensar en que la justicia social es el presupuesto básico», añadiendo que «el gran reto de nuestro mundo es el de establecer o restaurar un perdido equilibrio, que cada día necesita más nuestra sociedad, para poder vivir y desarrollarse en paz y en orden, que quiere decir tanto como con progreso y con justicia».

Hay entre España y aquellos pueblos hermanos, sin duda, una suerte de lazos y vinculaciones sumamente especiales. Lazos y vinculaciones que deben escapar de toda tentación de retórica para afincarse, firmemente, en una voluntad de trabajar unidos por nuestra común cultura, por nuestro desarrollo económico, por implantar, en el planeta unos módulos de justicia social basados en el respeto al hombre, en el reconocimiento de la dignidad de la persona humana, en la exaltación de una forma de espíritu capaz de ser creadora de nuevas relaciones sociales, políticas y económicas.

Existe un futuro para los pueblos de habla española; un futuro que debe cimentarse sobre la asimilación de los mutuos ejemplos; sobre la asistencia técnica; sobre la ayuda económica y científica. Y, sobre todo, apoyado en la colaboración solidaria y fraterna que sepa tener en cuenta los diversos tiempos de cada pueblo; los diversos parajes históricos por los que atraviesa. La Hispanidad no es ni puede ser una complacencia del pasado, sino un reto del presente y del futuro al que hay que dar cumplida respuesta. Esa respuesta, se dice hoy con palabras de fraternidad, libertad y justicia social. Consiste en llevar a cada pueblo hasta la plenitud de sus posibilidades. No olvidemos que América es un continente empapado de porvenir. Y que España no es ya, por fortuna, una nación vieja y decadente, sino un pueblo joven puesto de pie. Los lazos que nos aproximan han de ser actualizados y multiplicados, acrecentados en sus dimensiones. España e Hispanoamérica pueden y deben ser términos de una ecuación válida para dar respuesta a múltiples problemas de un mundo demasiado angustiado, demasiado cansado y viejo.»

LA MUERTE DE ALFONSO JUNCO EN LA PRENSA ESPAÑOLA

COMO era de esperar, dada la personalidad del fallecido y la fuerza de su presencia espiritual y física en España, la muerte de

Alfonso Junco, ocurrida como la de Justo Pastor Urbieto un 12 de octubre, produjo en la prensa española la reacción a que obligaba. De cuanto se publicó en aquellos días, espumamos estos dos testimonios: el del diario *Arriba* en nota de la redacción, y el del *ABC* de Madrid, en una de sus páginas abiertas a los testimonios de pesar por la muerte de Junco.

Decía el diario *Arriba*:

«En español rezamos, en español escribimos y vivimos, y pido a Dios que podamos morir ensalzando el santo nombre de nuestra Madre Patria.» Estas hermosas palabras que pueden enorgullecer a cualquier hombre nacido en la península Ibérica, fueron dichas hace veintisiete años por un hombre que amó mucho a España. Ahora, en la hora de su muerte, allá en Méjico, Alfonso Junco, un hombre bueno, católico, hispanista donde pocos, deja un hueco tremendo en las letras y en el bienquerer a España. Y lo tremendo del caso es que ha sido su óbito cuando asistía, una vez más, la última precisamente, a la Fiesta de la Hispanidad, Día de la Raza, que cada 12 de octubre organizan los clubs españoles en la América toda y en España es puro ensalzar un recuerdo que deja de serlo para convertirse en una hermosa realidad.

Alfonso Junco estuvo en España y se llevó un recuerdo tan grande de nuestro país que ya nunca dejaría de acordarse de la Madre Patria quien tanto la había amado desde lejos. Allá por 1947, en años tan difíciles para el exterior como tuvo nuestro país, vino Alfonso Junco a comprobar su amor por España. El ya conocía nuestra postura y nuestra conquista en el mundo después de una guerra civil cruenta. Y él ya había escrito con entusiasmo de una figura como la de José Antonio. Fue precisamente en 1940, en *Orientación Española*, de Buenos Aires, en donde, bajo el título «La altiva intemperie de José Antonio», se volcaba en elogios sobre la figura del fundador de la Falange Española. Precisamente en el discurso de fundación de FE veía el hispanista un modelo de bien decir y el fiel reflejo del pensamiento seguro de José Antonio Primo de Rivera. Para terminar en la tremenda realidad del testamento de un hombre que era portador de una sobriedad poderosa, que había amado a España.

En 1947, cuando Alfonso Junco viene a España, es objeto de las mayores atenciones. Se ha visto en él a un hombre enamorado de la Madre Patria, y en sus obras como *España en carne viva* proclamaba a los cuatro vientos de la historia las razones de su defensa de un país que llegó un 1492 al Nuevo Continente. En nuestra Patria quedaba como conocida *Inquisición sobre la Inquisición* y sus colaboraciones excepcionales en diarios tan prestigiosos como *El Universal* y *Novedades*. Fue su periplo por España una ratificación de su pensamiento y de su ideología anticomunista. Volvió a Méjico con una gran carga de sentimientos y de ilusiones y, sobre todo, de nostalgia. De esa nostalgia que ya no le abandonaría más.

En palabras escritas de Antonio Zubiurre al comentar *España en carne viva* se decía de la obra que era «un libro con bandera», una obra que constataba un episodio nacional al estilo de los que acopió Galdós en su magistral obra histórica.

Para el autor mejicano, fallecido un 12 de octubre, España había sido gran parte de su vida. Y a fe que supo ensalzarla con su pluma, que se vio elevada a la categoría académica en la Real de la Lengua mejicana. Desde todos los rincones de un país hermano como Méjico había sostenido la verdad histórica de España frente a tantos y tantos detractores. Y referido a este caso quepa mencionar, sólo como ejemplo, la polémica sostenida con Indalecio Prieto, en la que fue demoliendo muchas de las falsedades hechas contra España. Luego de volver a su país, Alfonso Junco colaboraría en *Arriba* y ya no dejaría de recordar a España. Esa Madre Patria que le había cautivado y que, a los setenta y ocho años de edad, Alfonso Junco no podía resistir más su emoción y moría profesando la fe que le llevara a querernos tanto.

Nacido en Monterrey el 25 de febrero de 1896, era una de las figuras más sobresalientes de la poesía, la investigación histórica y el ensayo de Méjico. Miembro de la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Española, y de la Academia Mejicana de Santa María de Guadalupe, había iniciado su carrera poética publicando en 1925 el libro *Por la senda suave*, al que siguieron *El alma estrella* (1920), *Posesión* (1923), *La divina aventura* (1938) y otra serie de libros poéticos publicados en diversos países de América.

Como ensayista, su primera obra destacada es *Fisonomía*, publicada en Buenos Aires en 1927 y reeditada posteriormente, y también *Motivos mexicanos*, *La vida sencilla*, publicada en 1939, *El difícil paraíso*, publicada en 1940, y *Tres lugares comunes*, aparecida en 1943.

Hispanista fervoroso, su labor periodística y publicista en torno a los valores de la hispanidad ocupó gran parte de su vida. Y en este sentido publicó libros como *Sangre de Hispania* y *El gran teatro del mundo*. En el Instituto de Cultura Hispánica, del que fue nombrado miembro titular en 1950, editó diversas obras, entre ellas *Un siglo de Méjico*.

El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid celebrará un acto en su memoria, y los altos dirigentes del organismo han enviado a Méjico telegramas de condolencia.»



Alfonso Junco

Y en *ABC* escribía Emilio de la Cruz Hermosilla, distinguido colaborador de esta revista, quien anda en estos días por tierras americanas en misión cultural del Instituto de Cultura Hispánica: «Me llegaba la edad de los quince años cuando por primera vez vino a mis manos un libro de

don Alfonso Junco, *Sangre de Hispania*, que habría de producirme una impresión profundísima, inolvidable, junto con el deseo de conocer al autor, al que escribí de inmediato. Creo que el insigne mejicano no se dio cuenta exacta de que le dirigía la carta un adolescente, pues su respuesta, que conservo, estaba concebida para un adulto. A partir de entonces jamás se interrumpió nuestra relación aunque tuviese algunas etapas de silencio.

En abril de 1972, con ocasión de un viaje a Méjico, lo visité en su domicilio, allá en la colonia de San José Insurgentes, en la calle Plateros. Me recibí en su sala de trabajo, una amplia habitación con grandes ventanales por los que se colaba a raudales el espléndido sol de aquella mañana primaveral. Me llamó la atención el hecho de que el suelo estuviera casi por completo cubierto de libros y folletos, hasta el punto que resultaba difícil caminar sin pisar una hoja impresa.

Don Alfonso me explicaría más tarde que estaba terminando una obra y tenía a la vista, en el piso, todo aquello que necesitaba como fuentes bibliográficas convenientemente distribuido, al alcance de la vista y de la mano, ahorrándose el trabajo de acudir a las estanterías a cada momento. Hablaba de esto con absoluta convicción. Aquella parte de la casa estaba ocupada sólo por él; su hija, con el marido y los hijos, vivía en el resto de la finca.

Fue una jornada muy grata para mí. El autor de *España en carne viva*, con su aire reposado y sereno, empleando sólo las palabras justas, me ofreció una conversación llena de interés y, sobre todo, de amor definitivo y rotundo a nuestra Patria. En mis viajes por Hispanoamérica he tenido la suerte de encontrar intelectuales de una honda admiración por España y la lista sería interminable, aunque es justo recordar al presidente de la República Dominicana, don Joaquín Balaguer; al magistrado y escritor argentino don Ignacio B. Anzoátegui, al gran peruano que fue don Víctor Andrés Belaúnde y otros no menos relevantes.

Pero don Alfonso Junco era algo distinto. No sé por qué me recordaba intensamente a Pablo Antonio Cuadra, en la misma línea de apasionante hispánico que el nicaragüense, que posee —como dice él en una ya remota ocasión— un acento aún más tonante que los volcanes de su tierra. Era una pasión incontentada, desbordante, contagiosa, abrumadora. Pero no confundamos los términos: Junco amaba a España porque amaba entrañablemente a Méjico y a través de su país encontraba la fuente de su propia nacionalidad.

No se trataba de una contemplación estática ni de una admiración bobalicona; era la permanente comprobación de que ser mejicano es una forma de ser español, de que España está en la raíz viva de Méjico, de que el alma criolla está formada fundamentalmente por ingredientes españoles, de que, en fin, desertar de la filialidad hispánica es imposible porque, como dice el refrán británico, nadie puede dar un salto fuera de su propia piel.

Mantenerse en esa tesis y en esa actitud a lo largo de toda una vida en un Méjico donde a los niños se les enseña en la escuela una historia simplista sobre su propio origen y donde el estamento oficial se empeña —inútilmente, por

supuesto — en minimizar el aporte español que justifica su lengua, su cultura y sus sentimientos religiosos, supuso un ánimo heroico en don Alfonso Junco, que escribía Méjico» y no «México» por encontrarlo antigramatical y absurdo. Su afán y su fe no se doblegaron jamás, ni siquiera en los tiempos en que Diego Rivera era el pintor oficial de la República, encargado de atacar a sangre y fuego el recuerdo de España por medio de portentosos pero indignantes murales.

Después de mi visita a su residencia, don Alfonso Junco tuvo la delicadeza de asistir a una conferencia que pronunció en el Instituto Cultural Hispano-Mejicano sobre un tema que a él le resultaba atrayente: la presencia de los diputados criollos en las Cortes de Cádiz de 1810. Terminado el acto, y en compañía del entonces presidente de la Academia Mejicana de la Lengua, el doctor Monteverde, seguimos platicando hasta la noche en torno al tribuno Ramos de Arispe, que tanto tuvo que ver con la Constitución gaditana, a la que prestó su esfuerzo como representante de Coahuila, de la Nueva España.

Don Alfonso Junco, desde la infancia, sabía que amar a España era amar a Méjico y nunca se apartó de esta idea, por la que combatió con la pluma bizarramente en medio de la incompreensión y hasta la hostilidad de muchos, en especial de los que militaban en el campo del indigenismo; de los que decía Ycaza Tijerino que practicaban el deporte de la antropofagia intelectual porque pretendían devorar al hombre español que todo mejicano lleva dentro.

El pasado día 12, cuando asistía a la conmemoración de la Hispanidad en el Club Español de Méjico, don Alfonso Junco falleció de infarto. El corazón se le ha parado justamente en la fecha clave de nuestra estirpe, cuando todo invitaba a meditar sobre las grandes verdades de una América que no se entiende sin la génesis española. Dios ha querido que su tránsito haya ocurrido el 12 de octubre precisamente, para recibirlo en su seno cuando las gentes hispánicas están en su fiesta mayor. El Señor sea loado.»

FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ EN MADRID

UNO de los poetas argentinos más afamados es Fermín Estrella Gutiérrez. No hay antología que se precie de completa y justiciera, donde no se encuentre una muestra de la obra lírica de este hombre «que va con el siglo». En la actualidad es vicepresidente de la Academia Argentina de Letras. Es profesor de lengua y literatura españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y por su obra figura en la primera línea de los escritores importantes de la gran nación de El Plata.

Su presencia en Madrid fue destacada por el ABC con una entrevista que le hiciera José Manuel de Pablos Coello. Al frente de lo escrito iban estas palabras de Alfonso Reyes, referidas a la poesía de Fermín Estrella Gutiérrez: «Sus endecasílabos son de cristal. Sus romances de aire y olor de yerbas.» Escribía el señor de Pablos Coello:

«Como tantos profesores americanos de lengua y literatura castellanas, siempre que viene a Europa recalca en España. Una vez para visitar Almería, cuna suya y de sus padres, que murieron sin volver al país, «pero enquistados en sus recuerdos de España». Otra vez para seguir la ruta de Santa Teresa o visitar en Segovia la pensión donde vivió Machado o recorrer los caminos de Don Quijote. Y ahora para marchar a Santander y visitar la Torre del Conde y ver recuerdos del marqués de Santillana. Y a muchos amigos que siempre le aguardan en la Península.

Venir a España, para don Fermín Estrella Gutiérrez, es «un peregrinaje a las fuentes». A las fuentes de toda su familia, que marchó a Argentina en 1910, cuando el pequeño Fermín tenía sólo diez años. A lo largo de su vida en la fraterna Argentina ha destacado en el campo de las letras y de la enseñanza (se jubiló en 1962 como profesor de Literatura española de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires) y pertenece a la Academia Argentina de Letras desde el mismo día que Jorge Luis Borges, a quien admira profundamente.

Hoy está jubilado de la enseñanza en la cátedra, pero su labor docente continúa en Argentina y en otros países americanos merced a algunos de sus cuarenta libros, muchos de ellos textos de enseñanza, de idioma y literatura española. Poeta de exquisito estilo, don Fermín Estrella «encarna como pocos escritores argentinos, al cabal hombre de letras.» Para el mejicano Alfonso Reyes, su obra poética, su poesía, es «sencilla y apretada (...), una exclamación que quiere dar eternidad al instante... y lo ve huir».

—Desde niño tengo una vocación literaria a la que le soy fiel. Creo que heredé de mi madre el lirismo. Cuando murió, yo publiqué los poemas que ella —Dolores Gutiérrez— había escrito para no ser publicados. Murió sin volver a España, por eso yo siempre vengo con una gran emoción. Una emoción que se ha potenciado con los recuerdos de mis viajes. Así, en mi primera visita a Madrid, en el año 1924, hace ahora cincuenta años, cuando publiqué *El cántaro de plata*, tuve la suerte de conocer a grandes escritores españoles que han pasado a formar parte de la historia literaria de nuestra lengua. Y luego continué el contacto con estos intelectuales, cuyo recuerdo hoy me emociona. Me llena de satisfacción haberlos conocido vivos.

EL RECUERDO DE AZORIN

Y el señor Estrella Gutiérrez desgrana una serie de hermosísimos recuerdos:

—Me emociona el recuerdo de Azorín. Estuve en su casa. Tenía un piso modesto, lleno de sol, en una placita cuyo nombre no recuerdo. Asistí también a una comida que me dieron en el Círculo de Bellas Artes, en razón a que yo era colaborador literario de *La Prensa*, de Buenos Aires. Aquel banquete lo organizó el delegado de Madrid del periódico M. Martí Fernández. Recuerdo que a la comida asistió, junto a Azorín, Pérez de Ayala, y mandó un mensaje de adhesión Marañón. Todo aquello me llenaba de complejos. Piense usted que yo tenía entonces sólo veinticuatro años.

—¿Cómo recuerda usted a Azorín?

—A Azorín lo recuerdo como una persona muy callada. No así, por el contrario a Pérez de Ayala, que casi monopolizó la conversación durante el almuerzo.

Junto a Azorín y Pérez de Ayala conoció en aquel primer viaje a otros escritores españoles.

—Visitó a Ortega y Gasset en su despacho de *Revista de Occidente*. A él se le recuerda y se le admira mucho en Argentina. Conoció también en aquel primer viaje a Américo Castro, en el Instituto de Estudios Históricos. Salí varias veces a pasear por la Castellana con don Ramón María del Valle Inclán. Lo conocí, recuerdo, en su peña de la Granja del Henar.

Y melancólicamente añade: «Aquél era un Madrid delicioso; el Madrid de aquella época es incomparable a lo que he visto en este nuevo viaje.»

Sus recuerdos continúan fluyendo de la mente de este gran poeta argentino, nacido en Almería, en 1900:

—Me hice muy amigo de Ramón Gómez de la Serna, a quien seguí tratando después en Buenos Aires. Lo conocí en su café de Pombo, y me hizo firmar en su famoso libro. ¡No sé qué se habrá hecho de ese libro!

Don Fermín Estrella ha viajado esta vez como siempre, con su esposa, doña Josefina Barrio, con quien ha publicado unas lecturas para niños. El, sigue, con emoción, recordando a sus amigos de siempre y de otro tiempo:



F. Estrella Gutiérrez

—Mis dos cicerones en el Madrid de aquel entonces fueron nada menos que Enrique Díaz Caneado y Pedro Salinas. Este último me presentó a Federico García Lorca, el mismo día que Federico pronunció una conferencia sobre su poesía en el Liceo.

—También conocí a Eugenio d'Ors, a José María Salaverría, a Benjamín Jarnés, e invitado por Ernesto Giménez Caballero colaboré en *Gaceta Literaria*.

Son muchos los recuerdos que Fermín Estrella Gutiérrez tiene de aquel primer viaje, cuando sólo tenía veinticuatro años, catorce después de salir hacia América con su familia. Todos los recuerdos los ha recogido en un libro publicado en Buenos Aires por Losada, bajo el título de *Recuerdos de la vida literaria*.

Siempre ha estado vinculado estrechamente a todos los valores de la literatura española, que admira profundamente. Siente especial admiración por mi paisano Galdós, a quien, como tantos considera el mejor novelista español después de Cervantes. Ya en un viaje anterior se detuvo en Canarias para visitar la casa que guarda recuerdos de don Benito y ha quedado con deseos de conocer el bellissimo monumento que Pablo Serrano ha hecho al gran

novelista canario, entre flores y palmeras.

Me habló antes de Nuria Espert en Buenos Aires, y quiso también recordar a Lola Membrives y a Margarita Xirgú, grandes de nuestra escena, que ofrecieron maravillosas representaciones en Argentina.

LA SOMBRA DE JORGE LUIS BORGES

Al hablar estos días con un académico de Argentina, era inevitable hablar del premio Nobel de literatura deseado para Jorge Luis Borges. En esta ocasión, hablando con un hombre que ingresó en la Academia el mismo día que lo hizo Borges, era de lo más natural. Y así fue:

—Considero que sería justo que le concedieran el premio Nobel a Jorge Luis Borges, no sólo por su obra, sino por la influencia que ha ejercido dentro de las nuevas generaciones de escritores de nuestra lengua. He podido comprobar lo mucho que conocen a Borges en todos los países que he visitado. En Atenas, por ejemplo, cuando en 1964 visité al premio Nobel Georges Zeferi, le pregunté: ¿Qué escritores hispanoamericanos conoce usted? Y me dijo un solo nombre: Borges. Dicho esto se levantó, pasó a su despacho y me mostró un libro de Borges.

Se siente Fermín Estrella Gutiérrez preocupado por el debilitamiento de la corriente de intercambio cultural entre España y Argentina.

Ha habido épocas en las que el intercambio ha sido más profundo. En la época en que aparecía la *Gaceta Literaria*, de Giménez Caballero; en los días de la polémica acerca de si el meridiano literario de nuestra lengua pasaba por Madrid o por Buenos Aires.

EL PREMIO ROMULO GALLEGOS

En 1967, Fermín Estrella Gutiérrez fue jurado del I premio Rómulo Gallegos de novela hispanoamericana, ganado por Mario Vargas Llosa. (El II lo obtuvo Gabriel García Márquez). Este galardón concedido en Caracas no aclaró nada; a nadie dio sorpresa: tanto García Márquez como Vargas Llosa ya estaban consagrados. Pero ha de servir para lanzar o presentar al mundo el tercer escritor de la Hispanoamérica actual. Pero ¿habrá III Rómulo Gallegos?

(Y me cuenta en voz baja que el primer Rómulo Gallegos se lo iban a conceder a García Márquez, pero la fecha de la edición de *Cien años de soledad* no entraba en el plazo que concedían las bases del premio.)

En este viaje de ahora, Fermín Estrella Gutiérrez ha visitado en Barcelona a las hijas de Juan Maragall, y en Madrid fue recibido por la Real Academia de la Lengua, en su categoría de vicepresidente de la Academia Argentina de Letras. Dámaso Alonso tuvo para él cariñosas palabras, a las que respondió con esa emoción que le embarga siempre en su España natal. Transmitió un mensaje de la Academia bonaerense y tuvo palabras de recuerdo para académicos argentinos desaparecidos: Enrique Banch, Arturo Capdevila, José A. Oría, de raíz vasca, Rafael Alberto Arrieta, Arturo Marasso, Pedro Miguel Obligado y el madrileño Alfredo de la Guardia, secretario de la Academia, fallecido en enero de 1974.»



EL
DEL
DESCU-
BRIMIENTO
DEL
ARCHI-
PIELAGO
DE
JUAN
FERNANDEZ



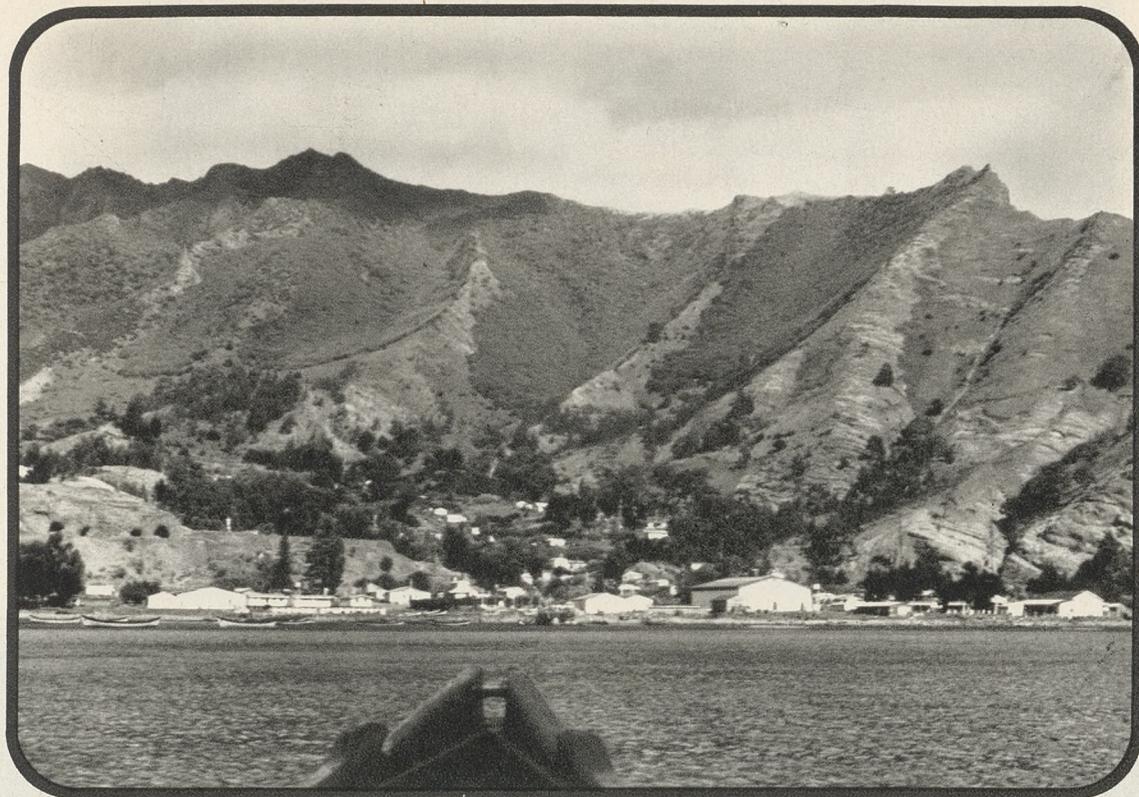
HACE cuatro siglos que un navegante español, en las rutas del Pacífico, descubrió unas islas. Esta noticia, dicha así, simplemente —por importante que parezca— no impresiona demasiado, quizá porque estamos acostumbrados a que los navegantes españoles descubran islas en todos los mares. Pero ésta tiene una significación muy especial, que conviene destacar, precisamente en el límite temporal de los cuatrocientos años del hecho. Porque no se trata de «un descubrimiento más» de archipiélagos en medio del Océano, sino de una ruta, y de unas islas singularísimas. Para entenderlo hay que hacer un poco de historia.

En el siglo XVI, en la segunda mitad, el «reino» de Chile había sido por fin ocupado por los españoles, tras varias intentonas sangrientas, por la tenaz y valiente defensa de los araucanos. Se había establecido un puerto en Valparaíso y desde el Norte, que era el ya constituido virreinato del Perú, se hacía la travesía por vía costera. Travesía increíblemente larga (en ocasiones, de un año) por las dificultades que ofrecía la poderosa «corriente de Humboldt». Entre los maestros de navío había uno que constantemente realizaba la larga navegación, tanto del Callao a Valparaíso, como viceversa. Hacia 1572 era ya piloto, quizá el mejor conocedor del Pacífico Sur, y por ello en 1574 se le ocurrió, con intuición de marino, que quizá saliendo a la alta mar, cortando la poderosa corriente, podría salvarla, y luego dirigirse al sur, atravesándola nuevamente. Sin preguntar a nadie así lo hizo y el 22 de noviembre de 1574, no sólo descubrió una ruta nueva, que permitía el viaje en un tiempo «record» (poco más de un mes y luego menos), sino que llegaba a un conjunto de siete islas (tres grandes, relativamente, y cuatro islotes), que bautizó con el nombre de Santa Cecilia, cuya festividad se celebra precisamente el 22 de noviembre.

Las islas mayores llevarían luego el nombre de Más Afuera, Santa Clara y Más a Tierra, siendo ésta la más grande. Este piloto se llamaba Juan Fernández.

Es curioso que siendo costumbre general de los descubridores bautizar con santos cristianos los lugares nuevamente hallados, el nombre de Santa Cecilia no prevaleciera, y que todos, desde entonces llamaran a aquel pequeño archipiélago «lo de Juan Fernández», nombre que ha permanecido. Se trata, pues, de un archipiélago que bautizó la costumbre, haciendo así justicia a la memoria de su descubridor. De los siete Juan Fernández que había por aquel tiempo, dedicados a la mar, el polígrafo chileno José Toribio

por M. Ballesteros Gaibrois



En la página opuesta, de arriba a abajo vemos: la bahía de Cumberland, con la famosa cala del Pangal; a bordo del «Aguiles», entre otros expedicionarios a Juan Fernández, el doctor Orellana, el agregado naval español, y el embajador de Suiza; sigue: el autor de este artículo, profesor Ballesteros, con el profesor don Alberto Medina de la Universidad de Chile, ante el castillo de Santa Bárbara; luego, el almirante Merino y el doctor Orellana salen de una de las «Cuevas de los Patriotas» y finalmente, la misa de campaña en el fuerte de Santa Bárbara. En esta página, otra vista de la bahía de Cumberland desde el mar.

Medina localizó al verdadero, en un alarde de modelo de crítica histórica.

La isla —nos referimos ya a la principal— tiene una historia muy interesante a lo largo de los siglos, que sería largo narrar ahora. Visitada por piratas, corsarios, pescadores y armadas inglesas, fue vista de lejos por cientos de embarcaciones, que se dirigían a Valparaíso o venían de este puerto. En una ocasión un jesuita colonizador lleva cabras a la isla, que al ser luego deshabitada, retornan al estado salvaje y es hoy curioso ver que se han convertido sus descendientes en verdaderas «caprae hispanicae», saltando de risco, en acrobacias inverosímiles.

Quizá la incidencia más curiosa fue el abandono por parte de Thomas Stradding, capitán del «Cinque Ports», del maestro Alexander Selkirk, que estuvo en la isla desde 1704 a 1709, en que fue rescatado por el barco corsario inglés «Duke and Duchess», que lo devolvió a la patria. El relato de sus aventuras, por parte de Selkirk inspiró a Daniel Defoe su «Robinson Crusoe». Por esta razón la isla de «Más a Tierra» se llama hoy «Isla de Robinson Crusoe», así como la de «Más Afuera», «Isla de Selkirk», aunque él no estuvo en ella.

El peligro de que el archipiélago, deshabitado, pudiera servir de base para ataques enemigos, decidió a la Corona española, a mediados del siglo XVIII, a instalar fortines y un fuerte en la isla, con dotación de soldados y cañones. Así nace el fuerte de Santa Bárbara, con dieciocho bocas de fuego, dominando la bahía que ha conservado el nombre de Cumberland, que le diera en 1740 lord Anson.

Este fuerte, que unió en el período virreinal a la Metrópoli con su «reino» ultramarino, ha vuelto a unirnos en la celebración de su Cuarto Centenario. Para conmemorarlo se constituyó un Patronato Nacional, bajo la presidencia del Comandante Matías Valenzuela, alcalde de Valparaíso, y entre las primeras decisiones adoptadas se acordó restaurar el fuerte de Santa Bárbara, desmantelado por el abandono y el paso del tiempo. Las prospecciones hechas «in situ» dieron una noción clara de lo que era necesario realizar, y el Departamento de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Santiago de Chile, que dirige el doctor Mario Orellana, destacó a la isla a los profesores Julia Monleón, Alberto Medina y al arquitecto Patricio Morel, con el mismo doctor Orellana. Un grupo de entusiastas alumnos les acompañaban. Pero esto no era bastante: hacían falta mapas y planos y, muy juiciosamente, pensaron que los

servicios españoles del ramo de Guerra y de Marina debían tener antecedentes.

Efectivamente, a la petición que se me hizo de que coadyuvara en esta tarea, correspondí con el envío de lo que en España había, tanto en su Servicio Geográfico del Ejército, como en el Servicio Histórico Militar y el Museo Naval. La diligencia y generosidad de estas instituciones modelo, permitieron poder remitir a tiempo mapas y planos, aunque estos últimos muy poco detallados, quizá porque la construcción del fuerte fue obra de ingenieros locales, como se ha comprobado. Así el tiempo iba pasando, y llegaron las vísperas de la celebración solemne del cuatrocientos aniversario del avistamiento de las islas por el piloto Juan Fernández.

Y es de estas celebraciones —a las que he asistido— de las que quiero dar cuenta en pocas líneas. El relato cronológico de los hechos centenarios será lo más práctico.

El día 19 de noviembre partía de Valparaíso el transporte «Aguiles» de la marina chilena, llevando a bordo personalidades, visitantes, invitados y grupos folklóricos chilenos, que iban a alegrar por unos días la monótona vida de los 511 habitantes de la isla de Robinson, en la bahía de Cumberland, a los pies del fuerte de Santa Bárbara. Las personalidades eran el embajador de la Confederación Helvética (porque a fines del siglo XIX hubo un colonizador suizo: von Rodt, cuyos descendientes aún viven en la isla), el encargado de negocios inglés, el agregado naval alemán (porque en la bahía de Cumberland yacen los restos del crucero alemán «Dresden», hundido en la Primera Guerra Mundial) y el agregado naval español, porque... en 1574 un español descubrió las islas.

El «Aguiles», barco muy marinero, cargado además con maderas y mercancías para las construcciones de la isla, empleó veinticuatro horas en el viaje. Así pues, en la tarde del 20 estábamos en la bahía de Cumberland. El día 21 fue empleado por los expedicionarios en «explorar» las laderas de las empinadas lomas volcánicas y subir —penosa subida— hasta el llamado «Mirador de Selkirk», donde el «robinson», día a día, oteaba el horizonte en espera de las velas liberadoras. Y el día 22 —justamente a los cuatrocientos años— en la planta superior del fuerte de Santa Bárbara, misa de campaña concelebrada por el P. Olivares, franciscano, y el provincial de su Orden. La presencia del almirante Merino y del general Leigh (de aviación) daba carácter oficial a lo que era una fiesta

popular, que puede decirse que en la isla sólo tiene efecto cada cien años, y eso a partir de ahora. Antes había habido la ceremonia de la depositación de ofrendas florales, y después la obligada visita a las llamadas «cuevas de los patriotas». Se trata de cuevas excavadas en la ladera, abiertas a la bahía de Cumberland, por filibusteros y piratas, que fueron utilizadas luego para «albergar» a los rebeldes de la primera sublevación chilena, y después como prisión en la época republicana.

Las alegrías populares —en el gimnasio amplísimo y en las calles— no serían motivo casi de crónica, si no fuera porque seguramente son las únicas que con tanto volumen se han celebrado en la isla, para alegría de sus habitantes, desde hace más de un siglo. Al día siguiente el «Aguiles» salía por la tarde, pero no todos iban en él, que algunos regresamos por vía aérea. Y esto merece una mención especial.

En todos los países hay personas enamoradas de alguna porción inédita de su tierra, y éste es el caso de Carlos Griffith, que no sólo ha montado una residencia, parador u hotel en la cala del Pangal, sino que en una isla volcánica y abrupta ha logrado conseguir cuatrocientos metros en línea recta, de donde atrevidos pilotos, como Iñiguez, despegan cuesta abajo, lanzándose al vacío, como desde la cubierta de una portaaviones, en ligeros Aero-Comander de dos motores. ¿Alguna vez la isla de Robinson Crusoe será un lugar turístico? Esperemos que sí, pero no demasiado, para conservar la paz paradisíaca de sus cerros y sus calas.

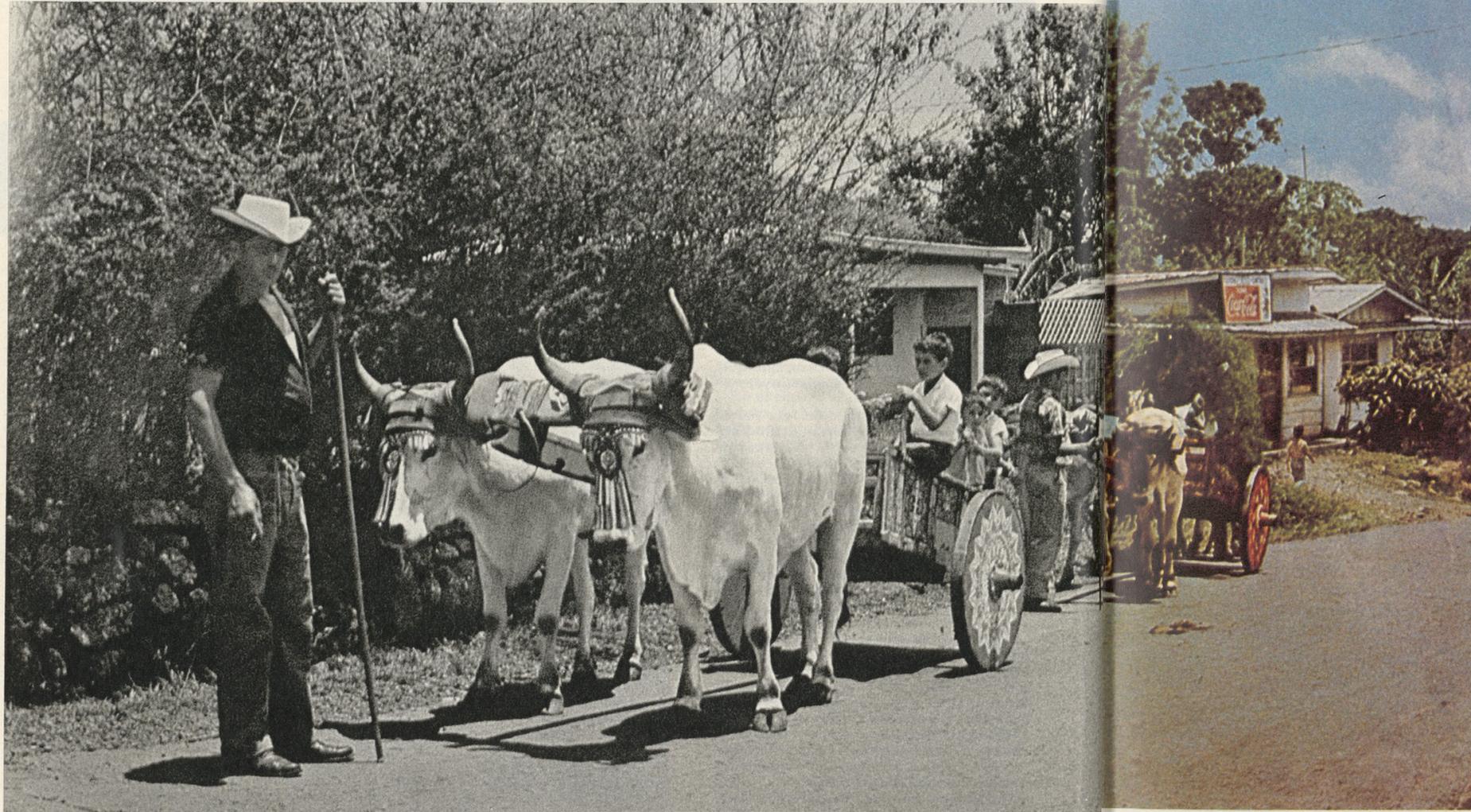
Los filatelistas tuvieron también su ocasión, pues se estampillaron cartas y tarjetas con la fecha del 22 de noviembre, y la radio de onda corta estuvo en comunicación con todo el mundo, enviando mensajes, especialmente a Tenerife. ¿Por qué a Tenerife? Porque la volcánica «Tinerfe» se ha hermanado con la volcánica isla de «Más a Tierra» (hoy de Robinson Crusoe), y para sellar esta hermandad y amistad estaban dos representativos tinerfeños —y que lo soy por amor a la isla, me consideraba el tercero— el arquitecto Juan Julio Fernández (un Juan Fernández más, que hubiera inquietado a José Toribio Medina) y el promotor de enseñanzas turísticas señor Tejero.

* * *

Esta es la pequeña crónica de urgencia de la conmemoración del Cuarto Centenario del descubrimiento del archipiélago de Juan Fernández, no «perdido en el Pacífico», como alguien podría decir, sino felizmente «hallado» en el «más afuera» de la corriente de Humboldt.



COSTA
RICA



CARRETAS DECORADAS

por
Nivio
López
Pellón



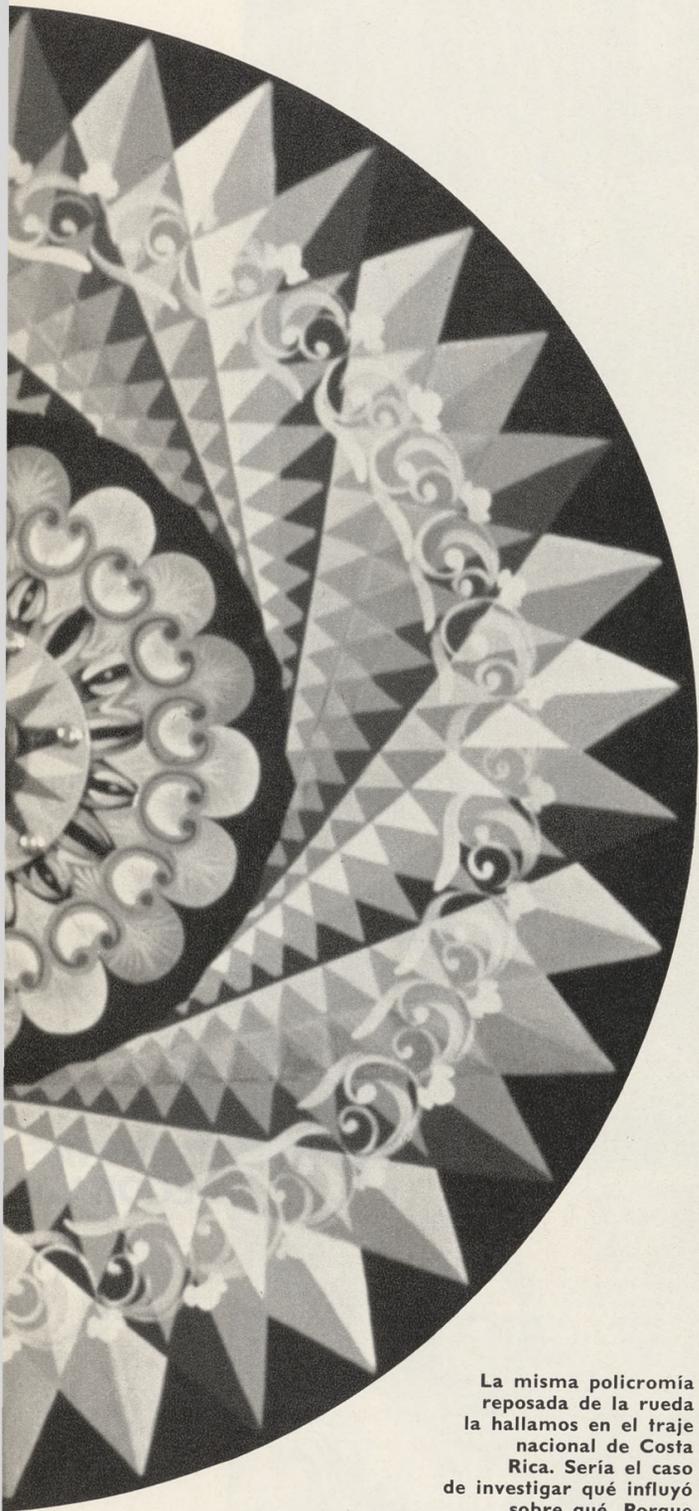




El arte de pintar las carretas está muy extendido en Costa Rica. El buen gusto de todo un pueblo convirtió la tosca carreta campesina en una obra de artesanía. El progreso, naturalmente, ha relegado la carreta y el buey; pero cada día se ven muchas carretas pintadas, en tiendas, casas particulares y sitios públicos, como un símbolo de la condición agrícola llevada orgullosamente por el pueblo costarricense.

CARRETAS DECORADAS





La misma policromía reposada de la rueda la hallamos en el traje nacional de Costa Rica. Sería el caso de investigar qué influyó sobre qué. Porque el ruedo de las graciosas sayas costarricenses, es uno con el de las decoradas carretas, originadas en la carreta siciliana, pero teñidas por la gente tica de un aire muy peculiar.



NO tiene paralelo en ningún otro país de América, la carreta decorada, expresión genuinamente costarricense y que viene a ser algo así como el trabajo con vestido de fiesta. También la forma de la carreta y hasta el modo de uncir los bueyes son peculiares en esta tierra.

La historia de la carreta decorada viene de muy atrás, aunque no se precisa la fecha de su origen. Lo cierto es que ha pasado a ser un símbolo nacional y un orgullo artístico del pueblo, además de un canto al trabajo, y a falta de un mayor arte indígena, una manifestación —para legítima admiración de todos— del noble pueblo «tico».

UN PREGON DE COLORES

¿Cómo surgieron este arte y esta técnica?... Las primeras carretas decoradas que se conocen datan de mediados de 1800, y algunos piensan que fueron sicilianos, establecidos en el país, los que iniciaron esta decoración, que luego arraigó hondamente en el alma popular.

Sin duda, las carretas —elemento de trabajo— aparecieron en el campo costarricense como solución al transporte del café. Y seguramente fue transporte también, en las tardes de fiesta campestre, para las hijas del pueblo, camino del baile más cercano. Es lógico pensar que en este último empleo, alguien empezó un día a pintar, en mayor o menor extensión, su vehículo, su carreta, y no faltó después quienes rivalizaran con otros colores y con otros dibujos.

No es de extrañar que en una época de no existencia del transporte motorizado, las carretas domingueras, con sus dibujos y sus colores, despertasen la admiración de unos y la envidia de otros, y la más bonita fuese seguramente el «Mercedes Benz» del momento. ¡Y cuántas veces se combinaron y contrastaron los colores del típico traje de la mujer costarricense y los de la carreta! Chicas guapas y carretas bonitas son, indiscutiblemente, una estampita de colorida atracción.

Si dicen que los «ticos» han hecho de su angosta franja de tierra entre dos océanos, el «Jardín de las Américas», con el lema de que por cada mujer guapa en su tierra se abre una flor, y de mujeres bonitas está lleno el país, como lo están de flores las avenidas y plazas; combinamos aquí para el lector, del juego de los colores costarricenses, carretas y trajes, como un pregon de la alegría de un pueblo.

ROSAS DE LOS VIENTOS Y COPLAS SIN ALAS

En un análisis de la historia de este arte, hay que admitir que los dibujos, sobre todo en las ruedas y laterales de la carreta, fueron fijando modelos e incluso estilizando líneas de hojas, flores y coronas. Algunos —los menos— dibujan animales de líneas ingenuas. Sobre un fondo luminoso, la decoración llena los espacios laterales, las compuertas, las ruedas y el yugo, siguiendo los colores, en buena parte, una ordenación instintiva, aunque la decoración geométrica es lo más frecuente. En el *Repertorio americano* se nos

dice que «las ruedas de las carretas decoradas parecen enormes rosas de los vientos».

Más tarde, a medida que el uso de la carreta fue disminuyendo por la modernidad de la vida, fue entrando a su vez como elemento o mueble de decoración en los hogares. En determinadas fiestas, aún no faltan en el interior del país algunas de estas coloridas carretas, pero es difícil verlas ya, desde luego, empleadas en faenas de trabajo. Lo que sí es muy usual en toda Costa Rica, actualmente, es tenerla como mueble decorativo en las casas, y frecuentemente es un mueble-bar o algo similar. Es más, así como la carreta decorada es hoy todo un símbolo nacional, sus dibujos han pasado también a los útiles para los mil usos de la vida diaria, desde un pisapapeles en el escritorio hasta el diseño para una alfombra, semejante a una gran rosa de los vientos.

La exquisita pluma de la costarricense Carmen Lyra, nos dejó escrito en *Las carretas de mi país*: «En los colores y decoraciones de los tableros, ruedas y yugo parecieran que sale a la luz la alegría escondida en el subconsciente del pueblo tico...»

«En la margarita blanca de corazón encendido, o en la campánula roja o azul, estilizadas como por mano infantil, que se ven en la mayor parte de las decoraciones de carretas, está la copla que murió sin alas en el alma de nuestro campesino...»

«En estas figuras geométricas de líneas curvas y rectas combinadas, donde grita el rojo, se queja el morado y se alegra el amarillo, se encuentra la música que nunca asomó a los labios del hombre costarricense...»

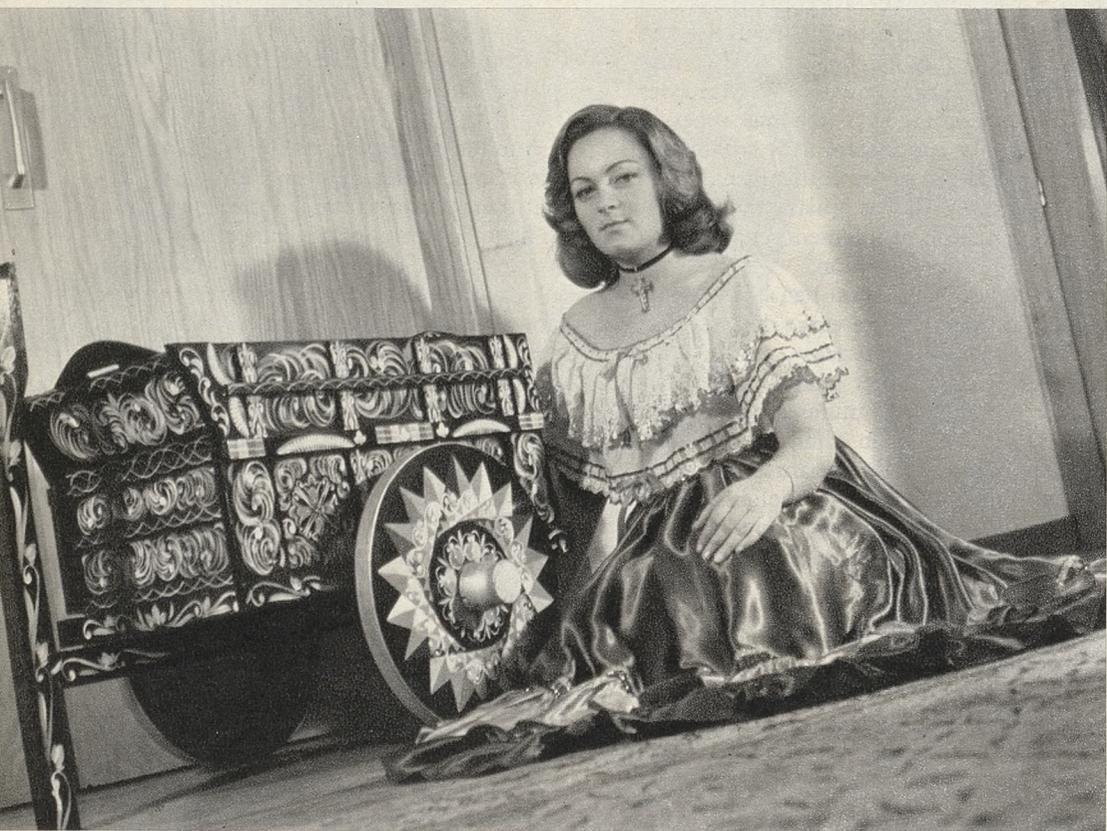
CARRETAS QUE «GOLPEAN BONITO»...

Aunque hoy la carreta decorada, en términos nacionales, sea un símbolo y frecuentemente un precioso mueble de adorno lleno de suntuosidad, para el campesino lo es todo, y no faltan por el interior del país, coloridas carretas, que el hombre de campo sabe cuidar y guardar para lucirlas en sus más queridos festejos. El paisaje costarricense se viste de gala al paso de una de estas carretas por una tierra que además es bellísima y en la que el campesino supo así envolverse en la magia de sus colores y cantar al trabajo.

Para el campesino costarricense, esta carreta y estos colores y esta alegría son su vida, su copla y su música, la historia de sus mayores, y se quiere a la carreta como se quiere a la tierra y al paisaje y hasta como se quiere a la mujer, porque llega a ser parte de uno mismo, del despertar de cada mañana y del quehacer de cada tarde.

Y como se cuida de un caballo, su andar y el paso que lleva, se cuida el «golpear de la carreta». Carmen Lyra, alma de mujer para sentir estas cosas, también dejó escrito que «los boyeros fantasiosos piden siempre carretas de ruedas de sonora madera de lagarto, carretas que «golpeen bonito», mientras que los previsores... prefieren carretas de ruedas de caoba que duren mucho. Para los primeros, la fábrica de carretas tiene ruedas de madera

El traje nacional costarricense armoniza a la perfección con el decorado tradicional de las ruedas y carretas. Hay belleza en la mujer, en el traje, en el utensilio. Es la tónica amable y fina de la vida tica. No en vano Costa Rica es uno de los rincones sosegados, pacíficos y más espirituales de América.



CARRETAS DECORADAS

muy seca, que vibran como cajas de tambor antes de herrarlas... que golpean bonita y acompasadamente...»

LA ARTESANIA DE COSTA RICA. LAS CARRETAS DE SARCHI

En Sarchí tiene Costa Rica talleres especiales para la fabricación de estas típicas carreteras e incluso se promueve allí la formación de cooperativas especializadas para continuar la tradición de la producción.

No podemos decir que Costa Rica, fuera de sus carretas decoradas, esté desprovista de otras ricas expresiones de arte popular, aunque décadas atrás no se hayan manifestado mucho. Hay hoy, en favor de las artesanías y artes populares, un empeño de revivir las técnicas de fabricación y cocido de las bellas cerámicas choro-tega, con cooperativas en Guaitil y San Vicente, y se vuelve a prestar atención a los tejidos de pita, a los sombreros de Quitirrici de Mora, a las jicaras decoradas, a las muñecas de barro policromadas, al hierro forjado y repujado, etc. Es más, la nueva Escuela de Artesanías, en San José, que se construye con un préstamo especial del Banco Interamericano de desarrollo, brindará a partir de ahora, nuevas generaciones cuidadoras del arte popular.

Debemos además señalar que junto con las carretas, los talleres donde éstas se hacen, trabajan muy especialmente también toda una rica y variadísima gama de objetos de madera, desde muebles hasta los más caprichosos útiles y adornos. Nos atreveríamos a decir que la madera se trabaja allí como en pocos lugares. Famosas son las «sillas Juvenal», que han inundado el país, típicamente. Precisamente, en Sarchí se ha desarrollado el gran centro en torno a la madera, y de allí son las «sillas Juvenal», llamadas así por Juvenal Alfaro, iniciador y mantenedor de su fabricación, y de allí las famosas «carretas de Chaverri», consideradas sin rival, y llamadas así desde que Fructuoso Chaverri las inició hace más de medio siglo.

En cuanto a la fabricación de las carretas, digamos que hay en distintos otros lugares del país. Son conocidos en San Miguel de Desamparados, los galerones de los Fallas, que constituyen una gran fábrica; hay talleres también en Cartago, en Escasú, en Santo Domingo de Heredia, en Heredia, etc., y hay una buena lista de fabricantes cuyos nombres han hecho tradición.

En unos y en otros, hay maneras y técnicas de pintar a veces distintas, como distintas son las preferencias por los colores de fondo y las figuras y dibujos dominantes. Pero en todos vive el alma de un arte distintivo de estas tierras.

La espontánea, rica y artística manifestación de este pueblo decorando sus carretas viene a estas páginas aquí hoy como un homenaje a ese encanto de tierra que es Costa Rica, que ha sabido, en medio de su paisaje, hacer un himno al trabajo, con los colores de sus «grandes rosas de los vientos»: las ruedas de sus carretas.

N. L. P.

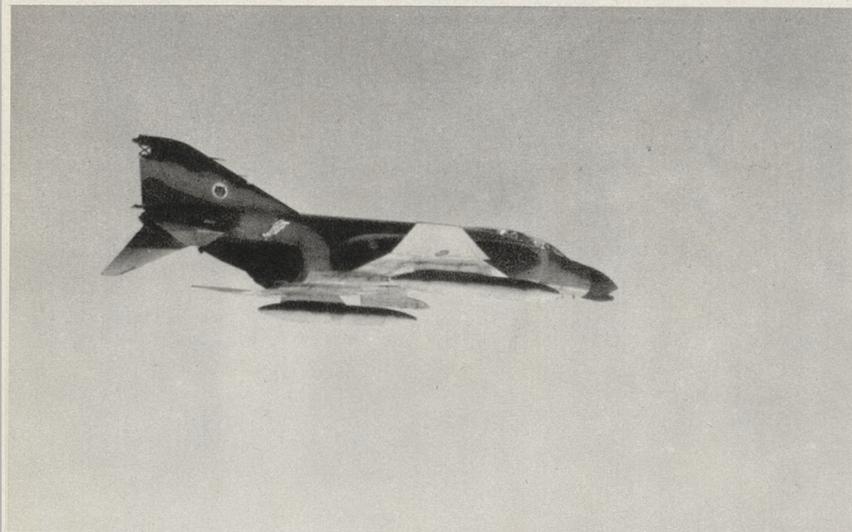




LOS CENTINELAS DEL CIELO DE ESPAÑA

LA DEFENSA AEREA





LA DEFENSA AEREA

En esta página, vista de un avión cisterna, encargado del suministro, en vuelo, de los reactores. Diversas perspectivas del completísimo y temible «Phantom», verdadera arma de la aviación moderna. En vuelo, dos veces más veloz que el sonido.

Los complicados accesorios necesarios para pilotar con seguridad cuando se vuela a más de 2-«Mach».

Un viejo precursor de los «Phantom».

«NUNCA tantos debieron tanto a tan pocos»... la célebre frase pronunciada por un conocido político inglés en la II Guerra Mundial, encabeza hoy este trabajo, no como homenaje a la memoria de aquel personaje, lo que no viene al caso, pero sí para poner de relieve la extraordinaria tarea que un reducido puñado de aviadores de España, realizan, calladamente, con total entrega y dedicación, para garantizar la paz y la seguridad de los cielos y las tierras españolas y de los treinta y cuatro millones que pueblan nuestro país.

Con las anteriores palabras queremos presentar la esforzada labor que llevan a cabo en un servicio permanente de veinticuatro horas al día, los miembros de las Fuerzas Aéreas Españolas, y en lo que se refiere a la vigilancia y control de los espacios aéreos de la península, cuya pieza básica o «motor» está constituido por el Mando de la Defensa, que tiene bajo su jurisdicción diversas ramificaciones o servicios, como son el «Ala 11» con base en Manises, y atendida por los célebres aviones «Mirage III», y el «Ala 12», con sede en Torrejón de Ardoz, que utiliza los temibles «Phantom». Asimismo de dicho mando dependen los Centros de Alerta y Control, Radar, Defensa A. A. y otros complementarios.

Ha de destacarse, por la importancia de su especialísimo cometido, la labor que constantemente se realiza por los Centros de Radar, que son realmente «los ojos» de la aviación, que guían a los aparatos hasta el punto exacto donde han de actuar para una mayor eficacia en su cometido.

DATOS RELATIVOS A LA AVIACION ESPAÑOLA

No puede dudarse que la aparición del Arma Aérea es uno de los hitos más importantes de la historia militar, lo que equivale a decir la historia de la humanidad.

No tiene más límites físicos que los derivados de sí misma, y éstos a medida que avanza la técnica, son cada vez más reducidos.

En líneas generales la Aviación Militar tiene las siguientes misiones:

- 1.º Acciones aéreas ofensivas (tácticas y estratégicas).
- 2.º Acciones aéreas defensivas.
- 3.º Operaciones de reconocimiento.
- 4.º Misiones de transporte.

Pero es de la Aviación de Defensa de la que nos ocupamos en este trabajo, por la suma importancia que hoy día, tanto en España como en todos los países, tiene la «cobertura y seguridad del espacio aéreo territorial de cada nación», ante el riesgo, siempre posible, de un ataque por sorpresa o una incursión con fines militares o, simplemente, terroristas.

En efecto, actualmente la mayor amenaza que existe, lo que más puede comprometer la seguridad de una nación y la integridad física de sus habitantes, es un ataque aéreo sorpresivo o no esperado. Por eso fue necesario crear y mantener en servicio permanente un Sistema de Defensa Aérea de la mayor eficacia posible. Las diversas experiencias y estudios realizados por elementos competentes en la materia, llevaron a aconsejar la creación en nuestro país, del Mando de la Defensa Aérea, cuya misión, única y exclusiva, es «defender el territorio nacional contra ataques aéreos».

Para cumplir adecuadamente esta tarea, tan amplia como difícil y siempre peligrosa, se dispuso dotar al citado Mando de la Defensa de los medios oportunos, tales como aviones, radares, artillería antiaérea y otros servicios muy importantes y complementarios.

LOS AVIONES

Forzosamente al hablar de esta misión hemos de tratar del material mecánico,



Uno de los primeros prototipos que utilizaron «los locos del aire», como eran llamados en los años 20. El avión «cisterna», repletos sus tanques, se dispone a elevarse para «alimentar» a los que ya están en la altura.



¡Sonó la alarma! En menos de cinco minutos piloto y avión estarán a veinte kilómetros en la vertical sobre el suelo. Todo a punto, máquina y hombre.

el avión, independiente del «material» humano: el hombre; cada uno en su aspecto importantísimo, y los dos formando «un todo» indisoluble y absoluto, en el que ambos se complementan. Es realmente un binomio, hombre-avión, cuyo esfuerzo y compenetración siempre darán los más óptimos frutos.

Describiremos, muy a la ligera, las principales características del avión utilizado en el «Ala 12», el «Phantom», máquina prodigiosa a la que se le pueden «sacar» increíbles resultados. Construido en Estados Unidos por la Compañía McDonnell, lleva dos motores que le proporcionan un empuje estático de cerca de 15.000 kilogramos. Estos motores y la citada potencia le conceden velocidades de más de 2 «Mach», o lo que quiere decir que es más de dos veces la velocidad del sonido. Su capacidad de carga es de 7.000 kilogramos, y puede subir sin que sus características de vuelo se vean reducidas, hasta más de 20.000 metros de altura. Los «sentidos» de este avión están constituidos por un complejo sistema electrónico. El peso en vacío de estos aparatos es de 13.500 kilogramos, y el peso máximo en vuelo de 24.800 kilogramos.

La velocidad máxima que puede alcanzar llega a los 2.400 kilómetros por hora y su rapidez de ascenso es de 147 metros por segundo. Tiene una autonomía de vuelo de 3.700 kilómetros. Su armamento es completísimo, de gran capacidad de fuego y susceptible de utilización en todo tiempo. La carga explosiva que pueden portar es la más importante de todos los ingenios aire-aire norteamericanos.

Los escuadrones de la Red de Defensa están siempre y en todo instante preparados para despegar sus aviones e interceptar el ataque enemigo, y su servicio está dispuesto tanto de día como de noche para elevarse a los cielos en un tiempo máximo de cinco minutos desde que se recibe la «alarma» mediante los agudos sonidos de «claxon». Igualmente el «Mirage III-E.C.11» es un aparato de muy estimables virtudes, y sus características más notables son las siguientes:

velocidad máxima, a 12.000 metros de altura, es de «2,2 de Mach» (2.440 km.-h.); velocidad de aproximación, 340 kilómetros, tiempo de ascensión a 11.000 metros, en tres minutos. Ascensión a 15.000 metros, en seis minutos; «techo de servicio» a 1,8 de «Mach»; 17.000 metros. «Techo» utilizando el motor-cohete 23.000 metros de altitud. Despega en un espacio que va de 700 a 1.600 metros, y aterriza, utilizando el paracaídas de frenado, en 700 metros. El peso máximo que puede portar en despegue es de 13.500 kilogramos. Es bimotor y biplaza. Este avión se fabrica en Francia por la firma Marcel Dassault. Su mantenimiento es algo más económico que el «Phantom», y ha demostrado ser muy superior a los conocidos «Mig» soviéticos.

EL HOMBRE

De nada valdría el más depurado material, ni la más exquisita técnica, sin la colaboración indispensable y totalmente imprescindible del elemento «hombre». El hombre, que además ha de reunir la mayor perfección técnico-intelectual que le permita identificarse con los múltiples problemas emanados incesantemente de su misión siempre dura y en todo momento peligrosa. Sí, muy difícil es ser «aviador militar», y hace falta tener un corazón, tanto moral como materialmente ¡enorme!; Hace falta mucho valor, mucha vocación y auténtico desprecio al peligro para ser piloto en aparatos de reacción! ¡Puede figurarse alguien la «sensación» que se experimenta subir verticalmente a más de veinte kilómetros de altura en cinco minutos escasos...!

De las aptitudes fisiológicas y físicas de estos aviadores habla bien claro el hecho de que los «elegidos» son minoría, ante la enorme cantidad de hombres dispuestos a estas misiones de riesgo y sacrificio. No todos pueden ser pilotos en estos aviones más veloces que el sonido. Han de ser, casi diríamos, «químico y físicamente, perfectos». Y no es una exageración ni mucho menos. Deben someterse a difíciles pruebas, a grandes sacrificios; no podrán abusar, y

en algunos casos, «usar», determinados hábitos o costumbres, normales en el «hombre de la calle»; deberán ser morigerados en sus costumbres, un tanto austeros en la comida y la bebida... Serán algo así como «ángeles», cuyas alas son las del avión que pilotan.

La tripulación de los aparatos de las Alas de la Defensa es de dos hombres: un piloto y un operador de armas, si bien no sería justo silenciar la tarea callada, pero eficaz siempre, del personal, magnífico por todos conceptos, que se ocupa del mantenimiento y «puesta a punto» de los aviones.

Tanto el piloto como el operador son jefes u oficiales en todos los casos, y hasta llegar a dichos puestos habrán tenido que superar duras pruebas, realizar muchos cursos de perfeccionamiento y vencer grandes dificultades en orden a la preparación, todo lo cual significa en primer lugar un gran amor hacia su carrera. Las condiciones humanas irán a la par que las aptitudes técnicas, todo lo cual constituya un perfecto círculo de enorme eficacia.

Una vez destinados a un Ala de Defensa, estarán constantemente entrenados y en plena forma física, realizando diversos planes de instrucción, tales como vuelos para ejercitar todas las diversas maniobras que el avión es capaz de realizar, y siempre tratando de obtener el máximo resultado de la máquina. Estarán pendientes en todo momento, sea de día o de noche, del servicio de «Alarma», cuya duración es de veinticuatro horas al día (permanente), y en todo instante dispuestos para «ir al aire» en un tiempo máximo de cinco minutos.

En todo momento están secundados admirablemente por el personal de tierra, en cuyas manos está el adecuado tratamiento y cuidado de los aparatos, y su perfecta puesta a punto.

El español de la calle, el que acude a su trabajo, marcha de excursión, asiste a espectáculos y, llegada la noche, descansa tranquilo en su hogar, debería pensar que en aquellos mismos instantes, cuando él se entrega al descanso, existe un plantel de hombres, general-

mente jóvenes, que «velan por su seguridad y paz», escrutando incesantemente el cielo con «ojos invisibles» que rasmean una y otra vez la negrura del espacio infinito, para en caso de observar alguna anomalía, dar la señal de «alerta», en cuyo momento otros hombres, también jóvenes, se lanzarán, alegremente, a las alturas, para salir al paso de quien pretenda alterar el sosiego y la paz de la nación, sin importarle que tal acción pueda poner en riesgo de muerte sus vidas.

Así son y así se comportan los aviadores militares del Mando de la Defensa.

FINAL

Para terminar nuestro trabajo queremos añadir algunos detalles inherentes a la Aviación española, que por su interés, serán bien recibidos por el lector:

Por ello diremos que fue el año 1913 cuando se creó el Servicio de Aeronáutica Militar, que se dividió en dos ramas: Aviación y Aerostación, si bien esta última ya estaba en servicio desde diciembre de 1884.

En 1918 se estableció, dependiente del Ministerio de la Tierra, la Sección de Aeronáutica Militar, con lo cual se reconocía desde aquel instante a la Aviación como un servicio independiente de cualquier otro cuerpo del Ejército. Hasta 1931 no se estableció definitivamente y por separado, los Servicios de Aviación y de Aerostación, dividiéndose las fuerzas aéreas en Aviación Independiente y Aviación Orgánica para apoyo de las unidades del Ejército de Tierra. Por necesidades de nuestra Guerra de Liberación, en agosto de 1936 se organizó la Aviación según las misiones que debían realizar, naciendo así las Escuadri-llas de Caza, Reconocimiento, Gran Bombardeo, Transporte y otras complementarias, formando unidades orgánicas. Al terminar 1937 se constituyen las Brigadas Aéreas, que fueron las primeras grandes unidades del Ejército del Aire.

En agosto de 1939 fue creado el Ministerio del Aire, con autonomía propia e

independiente del de la Guerra o del Ejército, que le confería fisonomía propia. Ya en 1952 se llevó a cabo la reorganización más importante de las Fuerzas Aéreas, pues en esa fecha se crearon las tres grandes ramas: de Defensa Aérea, la de Táctica y la de Transporte.

Como dato anecdótico diremos que el primer español que voló en un avión fue Antonio Fernández, que lo hizo el año 1909 pilotando un biplano de su invención, con el que se proponía cubrir la ruta desde Antibes (Francia), a cualquier punto de nuestra patria. No prosperó su intento, pues encontró la muerte al intentar el despegue.

El ingeniero español Benito Loygorri obtuvo en 1910 el carnet de piloto, expedido en la Escuela francesa de Mourmelon, en la cual también lo consiguió, con alta puntuación, S. A. R. el Infante don Alfonso de Orleans, que era teniente de Infantería del Ejército español.

Por aquellas fechas se habilitan unos terrenos de labor situados en las afueras de Madrid, en la zona conocida por «Cuatro Vientos», como primer aeródromo militar y donde se instala la primera Escuela de Experimentación. Se adquirieron tres aviones «Farman», cuyos precios oscilaban entre los treinta y cinco y los cuarenta mil francos franceses, y alrededor de veinte mil más, los motores.

El ingeniero Loygorri realizó el primer vuelo de prueba de dichos aparatos, llevando como pasajero al capitán Herrera, y el «raid» consistió en dar una vuelta alrededor de la iglesia de Alcorcón, partiendo de Cuatro Vientos, a una altura de 200 metros, y una velocidad «temeraria» en aquellos tiempos, de ¡80 kilómetros a la hora! La distancia cubierta fue de unos veinte kilómetros y se invirtió en el vuelo quince minutos.

A título de curiosidad damos los nombres de las dos primeras promociones de pilotos de la Aviación Militar Española: oficiales del Ejército: Alonso, Arrillaga, Barrón, Bayo (Alfonso y Celestino), Cortijo, Herrera, Jiménez Millas, Kindelán, Martínez Baños, S. A. R. el Infante

don Alfonso de Orleans, Ortiz de Echagüe, Pérez Núñez y Ríos.

Y fue en 1912, cuando el día 27 de junio tuvo la Aviación Española su primer caído: el capitán de Infantería Celestino Bayo, muerto en acto de servicio, desplomándose su avión sobre el propio aeródromo.

Durante la campaña de África, ya en 1913 la aviación militar desempeña un importante y valioso papel en favor del Ejército de operaciones, pues son muchos los servicios realizados sobre Sania Ranel, en la margen izquierda de Río Martín, Laucien, Rincón-de-Medik, Ben-Karrix, Montenegro y Condesa. Los primeros aviadores del mundo, heridos en acción de guerra, lo fueron los españoles, oficiales del Ejército, Ríos y Barreiro, quienes al realizar una misión de reconocimiento sobre el monte Cónico, en el Riff, fueron ametrallados desde tierra con incesantes descargas de fusilería, por los harqueños y guardias rifeñas, ocasionándoles gravísimas heridas a ambos, pese a lo cual consiguieron llevar el avión hasta las líneas españolas, donde tomó tierra el aparato sin sufrir el menor percance, en tanto sus tripulantes se desangraban por las múltiples heridas recibidas.

No debemos terminar nuestro relato sin dedicar un emocionado homenaje a la memoria de los heroicos aviadores españoles que fueron los primeros en atravesar el Océano Atlántico; los nombres de Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada, son permanente recuerdo en el corazón de todos los «hombres del Aire», al igual que los gloriosos Barberán y Collar, Gallarza y Lóriga, Jiménez e Iglesias... ¡Tantos aviadores de la gloriosa Aviación Española, que siempre antepusieron la patria a sus circunstancias personales!

Y más recientemente, los García Morato, los Haya, y tantos y tantos que supieron ofrecer sencilla, con grandiosa humildad, la mayor y más valiosa pertenencia: la propia vida, en servicio de España.

D. I. S.

TERTULIA DE ANECDOTAS, por Antonio Díaz Cañabate (1)

PERSONALIDAD DE PIO BAROJA, por Isabel Criado Miguel (2)



ANTONIO Díaz Cañabate es un escritor especializado en el costumbrismo. Madrid ha sido siempre, o casi siempre, su radio de acción literaria, su miradero de observador. La dedicación a escribir de Díaz Cañabate es antigua. Su revelación, después de nuestra guerra, unos pocos años después, con un libro que obtuvo un éxito fulminante y merecido: *Historia de una taberna*. A esa taberna de un ex torero-pintor iba un pintor ex torero, don Ignacio Zuloaga y le acompañaban, entre otros amigos menos constantes, asiduamente el escritor del libro que ahora estamos comentando y Juan Cristóbal, el admirable escultor.

La *Historia de una taberna*, de Antonio Díaz-Cañabate nació allí en aquel medio despacho de vinos, medio museo privado de la calle del Mesón de Paredes y Cañabate reflejó con pulso seguro y arrolladora amenidad el ir y venir de contertulios que rodeaban al pintor Zuloaga y de los parroquianos del establecimiento.

A este libro, que ya es un clásico de la literatura madrileña, siguió el no menos madrileñista *Historia de una tertulia*. Y uno y otro son dos inapreciables documentos de un Madrid que se reponía de los descabros padecidos por tres largos años de sitio, descabros en casi cada una de sus ilustres piedras.

Es Antonio Díaz-Cañabate autor de otros importantes volúmenes, pero acaso los más interesantes y los que habrán de quedar como obras cimeras de su bibliografía sean los citados.

No obstante, aparte esas obras concebidas unitariamente, Díaz-Cañabate cultiva el artículo que luego se puede agrupar con otros en tomos guardando en la agrupación

un sentido hasta cierto punto unitario. Y esto es lo que se nos brinda en *Tertulia de anécdotas*, que acaba de aparecer tras las vidrieras de los escaparates de librería.

Pero ¿qué es *Tertulia de anécdotas*? Sigamos al autor en la «Introducción». Se pregunta para dar él mismo la respuesta: «¿Qué clase de tertulia es ésta? ¿Es que las anécdotas son unas vecindonas curiosas que se reúnen en un lugar propicio para chismorrear de sus cosas y poner como hoja de perejil a los presentes, a los ausentes? No, las anécdotas son... iba a decir personas serias, circunspectas y claro, no se me oculta que lo que se dice de personas, esto es, individuos de la especie humana, las anécdotas no tienen nada, pero sí poseen mucho de humanidad en el sentido de sensibilidad, de cosa viva, porque la verdadera anécdota es narración, no invención, de un suceso particular y notable que describe algo cierto y no imaginado.»

Esto nos dice el autor en las primeras líneas de la «Introducción» a su muy ameno libro. Mas ¿qué hallamos en ese libro? Pues todo un mundo diverso de hechos y de personajes, a los cuales uno como un delgado pero muy sólido hilo. El ayer y el hoy, y quizá un poquito del mañana, se reúnen en estas páginas. Hechos de los que se habló y otros de los que se quedó por hablar; personajes famosos, conocidos otros, y aún otros anónimos, que, mientras Cañabate habla de ellos salen del anonimato.

Tertulia de anécdotas es una recopilación de artículos publicados por Antonio Díaz-Cañabate en la prensa y seleccionados por él mismo. Tienen como nexo lo anecdótico, y es bastante. Son muy amenas pinceladas. El esbozo de un tipo popular, el rápido y certero diseño de un escritor, o de un torero célebres. Un curioso, muchos curiosos acaecimientos. Paisajes rápidamente descritos, con lo esencial, que los hace identificables; interiores, a menudo castizos...

Antonio Díaz-Cañabate ha vivido la vida literaria madrileña y la vida de la ciudad durante no pocos años de una manera galdosiana, o sea ojo avizor. Y apenas nada se le ha escapado. Ha recorrido igualmente España.

Más de ochenta instantáneas componen *Tertulia de anécdotas*, y todas ellas conservan su fragancia y su vigencia.

Amena e instructiva lectura nos proporciona generosamente con su nuevo libro Antonio Díaz-Cañabate.



LOS ensayos críticos y eruditos en torno a nuestros grandes escritores del noventa y ocho y post-noventa y ocho proliferan en estos últimos tiempos ¡Y a qué paso! Estudios de toda clase; análisis de toda índole. Recopilaciones de aquello que se escribió en los periódicos.

Uno de los autores que mayor atención ha despertado y continúa despertando es Pío Baroja. En pocos meses se han ido sucediendo los trabajos que de una u otra manera interpretan su obra y, a través de ella, pretenden darnos al hombre tal como era en su presencia y en su espíritu, en su imagen exterior y en su intimidad.

Don Pío Baroja decía que «eso de conocerte a ti mismo es una fantasía griega». Y tenía razón, la más absoluta razón. Pero demos de lado a nuestras opiniones y atengámonos a la letra escrita, a lo que se está escribiendo sobre Pío Baroja.

Isabel Criado Miguel acaba de publicar un nutrido libro titulado *Personalidad de Pío Baroja*. En principio este libro fue tesis doctoral, que mereció, cuando fue leída en Salamanca, todos los honores académicos en cuanto a calificación. Isabel Criado Miguel es profesora de literatura en la Universidad salmantina. Y este trabajo que nos brinda denota una tarea de investigación insaciable de la obra —en el caso de Baroja, ingente— de un autor. Desmenuzar no ya los libros, ni los capítulos, ni siquiera los párrafos, sino las palabras, a veces las más escondidas, para averiguar a través de todo ello el carácter de quién las escribió nos parece labor muy meritoria para la que se requiere una preparación tanto en el campo de las letras como en el de la psicología. Y, además, esa labor meritoria a todas luces, no deja de ser aventurada. No creemos que la

obra de un autor sea en absoluto su vivo retrato. Lo es en un sentido, y no siempre; y no lo es.

Isabel Criado Miguel ha leído a fondo la obra de Pío Baroja. Tres años por lo menos de lectura si ésta se hace con la debida atención, con el rigor que requiere un empeño como el de ir averiguando el carácter de un literato examinando con cristal de investigador cuanto escribiera.

Ha trabajado Isabel Criado en este libro: que merece la lectura —sobre todo la lectura de los versados y estudiosos— empleando las mejores técnicas de aplicación de las ciencias literarias y psicológicas y su enorme capacidad de atención hacia lo que escribiera don Pío Baroja.

Nosotros, que tratamos al gran escritor prolongada y asiduamente, en particular durante unos años, nos preguntamos en qué estaría conforme y en qué no estaría con la interpretación de su personalidad de Isabel Criado Miguel en su trabajo determinista.

Anteriormente a este comentario hemos escrito y publicado otro en estas mismas páginas acerca de un trabajo en el que se estudia el pensamiento de Pío Baroja, trabajo que también ocupa un nutrido volumen, y ahora nos hallamos ante este donde Isabel Criado Miguel estudia, analiza, la personalidad del gran escritor vascongado y universal.

Toda la obra de Pío Baroja la examina minuciosamente Isabel Criado Miguel. Indaga lo que hay de don Pío en cada uno de los personajes de sus novelas, busca en lo que éstos dicen sus opiniones, su formación, su cultura, su postura en relación con la política y con las creencias religiosas, etc.

La ciencia, como médico, de don Pío Baroja era una ciencia antigua, y él estaba muy apegado a los conocimientos que en su tiempo adquiriera. Marañón declaró que durante el escaso tiempo que de joven ejerció la medicina el escritor demostró ser un médico excelente. Los métodos psicológicos de investigación y de interpretación de la personalidad que se emplean hoy día son muy diferentes, y por ello, como antes apuntábamos, no dejamos de pensar en las declaraciones que hubiera podido hacer Pío Baroja tras contemplarse en el espejo que presenta Isabel Criado.

Personalidad de Pío Baroja servirá por supuesto de ayuda para los estudios barojianos que en adelante se hagan.

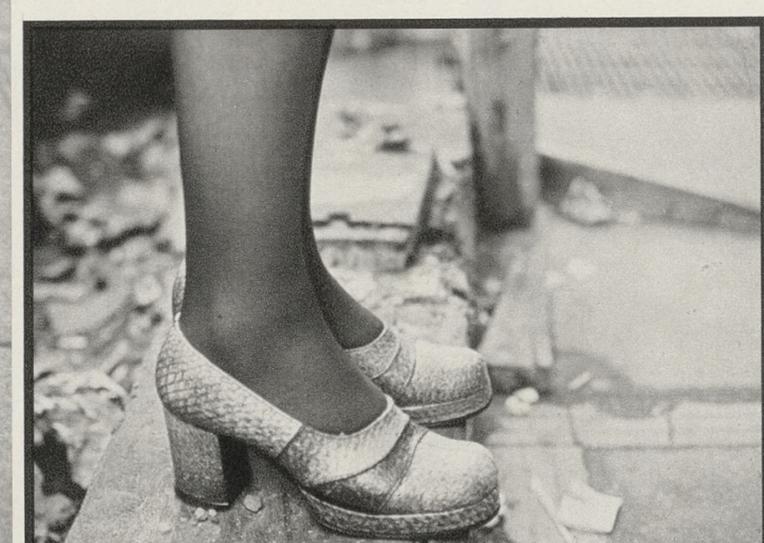
Miguel PEREZ FERRERO

(1) Editorial Prensa Española.
(2) Editorial Planeta.



**UNA NUEVA
INDUSTRIA
PARA EL
FUTURO**

Amador Ramírez, el inventor chileno que trabajó durante cuarenta años hasta conseguir el procedimiento que transforma cuero de pescado en un producto similar en todo al cuero vacuno. A su foto siguen ilustraciones de modelos de zapatos para hombres y para mujeres. Predomina el cuero de merluza.



UNA NUEVA INDUSTRIA PARA EL FUTURO

LA moda es insaciable. Lo devora todo. Se devora a ella misma. Por lo tanto, lo que hoy vale, mañana será descartado. Y así sucesivamente.

Es difícil, por eso, predecir en materia de modas. Difícil pero no imposible.

Concretamente, estamos ante un muy posible viraje de la loca moda. ¿Cuál será su próximo «boom»? Seguro que el del cuero de pescado aplicado a los zapatos, a las carteras, inclusive a las faldas. Lo único que no es seguro es si el «boom» del cuero de pescado se producirá dentro de tres meses, o dentro de seis.

NO ES RARO QUE DE CHILE...

Meses más, meses menos, la cuestión es que llegará el momento en el que los «sacerdotes» que determinan y normalizan los usos de las venideras actualidades dictaminarán: «El cuero de pescado no puede faltar en los zapatos, en las carteras, en los tapados de las mujeres, y tampoco en el de los hombres».

Pero esta moda que se avecina tiene su lado humano. Su semilla se encuentra en Chile, más precisamente en un hombre que vive en una populosa barriada de la recoleta Francisca, en Santiago. Se llama Amador Ramírez, tiene sesenta y nueve años.

No es extraño que de Chile salga esta posibilidad sorprendente en cuanto a la aplicación de la piel de los peces. Chile es una muy larga y angosta lonja, bañada en toda su extensión por las aguas del no tan «pacífico» Pacífico. El mar y los peces resultan familiares a sus modos de vida. No está fuera de la lógica que don Amador Ramírez descubriera tan imprevista veta para la riqueza pesquera.

CUARENTA AÑOS DE EXPERIMENTO

En su casa, rodeado de tarros y de los elementos con los cuales trabajó durante años para su hallazgo, conversamos con don Amador. Nos cuenta:

—Soy un viejo, pero no me aflige la edad: me siento verdaderamente feliz de haber llegado a un procedimiento para tratar de convertir el cuero de pescado común en un producto aplicable. Para eso trabajé muchos años.

—¿Cuántos?

—Cuarenta, fueron cuarenta años de paciencia, de fracasos, de vigilia. Puedo decir que durante cuarenta años fracasé. Hoy se acabó el fracaso. Puedo mostrar a quien quiera que por ejemplo el cuero de merluza, tratado luego de cierto proceso, se convierte en un cuero apto para los más variados usos.

COMPARACION CON EL CUERO VACUNO

—En relación al cuero de vacuno, ¿cómo es el cuero de pescado?

—Yo diría, y puedo demostrarlo, que es más resistente y además más maleable. Sus posibilidades son ilimitadas.

—¿Qué eco ha tenido con su invento?

—Yo soy un humilde inventor, un sencillo trabajador. No me especializo en relaciones públicas y esas cosas. De todas formas, por obra de una magia que no alcanzo a comprender, medio mundo está enterado de lo que puede ser el cuero de pescado. Yo no tengo teléfono, pero el teléfono de la panadería «La espiga de oro», que está en la esquina de la

cuadra en la que vivo, ha empezado a sonar con las más extrañas llamadas.

—¿Quiénes lo llaman?

—Me han llamado industriales, zapateros y hasta modistos de Alemania, Japón, Perú, Estados Unidos, Italia y otros países. Todos se interesan por la aplicación masiva del invento.

—¿Usted de qué modo ha aplicado el cuero de pescado?

—No hace mucho se hizo una exposición de zapatos y de carteras, para mujeres y para hombres, todos confeccionados con cuero de pescado.

—¿Con cuero de qué tipo de pescado?

—Sobre todo de merluza. Pero también de congrio y hasta de salmón. Ahora resulta que soy famoso. Inclusive ya hay algún inventor que se hace pasar por mí. La embajada japonesa paseó dos días un «Amador Ramírez» falsificado.

MAS DE DOSCIENTOS INVENTOS

Don Amador es francamente reacio a todo lo que tenga que ver con la publicidad. Su casa es pequeña, cuatro piezas y una cocina. Los tarros y el cuero curtido del pescado están presentes en todas las habitaciones. Vive como un solitario y su mayor vanidad es haber escrito en su tarjeta: «Amador Ramírez. Inventor de profesión». Nos dice:

—Tengo alrededor de doscientos inventos patentados... claro que sólo doce son referidos al pescado. No sé si usted habrá sentido hablar del aceite de pescado para autos, o de la parafina de pescado.

Se interrumpe. Se va. Vuelve con unos misteriosos rollos y cajas. Como lo podría

hacer un mago de feria, comienza a abrir lentamente los recipientes y a sacar de ellos una gran variedad de cueros. Son suaves como napas. Son —lo comprobamos— tremendamente resistentes. Tienen una particular textura, agradable al tacto y a los ojos. Son de merluza.

—Este es mi triunfo —explica con una sonrisa infantil—. No tengo ayudantes. Sólo me valgo de mis manos y de mi paciencia. Ya tengo la fórmula. Ya he aplicado los cueros de pescado a los zapatos. Son más elegantes que los otros. Y de su resistencia no hay dudas. Los he caminado durante meses, sometiendo-los a la lluvia y todos terrenos. No tienen nada que envidiarle a los zapatos tradicionales.

POR CORRESPONDENCIA

De un momento a otro los «profetas de la moda» pueden decidir que el cuero de pescado sea un elemento «imprescindible» para calificar la elegancia más exigente. Cuando eso suceda pocos tendrán en cuenta que detrás de ese «boom» hay un sencillo hombre que cuenta así un poco de su vida:

—Comencé a los ocho años a ganarme la vida. Hice de todo, vendí diarios, lustré botas, fui mensajero, vendedor de maní, hasta que estudié química por correspondencia. En los tiempos libres me dediqué a inventar. También estudié botánica y zoología por correspondencia... Hasta que inventé el aceite de pescado para automóviles. Los alemanes me compraron la patente. Con ese dinerito, que es anual, y con otros trabajitos pude dedicarme a perfeccionar el cuero de pescado y hacerlo aplicable a todo.

La paz de tantas jornadas ya no retornará para don Amador Ramírez. El lo sabe, y lo dice:

—El cuero es un producto que no abunda en el mundo. El cuero de pescado no sólo lo puede reemplazar sino que dará la posibilidad de crear modelos muy hermosos.

LA GELATINA TRANSFORMADORA

Es inevitable preguntarle cómo hacer para tratar el frágil, el quebradizo cuero de un pescado común. Amador Ramírez no lo cuenta con palabras. Lo demuestra con hechos. Se va nuevamente. Vuelve con un tarro abollado en el que hay una espesa gelatina. Toma un cuero de merluza, lo empapa en la gelatina, lo seca con una plancha de ropa y el milagro se produce: el pellejo, antes débil, se convierte en un cuero resistente, cambia su fragilidad por una firmeza suave.

No hay duda que con este cuero se puede hacer todo lo que antes se hacía con el cuero de vacuno, desde un zapato hasta una campera, desde una cartera hasta un sombrero.

Por lo demás, no hay dudas, el cuero de pescado luce muy bien. Es apto para aplicarlo en función de estilos y de modas donde aparte de distinción se exija un toque silvestre.

De ahora en más, pues, a prestar atención: que en cualquier momento el «boom» del cuero de pescado se desata.

Ya hay varios industriales y diseñadores que han levantado sus antenas, dispuestos a lanzar la novedad.

Textos y fotos:

JUAN DOMINGO MARINELLO



PERU

SANTIAGO ROJAS

FAMOSO MASCARERO



PERU

SANTIAGO ROJAS FAMOSO MASCARERO



En la página opuesta, Santiago Rojas, el más famoso de los mascareros sudamericanos. En esta página, una de sus máscaras, fiel reproducción de las arcaicas representaciones del amor, del dolor, del terror, y de la fiesta, como vemos en las ilustraciones de las páginas sucesivas.

LAS máscaras del Perú y de Bolivia son verdaderas síntesis de pueblos profundamente vinculados a un pasado que reflota con llamativa frecuencia.

En ellas se traduce su religiosidad, sus rituales a veces católicos a veces paganos, su sugestiva imaginación en donde se mezcla lo humano con lo safánico, los rostros convencionales con rasgos animales.

Esas máscaras están cargadas de significados, de historia, de tradiciones muy lejanas. Reaparecen para expresar las más profundas creencias o para sacar a relucir las más desbordantes celebraciones.

El espectador actual se pregunta: ¿Quién inventó, quién creó estas máscaras? ¿Quién las hace?

Tratamos de responder a esas preguntas ubicando, precisamente, al más famoso mascarero del Perú y Latinoamérica.

EL INVENTOR Y EL CUIDADOR

Se llama Santiago Rojas y vive en uno de los pueblos jóvenes que hay en los alrededores del Cuzco. Estos barrios reemplazan a los que antes eran y se llamaban villas miserias. Sus habitantes pertenecen a extractos muy humildes. Las casas han

sido levantadas con grandes adobones de tierra amasada con paja. Los techos son de caña y barro. Las calles no conocen el asfalto. Son muy empinadas. Por lo general los taxistas no quieren transitar por ellas.

Pero dentro de todo, este barrio no muestra una pobreza opresiva. Al contrario, en la construcción de sus casas hay síntomas saludables.

En una de esas casas, vive Santiago Rojas, el más famoso y cotizado de los mascareros sudamericanos.

Empezamos por la pregunta elemental: ¿Quién inventó, quién inventa estas máscaras?

—El inventor es el pueblo y el cuidador de ellas a través del tiempo también es el pueblo.

—¿Para qué las inventó?

—Para expresarse, para representar, para traducir en rostros las formas de su imaginación, para corporizar sus mitos y sus ritos.

AL SERVICIO DE LA FIDELIDAD

—Usted cuando hace estas máscaras, ¿a quién recurre?

—Recorro al pueblo, a su capacidad

para memorizar y perpetuar a través del tiempo esos rostros terribles.

—¿Se comporta como un artista?

—En todo caso como un artista al servicio de la fidelidad.

—¿De la fidelidad a quién?

—De la fidelidad a las máscaras que perduran gracias a la fidelidad de otros artesanos. Antes que artista prefiero llamarme artesano. Antes que nada me interesa preservar esas máscaras que tienen orígenes en fiestas y en ritos de hace trescientos, quinientos, ochocientos, mil años.

A su trabajo, Rojas —un hombre moreno, bajo de estatura, que ya cumplió los sesenta años, lo realiza alternativamente en una habitación y en el patio de su casa. Explica por qué:

—Por la mañana, cuando el sol asoma, hago las máscaras bajo techo. El sol se mete en mi pieza, para qué ir a buscarlo. Por la tarde cuando el sol se escapa, si lo voy a buscar. Sólo trabajo mientras el sol está. Jamás recorro a la luz artificial.

—¿Cuáles son las razones de este método?

—Hay dos razones más que importantes. Necesito ver los colores al natural. La luz artificial los modifica, los corrompe. Estas caretas son para ser usadas a la intemperie solar. Los colores deben co-



responder a esa intemperie. La otra razón es interior. Alumbrado por el sol, trabajo con la intensidad de la alegría. Hacer las cosas bien significa hacerlas con alegría.

—Hay muchas máscaras que traducen esa alegría que usted dice, pero hay otras que traducen melancolía, tristeza.

—Así es, pero aún para elaborar el rostro de la tristeza hace falta proceder con el fuego de la alegría, de tal modo la tristeza será convincente.

MAS QUE NADA LOS DEDOS

Los materiales y las herramientas de Santiago Rojas son muy simples. Más que nada usa sus dedos. Por lo general trabaja sobre delgados tejidos de alambre, o géneros, que sirven para dar cuerpo al yeso que a su vez amasa mezclándolo con harina en una proporción que tiene que ser exacta, para evitar que sea demasiado flexible o demasiado quebradizo.

LOS BAILARINES

Junto a las máscaras, Rojas realiza también figuras de bailarines. Según se sabe el Perú tiene una enorme cantidad de danzas con trajes vistosísimos. Rojas desde hace años en miniatura está documentando, con la mayor minuciosidad y fidelidad bailes como la «Cachampa», «La contradanza», el «Baile de los foreros», «El baile del mono y del cholo», el «Huayra de los doctores», el «Baile de los borrachos».

En cuanto a sus máscaras, también en cada una de ellas se documenta y perpetúan personajes y celebraciones. Hay máscaras blancas, morenas, negras. En algunas sólo se agregan dos leves cuernitos, pero en otras el rostro humano se trasfigura con elementos animales, por ejemplo hocicos de cerdos, orejas de perros, dientes de caballo. En algunos casos la mezcla de rasgos humanos y animales es tan notable que resulta imposible diferenciar lo uno de lo otro. Por momentos la máscara parece un animal, por momentos un hombre.

Las más espectaculares son las máscaras de las diabladas, originadas en tradiciones del altiplano boliviano. En muchas de ellas emergen culebras y sapos de las narices.

Santiago Rojas hace un poco de historia:

—Hay máscaras destinadas a danzas religiosas, guerreras, totémicas, satíricas. Hay también referidas a fiestas agrícolas y de sencilla diversión. Algunas de ellas fueron introducidas por la Iglesia católica, en la época colonial. Pero en general hay máscaras gestadas mucho antes que el hombre europeo pisara América. Con el tiempo y las imposiciones de la religión católica se fueron transformando. Pero en general se ve la tradición indígena (pagana) prevaleciendo, sobreviviendo a la influencia de la civilización cristiana. En varias máscaras se observa la extraordinaria habilidad de los indios para hacer coincidir sus celebraciones y ritos, dedicados por ejemplo a la Pascual del Sol (Inti Raymi), con las festividades de la Iglesia católica.

RESTAURADOR DE DEDITOS DE ANGELES

Hay una pregunta, entre tantas, por hacer. Y la hacemos:

—¿Cómo empezó Rojas en este oficio de las máscaras?

—A los quince años, y para ganarme la vida empecé a restaurar imágenes religiosas, más exactamente, deditos de ángeles. Rehaciendo deditos de imágenes fui convirtiéndome en un artesano. Con el tiempo modelé figuras. Me interesó documentar a través de ellas los bailes, los trajes, las costumbres. El paso siguiente fue desarrollar algunos detalles de las vestimentas de esos bailes. Así llegué hasta las máscaras.



SANTIAGO ROJAS FAMOSO MASCARERO



ARGENTINA

Una primicia para el mundo



POLO

FEMENINO

Texto: RODOLFO E. BRACELI
Fotos: JUAN M. FERNANDEZ

MIERCOLES. El miércoles en la Argentina es, como en todo el mundo, un día «laboral».

En un miércoles cualquiera, sin embargo, suceden cosas como las que vamos a contar a continuación.

UN PAIS RARO, CONTRADICTORIO

Dentro de la América hispana, la Argentina es un país especialmente pecu-

liar, contradictorio, inesperado. En otras palabras, la vida de la Argentina tiene rasgos muy propios, se da sobre una escenografía dotada para la abundancia.

Asimismo, la violencia en la Argentina se desarrolla en un ámbito de verdadera bonanza.

Pero sin duda donde las contradicciones se acentúan es en la capital, Buenos Aires, clasificada por sus espectáculos, por su vida cultural, por sus hábitos nocturnos, por sus dimensiones, por su capa-

cidad para estar al día con la moda internacional, entre una de las cinco más importantes del mundo.

En la Argentina, y sobre todo en Buenos Aires, es donde lo inesperado y contradictorio se observa con mayor frecuencia.

UN LUJO MUY CARO

Por ejemplo, el polo, un deporte que puede ser considerado entre los más caros

y reservados para ciertas sociedades, aquí en la provincia de Buenos Aires, se practica como en ningún otro lugar del mundo. La cantidad de equipos y el nivel no tiene parangones. Es un deporte difícil y muy costoso. Es un lujo.

Pero eso no es todo. El asunto no para ahí. Ultimamente en los campos de la convulsionada Argentina, se ha empezado a jugar polo femenino. La iniciación de semejante deporte debe constituir una exclusividad en el orden mundial.

Que las mujeres cabalguen no es muy frecuente, sucede sólo en sociedades muy escogidas. Que las mujeres jueguen al polo cabalgando es sin duda una rareza, una exquisitez absolutamente infrecuente. Esa exquisitez, en la capital de los argentinos se está empezando a poner de moda, lógicamente entre quienes pueden practicar tan desproporcionado divertimento.

Asistimos a un torneo de polo femenino. El evento tiene lugar en una estancia muy cercana a la capital (unos 60 kilómetros), pero sin embargo muy escondida. Una huella, al principio pavimentada y después alisada por el asfalto, nos lleva luego de dos kilómetros de ondulaciones al campo de polo.

Pero atención, antes hay que pasar por un castillo. A unos trescientos metros de ese castillo, metido inesperadamente en el medio del campo verde, se encuentran unos cuarenta automóviles que traen a los espectadores de la jornada. Allí hay una cancha de polo. Pero no es la única. Hacia la derecha hay dos más. Hacia atrás, en dirección contraria, hay tres más.

De manera que no sólo se verá jugar polo femenino, sino que habrá partidos simultáneos.

UNA MILLONARIA MOVILIZACION

A un kilómetro, detrás de un muro de árboles, se encuentran varios camiones acoplados, para transportar ganado. Los camiones son siete. ¿Qué hacen tantos camiones allí? La explicación es ésta: las mujeres de cinco equipos, jugarán un torneo por eliminación.

Cada equipo cuenta con diez a quince animales. En total, sobrepasan el medio centenar. Movilizar semejante cantidad de animales implica todo un despliegue de hombres y vehículos.

Esto sin contar que los caballitos son entrenados durante meses y alimentados con el esmero que más de una persona querría para sí.

¿Quiénes son las protagonistas de tan arriesgado deporte? Son, ante todo, y sin necesidad de observar mucho, hermosas y atildadas mujeres. De entre ellas, algo así como el ochenta por ciento, son casadas.

Como consecuencia de la conjunción de sus apellidos y los de sus esposos resulta que estas mujeres tienen verdaderas fortunas traducidas en kilómetros y kilómetros de campos poblados por el siempre bien cotizado ganado vacuno.

¿Quiénes son los espectadores de tan singular competencia, única en el mundo? Son los maridos, los amigos, las amigas de estas mujeres. Algo los vincula a todos: el amor al deporte.

MUJERES «DE A CABALLO»

Los equipos de «La cabaña», «Tortugas», «Indios de Coronel Suárez», «Hurlingham San Jorge» y «La Concepción» empiezan a competir. Es difícil elegir entre un partido y otro, porque el despliegue de soltura arriba de los caballos es muy parejo, notable.

Una integrante del equipo de «Hurlingham San Jorge» nos dice en seguida:

—No debe extrañarle que muchas mujeres dominemos los caballos con tanta soltura. Para nosotras cabalgar es un hábito, una rutina, algo que hacemos todos los días. Yo sé andar a caballo desde que tengo memoria... hasta creo que supe antes andar a caballo que caminar.

VEHEMENCIA Y HASTA «MALAS» PALABRAS

Se definen los dos primeros partidos, se llega a la semifinal. En muchas acciones se observa una buena cuota de vehemencia, y el diáfano y aseado aire trae más de una palabra fuera de diccionario de más de una jugadora.

Entre tiempo y tiempo, en los descansos, las primeras polistas del mundo jadean. Sus ceñidos pantalones blancos ya no están tan blancos. Por sus dorados rostros baja el sudor. El coqueteo también tiene su lugar: se sacan el casco, se sueltan el pelo, se acomodan las camisas.

Varios autos más han llegado. Traen espectadores que saludan cada tanto con bocinas acompañadas.

El fragor de la semifinal tiene una pausa. Hay una lesionada. Sufre un calambre en una muñeca. El giro y contragiro del palo le ha resultado agotador.

Se reanuda el partido. Otra dama pierde la cabalgadura y queda colgando. Pero sus huesos no sufren deterioro.

POLO FEMENINO VISTO DESDE UN AVION

El desarrollo del partido final todavía nos reserva algunas sorpresas. Resulta que dos espectadores han decidido concurrir, para evitar las congestiones del tránsito, en avionetas. Uno de ellos deposita su avión en el campo de polo contiguo. Después camina cincuenta metros y empieza a animar a su esposa, que integra uno de los equipos.

El otro espectador prefiere ver el partido desde arriba. Va, viene, se eleva, descende; pasa una y otra vez a no más de diez o quince metros de altura. Largo rato sobrevuela la cancha el temerario «piloto». En fin, en materia de sofisticación no está dicha la última palabra.

Hay por fin un equipo ganador del partido y del torneo. Es el conjunto de «La Concepción». Está integrado por cuatro hermosas mujeres. Las cuatro son rubias, las cuatro tienen los ojos celestes. Y es lógico que así sea, las cuatro son las hermanas Blaquier. Las cuatro son señoras, casadas. En total tienen veintidós hijos. En las siluetas no se les nota. Teresa Blaquier tiene seis hijos. Las dos nenas mayores, mellizas de ocho años, ya cabalgan con toda soltura. Las estamos viendo.

CON EL AVION AL LADO DE LA MESA

Después del fragor de la «batalla» hay muchos besos. Se entregan los trofeos a las ganadoras. Gasi como por magia, las sudadas jinetes se cambian.

Al lado del castillo están tendidas las mesas para el gran almuerzo. El espectador del avión que había aterrizado aquí cerca, se sube al aparato, lo pone en marcha, lo eleva y descende a los doscientos metros, ubicando la máquina a cinco metros de la mesa que ocupará para almorzar.

Todo esto sucede en la inexplicable Argentina, la misma que vive asediada por el terrorismo político, la misma que esa tarde, la del 6 de noviembre de 1974, entraba en «estado de sitio» por un decreto de la presidente de la República.

R. E. B.



POLO FEMENINO



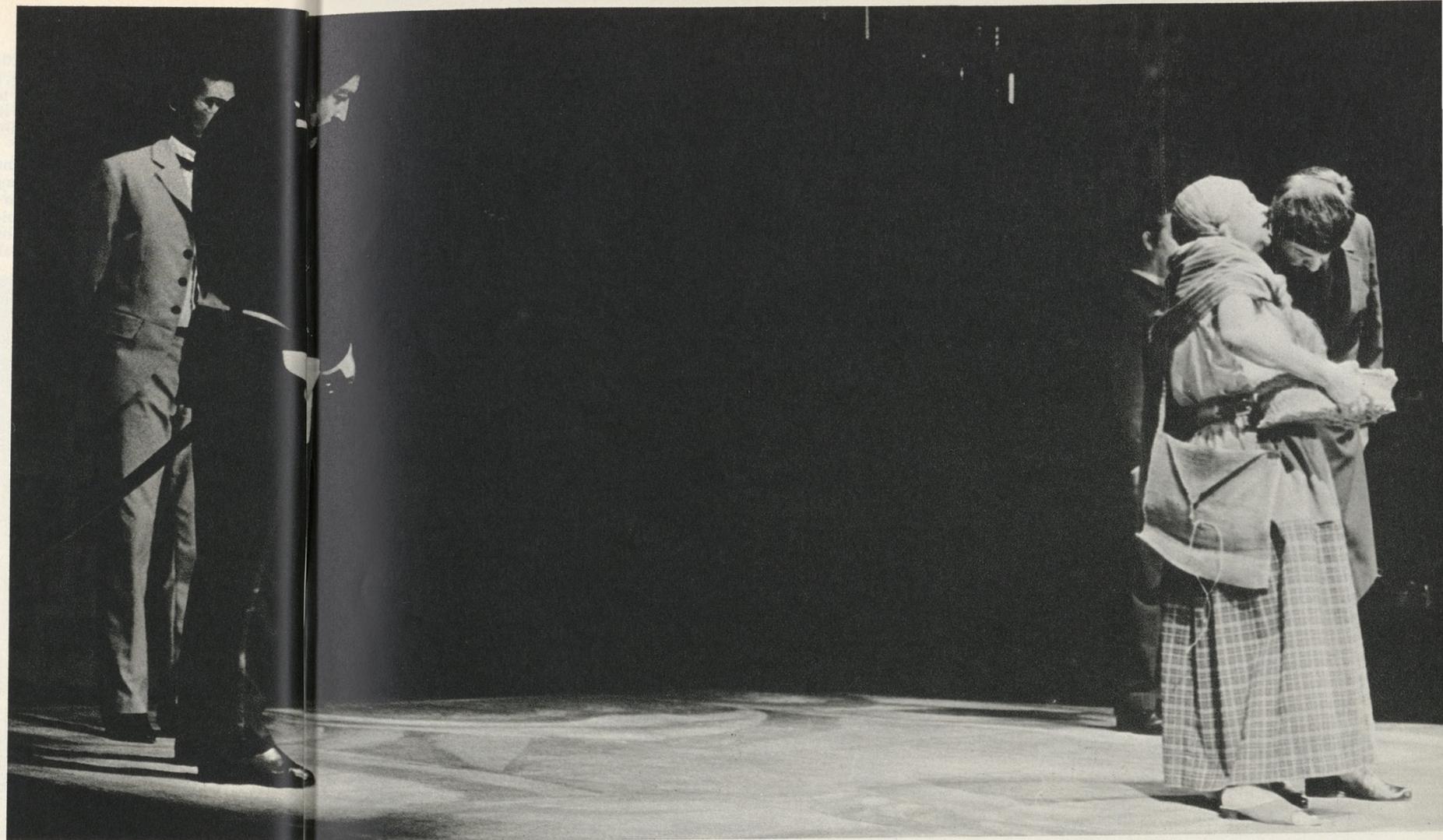


IGNACIO LOPEZ TARSO O EL "TIRANO BANDERAS" DE VALLE INCLAN

«EN MEXICO CONOCEMOS A LOS GRANDES ACTORES DEL TEATRO ESPAÑOL QUIZAS UN POCO MAS QUE LO QUE NOSOTROS SOMOS CONOCIDOS AQUI»

Por M.^a Teresa Alexander
Fotos: Angel Ubeda

«ME GUSTARIA HACER CON "TIRANO BANDERAS" UNA VERSION CINEMATOGRAFICA»



HASTA hace pocos días, el Teatro Español, en la madrileñísima plaza de Santa Ana, ha sido el escenario de un acontecimiento artístico de especial relieve. En él, y desde hace tres meses, Valle Inclán se hizo presente con su «Tirano Banderas» en versión escenificada de Enrique Llovet y dirigida por José Tamayo. Y como figura central de la obra, un actor mejicano, lamentablemente casi desconocido hasta hoy en España: Ignacio López Tarso.

López Tarso, con «Tirano Banderas», ha surgido en España del anonimato a la fama. Porque en su implacable caracterización del personaje valleinclanesco se ha revelado ante el público español como un actor de primera línea, con una madura experiencia en los escenarios y platós. Y a la hora de las exigencias del lenguaje, sabe responder con fidelidad a un castellano puro como mantener su original acento cuando se mete en el cuerpo de Santos Banderas.

España ha acogido a este gran mejicano, con simpatía y entusiasmo y le ha brindado su mejor aplauso de reconocimiento. Y MUNDO HISPANICO ha ido a buscarlo en el escenario de sus éxitos para conversar con él y para descubrir del todo su hasta ahora, para nosotros, inédita personalidad artística y humana. Y le hemos preguntado de entrada cuál es la clave dramática de este su curioso personaje. De cómo era en realidad Santos Banderas.

—La verdad es que se sabe muy poco de él. Se conocen muy pocas cosas de su vida. Valle Inclán no da muchos datos sobre su vida personal. En sus conversaciones habla de retirarse aunque esto, al parecer, él lo utiliza como una argucia política, porque lo

que él pretende en realidad es afianzarse en el poder. Pienso que Santos Banderas, llamado el Tirano Banderas, de no haber sido abatido por la revolución y en parte por sus propios errores, se habría impuesto en el poder. Es un típico personaje que ha existido a lo largo de la historia de nuestra América.

—¿Cuál es su balance personal de esta primera aparición en la escena española?

—Positivo y de sorpresa muy grata. Yo había estado en España varias veces, había visto mucho teatro y siempre tuve grandes deseos de actuar aquí. Tengo en México bastante contacto con gente española, muy buenos amigos. Conozco a muchos actores españoles extraordinarios. En el campo teatral España tiene mucho que enseñarnos por su brillante y rica trayectoria. De aquí parte toda nuestra cultura teatral y, por todo esto, el tener una experiencia personal en escenarios de España, era para mí muy importante. Mis contactos con Enrique Llovet en México hicieron posible esta realidad que me ha traído a España. Luego conocí a José Tamayo. Con ambos, que me vieron actuar allí, hablamos del personaje de Valle Inclán y nos lanzamos a la aventura, una feliz aventura que ha tenido, como usted lo ha visto, una estupenda acogida por el público español. Estoy contento por el resultado y por la forma en que se me ha recibido en los círculos teatrales y periodísticos y en el público.

—¿Cree usted que un autor español—como en este caso Valle Inclán—puede reflejar fielmente en una obra la psicología, la forma de ser y las costumbres de unos tipos populares tan definidos como en este Tirano Banderas?

—Valle Inclán fue un profundo conocedor de nuestra América y ha hecho una especie de mosaico de expresiones, de formas de ser y de vivir de cada uno de nuestros pueblos. Creo que por eso ha captado y ha podido reflejar tan asombrosamente la verdad de una situación y la autenticidad de unos tipos humanos y de un lenguaje popular. Y si a esto sumamos el talento de un Enrique Llovet y de un José Tamayo se puede decir que en este caso, Tirano Banderas ha sido tratado por manos expertas.

—¿Es «Tirano Banderas» en su versión teatral una primicia española?

—Sí. Pero pienso y confío en que se la podrá representar en México. Sería para mí una gran satisfacción. Y, por supuesto, mi gran ilusión sería llevar la obra a toda América hispana.

—¿Es conocido en México el teatro español actual?

—Lamentablemente debo decirle que muy poco. Yo mismo debo confesarle que hasta que vine aquí no conocía a todos los autores de hoy. Conocía a Antonio Gala. Buero Vallejo desde luego, es conocido y muy apreciado en México, pero su obra actual no se la conoce bien. Lo que he notado aquí mismo es que hay muy poca información teatral en la prensa española. Se leen críticas de gran calidad, pero noticias sobre el mundo del teatro, sobre su situación en España, no las he encontrado. Uno se cansa de ver páginas dedicadas al deporte, pero le cuesta encontrar información teatral. Y pienso que es necesario señalarlo. En este sentido me he sentido algo defraudado pues yo vine ávido de beber en estas fuentes y de empaparme de las cosas de teatro en España.

—¿Y cómo es la relación cultural entre los países hispanoamericanos? ¿Se conocen unos a otros?

—En el aspecto teatral concretamente debo decirle que no. Sobre todo a nivel continental. Pero en México ha habido un intercambio muy valioso con Argentina y Brasil mediante el cual hemos podido conocer la producción teatral y la situación en que se halla este campo en nuestros respectivos países.

—¿Y cuál es la situación del teatro nacional en su país?

—Yo diría que la situación del teatro a nivel internacional sufre de una crisis de autores dramáticos—salvando estupendas excepciones—pero hace ya varios años que no surgen los grandes autores en la literatura teatral. En México también ocurre esto, aunque hay algunos nombres importantes como Vicente Leñero, Guidobaldo López... Tenemos tres academias de teatro bastante buenas; una, del Instituto de Bellas Artes, otra, de nuestro propio sindicato de actores y otra academia a nivel universitario, es decir, un teatro experimental que depende de la Facultad de Filosofía y Letras. A través de estas tres academias se ha conseguido una buena formación y dedicación teatral para la juventud. Contamos ya con elementos jóvenes de gran valor, aparte de las figuras maduras consagradas.

—¿Cuál es el contenido y la intención de la actual producción teatral mexicana?

—La producción es escasa y, por lo general, de tendencia social y política como reflejo natural de la situación de nuestros países de América.

—¿Qué teatro español ha representado usted y con cuál se quedaría?

—A mí me entusiasma el teatro del Siglo de Oro. Es una época muy hermosa en el teatro. He representado muchas obras españolas y creo que el personaje que me hizo más ilusión representar fue el Cid, en «Las Mocedades del Cid», de Guillén de Castro. Esta interpretación me valió un premio de la Crítica. En una época hice una temporada—ininterrumpidamente más de dos años—con repertorio español. Fue bajo la dirección de Alvaro Custodio, un español que está otra vez en Madrid. Era agente teatral en México y formó una compañía que se llamaba Teatro Español de México.

Ignacio López Tarso tiene también una larga trayectoria cinematográfica. Ha protagonizado muchas películas importantes y su mayor entusiasmo está puesto en que «Tirano Banderas» pueda llevarse al cine, aunque piensa que otros pueden tener también en marcha este proyecto. Si de él dependiera, propondría una coproducción hispano-mexicana para esta obra.

—¿Por qué López Tarso tardó tanto en darse a conocer en España?

—Resulta curioso, pero es que yo soy más conocido en Moscú o en la India o en el Japón que en España. A todos estos países han llegado mis películas y también se han presentado en algunos festivales de cine en España como en el de San Sebastián, al que me invitaron en más de una ocasión y que lamentablemente no pude venir. Y en mis viajes anteriores yo vine como un simple espectador y nadie sabía quién era yo. Lo que ocurre es que lamentablemente somos completamente desconocidos aquí. Aparte de Cantinflas no se conoce casi a los buenos actores mexicanos. En cambio, en México

estamos familiarizados con nombres españoles como Carmen Bernardos, Irene y Julia Gutiérrez Caba o Fernán Gómez, Marsillach... Los conocemos a todos, pero aquí se ignora quién es quién en la escena mexicana de primera línea.

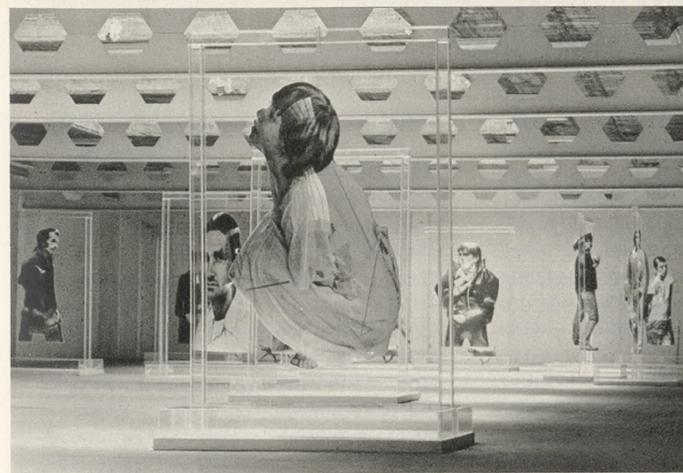
Tirano Banderas, López Tarso, aún está con nosotros, pero su ilusión es regresar a España para mantener vivo este primer contacto profesional con los escenarios españoles. Le gustaría volver para presentar aquí obras de su repertorio nacional e hispanoamericano. Y también para recitar sus corridos de la revolución. Unos corridos que evocan los antiguos romances, aunque con personalidad y estilo muy mexicano.

Y es que su estancia actual apenas si le ha servido para más que para ser quien ha sido esa criatura tremenda que se sacó de la manga don Ramón María del Valle Inclán.

—No me han quedado más que tres horas diarias para ver Madrid. Las he empleado caminando porque es la única forma de ver y conocer de verdad las ciudades y las gentes. Antes, en viajes de hace algunos años, conocí Toledo, Andalucía, Segovia... Entre los países de nuestra América, México es uno de los que guarda más fuertemente el recuerdo y la presencia españoles. El pueblo de México siente un gran cariño y simpatía por todo lo español.

Lo sabe Ignacio López Tarso. Y lo dice y lo firma aquí, en este escenario español en que cada noche pone en pie la figura de un hombre mexicano hasta los huesos, pero visto por un español de tan sólida envergadura como fue el gran don Ramón María del Valle Inclán.





DARIO VILLALBA Y EL SUFRIMIENTO

El dramatismo inenarrable que Darío Villalba logra en su obra, estalla ante los ojos del espectador con sólo aproximarse a cualquiera de sus obras. Aquí aparecen muestras de su exposición en la Galería Vandrés de Madrid.

por Enrique Azcoaga

DARÍO Villalba (1934) —para quienes aún no sepan que fue distinguido por el Premio de la Bienal de Sao Paulo (1973); que celebró una exposición considerable en el Museo de Arte Moderno de Madrid (1971), y que en su última muestra en la «Galería Vandrés» madrileña (1974), constituyó uno de los sucesos artísticos más importantes de lo que ha dado en llamarse «la última vanguardia española»—, es oriundo de San Sebastián, ha vivido en los Estados Unidos de 1950 a 1954, y aparte haberse graduado en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, trabajó con André Lhote en París, cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, y amplió su formación en la Universidad de Harvard (Boston).

Darío Villalba, a quien alguna vez leímos ciertas declaraciones, según las cuales, siempre ha querido denunciar con sus trabajos, «el dolor en su más profundo sentido mis-

mente injustas, reavivan la condición de quienes lo padecen, se había convertido en los tiempos que dieron lugar a la «época de las revoluciones», en un motivo de enfermedad, de trastorno, para quienes no tenían otro remedio que asumirlo. Hasta el punto de que muchos artistas diferenciaron el *sufrimiento-activador* de la dignidad viva, del *sufrimiento-enfermante* de quienes no parecen haber nacido para otra cosa que para perder y sufrir.

Los seres humanos, perseguidos por el dolor, podían encontrar en el arte, si no un oasis, uno de tantos caminos que les condujesen a metas confortadoramente elevadas. Esos mismos seres, cuando el dolor se adueña por completo de ellos, alienándoles, afebrándoles, enloqueciéndoles en muchas ocasiones, lo primero que necesitan en el campo de lo expresivo, es darse cuenta de que si sus valores, no les vincula con la

tro de una sociedad que al deshumanizarle, carece de sentido.

Muchos —y me refiero como es natural a esteticistas y a cínicos abundantísimos—, prefieren de Darío Villalba, lo que este vasco tiene de montaje, de tinglado, de *atrezzo* formal y de deslumbrante cóctel de aluminio, plexiglás, fotografías impresionantes, esculturas calculadas, etc. Nosotros, sin cerrarnos claro está a las virtudes auxiliares de un oficio, administrado con una habilidad acaso pernicioso, destacamos su denuncia, aplaudimos su intuición expresiva, nos interesamos por lo que hay en su obra de pretendida eficacia, aunque le salgamos al paso para contradecirle y recomendarle, que a ese hombre al que quiere representar sin literatura, solitario en su estado de sufrimiento, no debe considerarle un elemento ascético, sino un robot-víctima de algo que le obliga a vivir encarcelado en contra de su



DARÍO VILLALBA Y EL SUFRIMIENTO

tico», pertenece a esa gran cantidad de pintores modernos para quienes la pintura no puede consistir solamente en la administración del pigmento, sino en un quehacer necesitado de esos vastos espacios donde la vida crea problemas sin cuento, determinando en los hombres lo que la vida crea cuando no se encarna plenamente: *sufrimiento*.

Celebrar no podía constituir pictórico quehacer, de quien había llegado a sentir al hombre víctima y prisionero de sus propias celebraciones, o lo que es lo mismo, de sus propios inventos. El arte, quizá hasta que el expresionismo comienza a hacer de las suyas, ha exaltado siempre lo paradisíaco de la vida, como si vivir consistiera en algo eminentemente gozoso, carente de desdicha y amargura. Aparte actitud tradicional tan discutible, el sufrimiento humano que en las sociedades positivas, vale decir, relativa-

belleza, como ocurrió en tiempos pasados, es por culpa de la injusticia, y porque cuando el sufrimiento anega la vida en sus charcas casi absolutas, hablar en arte de metas ideales, supone casi una indignidad. Un hombre tan dotado como Darío Villalba, podía brindar a sus semejantes paisajes inefables, composiciones habilidosas, arquetipos desvinculados con la realidad doliente, y enganarles —como tantos artistas respetables suelen hacer—, como si el dolor no existiera. Pero un espíritu con raíces comprometidas con su tiempo, al advertir que el sufrimiento tiene la culpa de la esterilidad de tantos destinos, del cariz incompleto de multitud de vidas, de la desgracia radical —radical hasta que no se remedie— de gentes que podrían ser muy bien de otra manera, prefiere hacer lo que Darío Villalba hace: denunciar con el lenguaje visual de su época, los estragos que ese sufrimiento realiza den-

voluntad. A la cárcel primera que el hombre soporta, por el puro hecho de serlo, la soledad consumista le añade una o más cárceles, de las que no ve la manera de librarse; de las que no ve manera de liberarse, y por consiguiente, encaminarse a la belleza. Pues bien; quienes como Darío Villalba, ven clarísimamente en un principio el problema, corren un riesgo, en el que a veces hemos visto incurso a la hora de las declaraciones al artista que nos preocupa; creer que el sufrimiento, creer que el encarcelamiento atomizante, es algo que hay que conllevar ascéticamente y casi con resignación. El esfuerzo extraordinario de Darío Villalba tiene para nosotros sentido, en cuanto quienes nos convertimos en sus espectadores, pensamos: «he ahí a lo que nos reducimos, por culpa del sufrimiento sobrehumano». Ahora bien; si las proposiciones de Villalba, por posible flojera conceptual, o por embe-

lesamiento con todo el mundo formal del que el artista se vale para realizar sus propósitos, llegan a presentársenos —aunque la expresión resulte en principio algo contradictoria—, como dramáticos consuelos, nuestro entusiasmo por la obra de un artista español digno del mayor aplauso disminuiría sin quererlo.

Las realidades plásticas de Darío Villalba, en su más alta pretensión, son palpables y acusadoras. Este artista, que no puede contentarse con el «cuadrado de materias», con el refinamiento expresivo tan del gusto de una sociedad que piensa en el arte como en el más depurado de los lujos, tampoco puede hacerlos con tinglados espectaculares, con montajes suntuarios hipermodernos, al servicio de unas ideas que en vez de ser testimonios vitales elevadores, se conviertan un poco en ruinas —hermanas de las flores de trapo— envueltas en materiales dignifica-

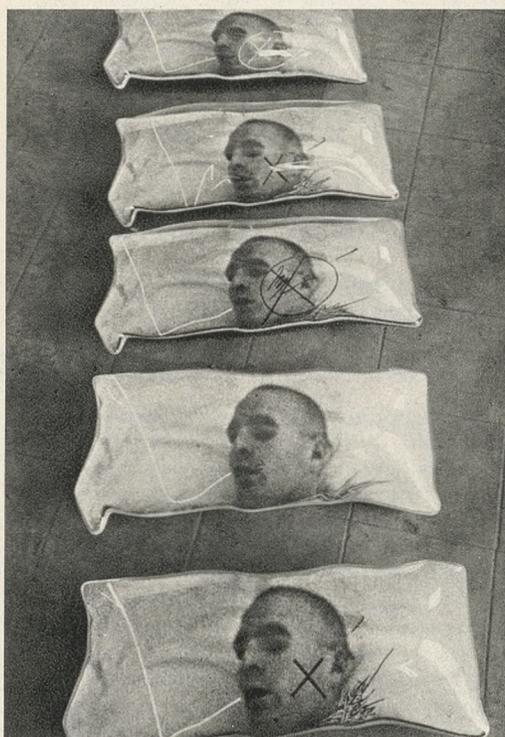
ligo, sorteado con enorme brillantez por Villalba, por la profundidad con que acomete y realiza sus propósitos...? En los procedimientos precisamente que este plástico utiliza, para aproximar extraordinariamente, para insertar en el contexto vivo de quienes somos sus espectadores, aquello que a él no le permite entender la pintura, como una derivación, todo lo importante que se quiera, de lo suntuario y de lo decorativo. Cuando el pintor nos dice: «no os olvidéis del mundo de los enfermos, de los dementes, de los desgraciados, etc.», no lo hace para complacerse en la tara o en la tristeza, sino para seguir aconsejándonos: «puedes ser un desgraciado, un enfermo, un demente, si no descubres como yo lo hago, con arreglo a un lenguaje de mi tiempo, todo lo que necesitas para ser un hombre total, en la posibilidad de un hombre total, por encima de todo». Siempre que asistimos

intereses que a los hombres nos convierten de sufridores en víctimas permanentes— en vez de mostrarle al ser humano la salida que Darío Villalba pretende, haciéndole tomar conciencia de su sufrimiento empanatado, tratan siempre de hacerle creer que sufrir, sufrir constantemente y por las buenas, es algo a lo que los seres humanos se obligan por el hecho de llamárselo.

Magnífico gesto el de Darío Villalba —y por ello nuestro aplauso—, mostrando la faz oculta de la humanidad doliente, el mundo solitario de la enfermedad —tanto psíquica como física— que los hombres a menudo ignoramos. Pero cuidado, mucho cuidado con convertir el sufrimiento en una esterilizadora constante, en una constante por otra parte disminuyente, desesperanzadora, a pesar de que se nos brinde envuelto en las dos pieles: la de siempre y la de su invento. Nada nos hace tan responsables, como aquello que en el fondo nos libera. Nada, dentro de lo posible tan positivo, como derivar del sufrimiento, valores que sin su savia ennoblecadora, obligan casi siempre a la discusión. Si nosotros, ante la obra de Villalba, nos fecundamos con el patetismo que su disposición formal trata de hacer más evidente, el objetivo de la obra de arte se habrá cumplido, cualquiera sea el motivo que la centre. Pero si en caso contrario, una sacralización del sufrimiento por una parte y una excesiva sutileza del tratamiento por otra, llevan en ocasiones al artista a convertir en algo parecido a joyas, lo que siempre tiene que resultar hermano de las cantatas, surgirán motivos de preocupación. Darío Villalba ha elegido un camino nobilísimo y peligroso, interesante y susceptible de convertirse en fórmula deslumbradora. Porque una cosa es servir, como hasta ahora lo ha hecho en sus mejores obras, mediante un lenguaje visual muy dentro de la hora, para exaltar aquello por lo que la humanidad tiene que salvarse. Y otra, convertir sus creaciones en particulares vidrieras, donde los hombres del tiempo actual, deseosos de un sentido capaz de integrarnos, nos recreemos contemplando a restos humanos, salvados del naufragio —si ello puede decirse de un resto—, en jaulas de rango decorativo, intencionadamente deslumbradoras.

El problema —inmenso, complicado—, se enuncia fácilmente: no es igual el destino del hombre que contempla la miseria humana como naturaleza insuperable, que el de quienes la aceptan como el estiércol —producido por el dolor— de un sufrimiento, de un principio positivo.

Ni son lo mismo las obras de Darío Villalba que le han llevado a alcanzar puesto muy destacado en la vida plástica universal y española, cuando han servido para recomendarnos: «huye de la miseria como consuelo», que aquellas en las que pudiera caer —y perdónenos la advertencia—, de complacerse con exceso en retóricas por un lado, y en contemplaciones humanas por otro, si no sigue como hasta ahora, denunciando que para superar lo injusto y vislumbrar lo bello, es preciso tener clara conciencia de que el sufrimiento, de que el dolor en suma, debe ser un punto de arranque, en vez de un estado respetable.



El tema del demente es central en la obra de Villalba. Pero también está atraído por todas las expresiones del sufrimiento. Aquí vemos, de izquierda a derecha, «Demente», «Sorprendido», «Oración», «Pies vendados» y «Almohadas». Situaciones patéticas siempre, parecen retratar un mundo atrapado bajo el lema «prohibido sonreír».

dores. El lenguaje visual del tiempo, utilizado por Villalba con una alegría a nuestro modo de ver plausible, corre un riesgo: disimular, queriéndolo o sin querer, el dramatismo de las acusaciones que sus motivos suponen. No siendo posible denunciar como él pretende, un mundo supertecnológico, sin conseguir en función de la tremenda denuncia que su obra significa, más estima para la vida, la muerte, el amor, el dolor y la alegría, que para los particulares materiales, en cualquier momento discutibles como todo procedimiento, empleados por el artista en este caso para llevar a cabo su empeño.

¿Cuál es la virtud mayor, desde nuestro punto de vista, de la obra de este pintor español, realizada en conjunto? Ponernos en contacto con tremendas, profundas verdades, valiéndose de medios que, a simple vista, tienen algo que ver con el arte de la moderna juguetería. ¿En dónde está el pe-

ante las *verdades encapsuladas* de este joven pintor, cultivador de una táctica para que sus espectadores no se sitúen ante su obra encerrados por el asombro, voces que llegan de sus cárceles transparentes, de sus «alienados del asfalto», recomiendan a grito pelado: «libraros de todo encapsulamiento; entended que el sufrimiento sólo es positivo cuando fecunda, y daros cuenta sobre todo que un mundo, en el que el sufrimiento difícilmente se redime, nunca es tan falso, como cuando confunde aparcialismo y plenitud». Artistas como Villalba se han salido del cuadro; instalan sus proposiciones expresivas en espacios naturales; brindan sus meditaciones personales, rodeadas de un necesario atractivo, porque el dolor en la sociedad dentro de la que todos vivimos, no tiene ya su dimensión noble, pura, señalada por el repetido verso baudeleriano. Dado que, los agentes del interés —de los múltiples





UNA EXPOSICION EXCEPCIONAL EN SANTIAGO DE CHILE

por
DEMETRIO RAMOS

EL centro emocional de Santiago de Chile —por constituir su rocoso corazón, su resguardo fundacional y su atalaya, a la vez— está en el cerro de Santa Lucía, dominio antaño sobre el río y la cañada, que eran el agua de la fertilidad y la vía del trajín de trigos y frutos, del abasto y del comercio. Luego, la cañada se convirtió en paseo —el *forum* de los pueblos hispánicos—, hecho al fin plena realidad cuando el supremo director O'Higgins tuvo el acierto de dar a aquel camino la función urbana y social que le correspondía, heredada de la línea de tajamares del río. Después, se continuó con la propia adecuación del cerro y, por fin, se completó cuando a aquel polo de palpación visual se le dio el paralelo eje del gran edificio neoclásico en el que se albergan, con la Biblioteca Nacional —clave señera de la palpación intelectual— el Archivo —el pasado— y hasta las exposiciones de la pintura juvenil —el futuro—, junto con el tesoro asombroso de reservas que es el Fondo Toribio Medina, hoy a cargo de especialista tan meritísimo como el doctor Javier González Echenique. Y en este gran enclave tuvo que ser, forzosamente, donde se montara la más aleccionadora exposición que se puede imaginar: la de aquellos siglos de oro, que fueron comunes; la de una historia de la que todos venimos: el continente entero que bañan los dos océanos, y nosotros, los que por haberlo decidido nuestros abuelos —al no decidirse a cruzar el mar— quedamos entre el Cantábrico y el Mediterráneo, de este otro lado.

EL GRAN HOMENAJE
AL OTRO LADO DE LOS ANDES

Con total acierto, el académico y diplomático chileno doctor Fernández Larraín, al pronunciar

unas palabras en el acto inaugural que tuvo lugar el 28 de octubre —pues era él quien facilitaba de su colección buena parte de la documentación que allí se exponía— pudo decir que «al celebrarse los quinientos años del comienzo del reinado de los católicos monarcas, hemos sentido más que nunca cuanto España nos ha hecho vivir y revivir, evocar y hacer presente...», porque era entonces cuando comenzaron los siglos de oro.

Curiosamente, así —al otro lado de los Andes— venía también a cerrarse lo que llamaríamos el ciclo de los Reyes Católicos, que fue abierto cuando en Valladolid, con aquella conferencia del doctor Suárez Fernández que nunca olvidaré, se inauguró la extraordinaria exposición conmemorativa del matrimonio de los Reyes Católicos, montada en el grandioso colegio mayor de San Gregorio, y que ahora, en el otro extremo —en el Nuevo Extremo— se ha clausurado con otra exposición tan distinta, pero tan igualmente aleccionadora. Incluso para nosotros. También el mismo aire de gran acontecimiento, pues en el acto estuvieron presentes altas autoridades del gobierno de Chile, como el ministro de Educación, contralmirante Castro Jiménez, el asesor de Asuntos Culturales de la Junta de Gobierno, doctor Enrique Campos y, con ellos, el embajador de España, don Luis García de Lleras y el propio director general de Relaciones Culturales, marqués de Bussianos, que en esta ocasión llevó, con sus palabras, el gran mensaje.

No tenemos a la mano el atlas de estampas chilenas que ofreció a la posteridad Claudio Gay, en el pasado siglo, por lo que no puedo recordar si entre ellas había alguna exposición; aunque estamos seguros de que de haber visto la que pudimos contemplar en el pasado noviembre todavía, mucho se hubiera ahorrado



LOS SIGLOS DE ORO DE ESPAÑA

por
ROQUE ESTEBAN SCARPA

AL inaugurarse la *Exposición Documental y Bibliográfica sobre los Siglos de Oro de España*, don Roque Esteban Scarpa, director de la Biblioteca Nacional, pronunció la siguiente disertación que, por su interés, reproducimos:

«La honra de la primera palabra se me ha concedido sólo por ser el custodio de esta casa del espíritu, quizá la más noble para sostener, abreviadamente y con dignidad, un fragmento de la historia del mundo que fue historia de España y, por comunicación de palabra, sentido de la vida y apetito sobrenatural, nuestra propia historia, el asomo de Chile a la crónica de la civilización de Occidente. Lo dijo Lope en una de sus comedias. Por boca de la india Tacuana, lo dijo Lope en una de sus comedias, después de hacerla alabar esos «endiosados talles, lengua hermosa y rostros nobles» y apetecer que sus hijas casen con ellos para que «mezclándose nuestra sangre | seamos todos españoles»:

...Veáis esta tierra | sujeta a vuestros pendones, | y este vuestro Dios y Cristo | triunfador de nuestros dioses, | y la cruz que nos predica | aqueso bendito monje, | que la trujo en sus espaldas | por la redención del orbe | desde Haití a la hermosa Chile | generalmente se adore.

Dos veces, antes de cumplirse un año, ha de estar presente y admirada España y lo que ella engendró, en estos salones. ¡Cómo no ha de conmoverme, si tengo recuerdo! José Luis Messía, testimonio presencial de una jornada de recobro de España para el espíritu chileno que comenzara en los años treinta y que os tocó vivir cuando vuestra patria sufría la incomprensión y semiabandono que hoy padece la nuestra, ante vos convoco a una luminosa sombra ausente, al guerrero de la Hispanidad, Jaime Eyzaguirre. Eran los tiempos de nuestras dos grandes soledades, así como este presente es hijo de esa larga lucha, y quienes gozan la victoria son sus compañeros de fe que permanecen aún en la tierra, o sus discípulos. Las islas de voces en el desierto hoy son coro y las sostiene el mismo sentido de desprendimiento y generosidad. Quizá por ello, España ha roto todos los precedentes, por única vez. De los Archivos de Indias, tres hermosísimas hojas del frondoso árbol de su historia que nos mancomunada son puestas bajo nuestra guarda, gracias a los seis años chilenos del señor Director General

de Relaciones Culturales y a los escasos meses chilenos del señor Embajador, que les comunicaron a sus depositarios la fe y la confianza suficientes para que su palabra fuese más fuerte que la norma. Y así respondió España al desafío de la culta generosidad de don Sergio Fernández Larraín, al entusiasmo de Enrique Campos Menéndez, de Patricio Estellé, de Javier González Echenique, y a la certeza de que todos los nobles materiales serían tocados con los dedos de arte de los cinco jóvenes maestros de nuestro Taller de Diseño.

Cuando dialoga Santa Teresa de Jesús con nuestra Gabriela, mirando el paisaje de Castilla, desde el jardín de arrayanes del Escorial, le dice que la tierra que contemplan «es vino fuerte que necesita potencias firmes» y su compañía, que viene de América, tiene «sentidos gruesos para una tierra de aire sutil. Conozco a tus gentes y quedo sangre de los míos sembrada por el valle de Chile». «Las empresas y los hombres españoles eran anchos y majestuosos como las galeras. Les mandamos en los galeones el hombre de Castilla, el tipo como quien manda aceros. Ahora hagan ustedes las otras cosas. Las manos de España eran para fundar en grande y cumplieron. Desmesuradas gentes: pero así es el espíritu, hija».

Desmesurada persona era la Santa de Avila; desmesurada persona nuestra Gabriela Mistral. Las dos se encuentran en la seca y apasionada desolación del paisaje en que ha nacido la lengua en la que ambas pueden entenderse, justamente por aquella sensual sembradura de sangre que quería Tacuana la india y por aquel envío de tipos recios como acero, humanos en el deseo; por esa hispanidad rebelde ante la adversidad y con ansias de eternizarse.

«Fueron los tiempos» —dice Teresa— pero, al agregar «así es el espíritu», permite que lo temporal no tenga un sentido limitativo. Podrán las naciones, en un momento, no ser capaces de soportar el peso de su propia hazaña cuando se le ha hecho tan vasta como el orbe a partir de la capitulación de Granada, porque «nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas a cuestas», mas ese cansancio no impide que siga habiendo, entre sus

en aquel esfuerzo por compendiar —y entender— documentos, para el quehacer al que le impulsó Egaña. Nos pareció a nosotros que aquella exposición de «España y sus siglos de oro» era, al fin, como el sueño de don José Toribio Medina, hecho realidad mágicamente.

LAS PIEZAS OFRECIDAS Y LA EXCEPCION ESPAÑOLA

El período acotado en realidad se extendía desde 1474 al 1700, por entenderse así la plenitud, desde el reinado de los Reyes Católicos a la primera gran mutilación. Así, desfilaban ante los ojos del visitante documentos de la época de Isabel y Fernando, alguno —por cierto— tan penetrante en la intimidad de sus vidas como aquella carta de la reina por la que ordenaba a don Sancho de Paredes entregar al camarero de la princesa ropas de cama y piezas blancas, con motivo del nacimiento del infante don Fernando. Junto a éstos, había documentos de doña Juana, de Cisneros —como aquella concesión de determinado privilegio al monasterio de Guadalupe—, de don Carlos —como aquella carta, que casi parece confidencia, fechada en Bruselas a 10 de octubre de 1516, por la que avisaba a la ciudad de Loja de su próxima salida para España, como aquella otra a Melanchton, por citar algunas—, como la epístola de San Ignacio, como varios papeles de Felipe II, de don Juan de Austria, de Felipe III, de Felipe IV, del conde-duque o de Carlos II.

Y junto a tales testimonios palpitantes —escritos justo en el mismo acontecimiento histórico— otros, no menos evocadores, como la

famosa Biblia Políglota cisneriana, o la edición de las Partidas, impresa en Sevilla en 1491, con otras joyas bibliográficas, como las ediciones de López de Gómara, Herrera o de la misma Recopilación; como los tomos de Góngora, de Lope, etc., que la Biblioteca Nacional de Chile atesora. Y a su lado, piezas tan excepcionales como el pequeño trozo del pendón de Hernán Cortés, enmarcado en un dibujo del coronel Zenón de Buenaga, perteneciente, como tantos de los documentos exhibidos, a la colección Fernández Larraín.

Como es lógico, no poco de lo que se presentaba en la exposición tenía directa relación con Chile. Pieza fundamentalísima era la famosa carta de Pedro de Valdivia a Carlos V, fechada en La Serena en 1545 —que justamente está también esculpida en el cerro de Santa Lucía— y que así hacía, al cabo de los siglos, su viaje de retorno para este preciso acontecimiento. La llevó personalmente nada menos que José Luis Messía, director general de Relaciones Culturales, junto con la sentencia del juicio de residencia de don García Hurtado de Mendoza, de 1562, y el manuscrito original de la crónica de González de Nájera, testimonios todos que por vez primera salían de los archivos españoles para colaborar, como se merecía, con la idea promotora.

Y al lado de estas joyas, los aportes del Archivo Nacional de Chile, entre los que recordamos una cédula de Carlos V dirigida al cabildo de Santiago. Y además, de otras colecciones, la edición de *La Araucana* de Ercilla de 1597, el *Arauco Domado*, de Pedro de Oña, impreso en 1605, la Relación del padre Alonso de Ovalle, el compendio histórico de Jerónimo de Quiroga y tantas piezas más.

Todo se veía valorizado, además, por un montaje extraordinario y de gran gusto. Porque

el tono de claridades de los paneles y cubícula, envueltos en las penumbras del gran salón, imponía una lenta contemplación, concentrada en cada caso, como si un siglo de oro, hecho ya plural, pudiera alargarse sensitivamente para el gozo del espíritu. Cuando además, los complementos «escenográficos» eran también tesoros auténticos: muebles, armaduras, esculturas, encuadernaciones, armas de la época, todas piezas de museo.

Por una fortuna excepcional, nosotros pudimos estar presentes en las dos conmemoraciones estelares de los Reyes Católicos, en la de hace años de Valladolid —en la que tanto intervino nuestra Universidad— y en la de Santiago de Chile, al ser amablemente invitados para pronunciar una de las conferencias que complementaban la exposición. Lo curioso de la conferencia —ésta es la sal de la anécdota— es que fuimos para suplir una ausencia bien importante: la del manuscrito de *La Araucana* de Ercilla, que al no poderse llevar a tiempo se convirtió en tema de disertación. Como es lógico la dimos en prosa —en mala prosa— aunque con un pórtico inigualable, como el que nos proporcionó la voz erudita y sapientísima del doctor Eugenio Pereira Salas, director de la Academia Chilena de la Historia, que tuvo la deferencia de hacernos la presentación ante un público de grandes autoridades en la investigación histórica, como Ricardo Donoso, el embajador de Venezuela doctor Arellano Moreno, Salvat Monguillot, María Angélica Figueroa, Mario Góngora, Néstor Meza, González Echenique, Alvaro Jara, Sergio Villalobos, Campos Harriet, Horacio Aránguiz y tantos más.

Tras aquel sueño —pues lo era de verdad— la tarde de Pudahuel quedó atrás, al partir otra vez.

hijos conciencias vigilantes que recojan, transmitan y enriquezcan ese modo único de ser en el mundo que constituye la esencia espiritual de una raza. Cervantes escribe en el Quijote, que "no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso", porque piensa "que cada uno es artífice de su ventura". Idéntico pensamiento había tenido el cronista de los Reyes Católicos, Hernando del Pulgar: "E habéis de creer que Dios hizo homes e non hizo linages en que escogiessen. A todos hizo nobles en su nacimiento; la vileza de la sangre e obscuridad del linage con sus manos las toma aquel que dexando el camino de la clara virtud se inclina a los vicios del camino errado". La virtud, el ser hombre en su sentido total, es lo que otorga "la verdadera nobleza". Para Huarte de San Juan, "todo el tiempo que el hombre no hace algún hecho heroico, se llama en esta significación hijo de nada, aunque por sus antepasados tenga nombre de hijodalgo". En el hacer, cada uno es progenitor de sí mismo, aunque las estrellas de la herencia sean oráculos misteriosos, que inclinan, pero no obligan.

El hombre, para el español, es la plenitud del ser consciente y responsable, y en esa plenitud continua consiste el significado de la vida y, por su fidelidad, la existencia que sucede a la vida. "Morir vivo es la última cordura", expresa Quevedo y, en otro soneto, completa la idea: caro con mi vivir mi monumento. Y no es tarea fácil, si creemos con el rey don Sancho, que en cierto sentido el hombre es más noble que las criaturas celestiales, justamente por esta riqueza agónica de componerse de cuerpo y alma, de tener entendimiento y razón y libre albedrío para optar por el bien o el mal, grave responsabilidad de hombre, acrecentada cuando se tiene el poder.

Si el español tenía como ideal para no ser hijo de la nada de sí mismo el dar, según el verso de Lope,

*al rey, infinitas tierras
y a Dios, infinitas almas,*

quien ha de gobernarlas, para responder ante Dios y ante los súbditos debe saber, como lo pedía Saavedra Fajardo, "cortar y labrar las piedras más a propósito para su grandeza". Cuando el pueblo se queja, el rey les duele, dictaminaba

Quevedo; lo que es malo para el reino es malo para el rey, testificaba el P. Rivadeneyra en su "Tratado del príncipe". Y en esta relación de unidad forjaba España su destino y el de todos sus hijos en el mundo en aquellos siglos que yo no llamaría de oro, sino de sol.

Porque cada individuo contaba, puede un clérigo dirigirse a la grandeza de Carlos V, sentándole que es justo que favorezca la conquista y los conquistadores, pero mirando mucho por los conquistados. Y también uno de aquéllos, usar la pluma lejana para recordarle que "ningunas escrituras que estén escritas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor; y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo y yo, y dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo y lo he servido como buen soldado de su majestad, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, y una hija para casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante su majestad para representar cosas cumplidoras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas". Y Bernal Díaz es uno con fortuna, porque de los quinientos cincuenta soldados que pasaron con Cortés a Nueva España, es él de los cinco que viven, pues los más tuvieron por sepulcro los vientres de los indios, por servir a Dios y a su majestad, e dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar". Si pone el monarca oído a las quejas ha de oír también las voces por los conquistados, e instruir, como los Reyes Católicos al comendador Nicolás de Ovando, que procurarse, con gran vigilancia y cuidado, que los indios fuesen libres de servidumbre, sin consentir que les agravieran para que lo cristiano no les fuera aborrecible.

El propio Pedro de Valdivia se vino a estas tierras "aunque fuera a perderme", soñando en perpetuarlas —¡y qué bien está empleado el vocablo!—. El y sus soldados "trabajados, muertos de hambre y frío, con las armas a cuestas, arando

y sembrando con las propias manos para sustentación suya y de sus hijos", han de irse "poco a poco, con el pie de plomo, poblándola y sustentándola" porque no se trata de "topar oro para engordar" según su frase feliz y visionaria. De sus cenizas está abonada la tierra de Chile —"serán cenizas, mas tendrán sentido"—, quería, para las suyas Quevedo como Valdivia, y esa voz de España es la palabra nuestra que en esta tarde repetimos. E incluso trascenderá en Valdivia, el verso que le sigue: "polvo serán, mas polvo enamorado", cuando, amorosamente en su carta, le escriba, para siempre, al Emperador "esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo". Forma de ese amor es vuestro volantero retorno, José Luis Messía, quizá porque como sostuvo nuestra andariega y batalladora Gabriela en otras tierras: "La hermosa palabra prójimo es usada por nuestro pueblo como un homónimo de semejante y con la misma medalla doble se usa allá la palabra cristiano, que quiere decir creyente, pero además hombre". En la voz de la poeta, ¿no está abreviada toda la obra espiritual de España, el tuétano de su herencia, en el hombre nuevo que dejaron?

La eternidad no puede encerrarse en minutos y la tentación de pensar España, menos. Yo debía haber dicho solamente bienvenido, gracias, pero como ambas son palabras castellanas y las primeras tierras de Chile que vieron la cruz y el pendón de Castilla y se dignificaron con su toma de posesión fueron aquellas en que nació, y las manos que me cogieron para la luz magallánica y me alabaron fueron también de aquella que, por apellido, debió venir de la señora gobernadora de la Insula Barataria, pues se llamaba doña Carmen Cascajo y Yagüe y era de los Madriles, me habéis de perdonar que me haya convertido en persona desmesurada, porque, a la española, no sé decir gratitud sin comprometer el ser entero y en la palabra bienvenida debo encerrar el gozo de una presencia, aunque la sintamos volandera.

La historia está hecha del tiempo que fue y del que vamos haciendo para legar. Los siglos del sol nos siguen iluminando, aunque sepamos, yo y estas palabras que somos apenas, con ansias de eternidad, polvo enamorado.»





HOY escribo esta crónica con la inmensa satisfacción de poder informar ampliamente sobre las relaciones filatélicas de los pueblos de estirpe hispánica. Muchas veces se ha dicho que el coleccionismo de los sellos sirve para una intercomunicación cordial entre dos o más personas, las cuales lo más seguro que a lo largo de su vida, nunca se conozcan físicamente, pero a través del correo gozan de una gran intimidad.

La primera magnífica noticia a la cual hay que hacer mención, es sobre lo ocurrido en la ciudad de México el pasado día 30 de octubre. En dicha fecha tuvo su reunión estatutaria la Federación Interamericana de Filatelia (FIAF) y en ella se trató el tema de la admisión en las exposiciones por dicho organismo patrocinadas, de aquellas colecciones de sellos de países americanos, cuyos propietarios no son residentes en el Continente. Al mismo tiempo se confirmó la propuesta de Guayaquil de 1973, en el sentido de que España y Portugal ingresaran a la FIAF, como miembros correspondientes. La resolución de Guayaquil se adoptó con solamente el voto en contra de la delegación de Perú, mas en la reunión de México D.F., dicha delegación en cuanto se replanteó la cuestión pidió la palabra para indicar que daba su voto favorable a lo propuesto.

Por lo tanto, en México D.F. se ratificó por unanimidad la decisión de Guayaquil, con lo cual el paso dado es de especial importancia. Al respecto hemos de decir que la exposición celebrada en Madrid en octubre de 1973, bajo el nombre de ESPAMER, sirvió de una forma excelente para que hubiera un amplio intercambio de pareceres entre coleccionistas de

los países de estirpe hispánica y soy testigo, que las conversaciones, sostenidas en un ambiente de camaradería bien amplia, tenían como denominador común, que era necesario llegar a cuanto ahora se ha plasmado en un protocolo. Por otra parte, la famosa Declaración de Madrid, de la cual se dio toda clase de información en esta página filatélica, mucho ha servido para este cierre de filas entre todos los que coleccionan sellos y hablan el mismo idioma.

La FIAF celebró la indicada reunión estatutaria, con ocasión de la celebración de la exposición filatélica que giró bajo el nombre de FILMEX'74. En ella como buena demostración de las excelentes colecciones de sello americano que hay en manos de coleccionistas españoles, podemos decir que éstos han sido galardonados: en la clase de honor, don Alex Rendón por sus clásicos de Bolivia, con gran premio de honor; se otorgaron medallas de oro y premios especiales, respectivamente a don Luis Cervera Vera y don José González García, por sus colecciones clásicas de El Salvador y Perú; medalla de vermeil a doña Luz María Villegas por su colección de Venezuela (estados de Guayana y Maturín) y a don Fernando Camino por su estudio *El correo en el Virreinato de la Nueva España*, y además un galardón especial titulado Buzón de plata.

* * *

Por lo que respecta a la exposición ESPAÑA'75, que tendrá lugar en Madrid en el próximo mes de abril, una vez cerradas las inscripciones, resulta que éstas superan en mucho a las últimas exposiciones de carácter mundial, como fueron Estocolmia'74, Poznan'73, Ibra-Munich y Bélgica'72.

Esto de por sí ya demuestra algo, pero para nosotros lo más importante es lo siguiente: 1.º La masiva solicitud de participación de los coleccionistas hispanoamericanos. Hasta ahora nunca había venido a Europa un conjunto de tal categoría como el anunciado para esta exposición. Con ello significa que el coleccionismo hispanoamericano viene con fuerza a hacer acto de presencia. 2.º Esta magnífica actitud está en íntima relación con la decisión adoptada, hace ya unos meses, y de la cual se dio la correspondiente noticia, que se había decidido que en los jurados hubiera una gran participación de expertos hispanoamericanos, encabezados por el propio presidente de la FIAF, el excelentísimo señor don Alvaro Bonilla Lara.

Así pues, en Madrid y en el mes de abril, hay una excelente ocasión para aún redondear cuanto se acordó previamente en Guayaquil y México D.F. Hay en el programa de actos, uno dedicado a las representaciones hispanoamericanas y dado que el Gobierno español es el anfitrión de esta exposición, hay un día dedicado a las representaciones diplomáticas hispanoamericanas, acreditadas en Madrid.

Las emisiones españolas puestas en servicio a lo largo de los meses de noviembre y diciembre últimos son éstas:

Serie de Navidad: en un principio formada por los valores de 2 y 8 pesetas, pero que luego hubo de incrementarse con un 3 pesetas, en razón del aumento de las tarifas postales. En los tres figuran muestras del Arte románico correspondiente a la provincia de Palencia, figurando en el primero el Nacimiento tal como se muestra en la pila bautismal de Renedo de Val-

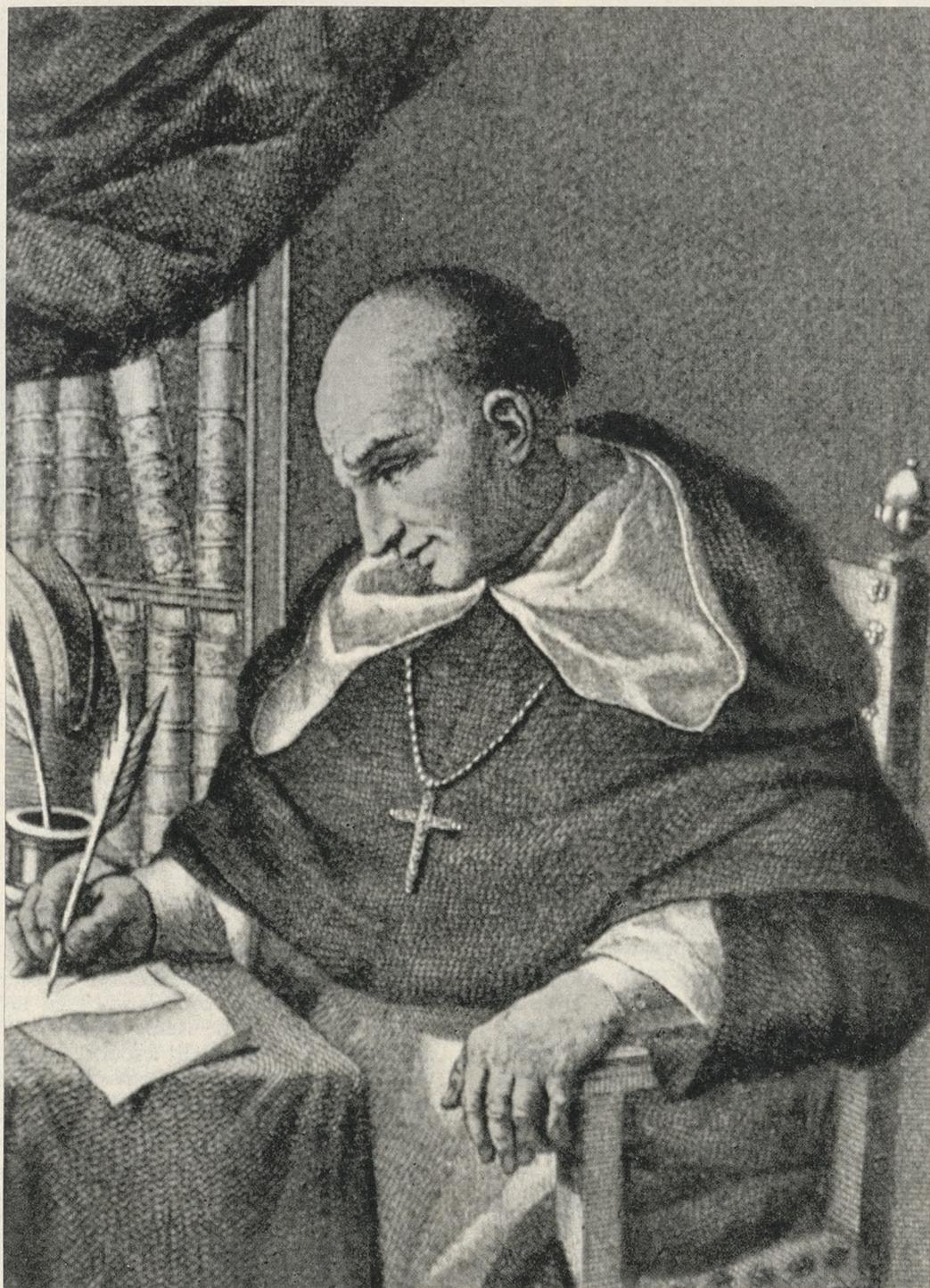
davia y en los otros dos, la Adoración de los Reyes, que adorna la pila bautismal de Valcobero, hoy en el Museo diocesano de Palencia.

Nuevo conjunto dedicado a la flora española, figurando en los nominales de: 1, 2, 4, 5 y 8 pesetas, esas plantas que en el lenguaje vulgar se denominan como matas y que son: Zamarrilla; Pinillo de oro, también llamada Periquillo lanudo, y Pincel; Supito real; Albaída; y Jarilla. En los sellos, que van como es lógico estampados a los mismos colores propios de cada mata, solamente figuran los nombres en latín y por ello, para una mejor ilustración, los damos en español.

Una vez más, un monasterio figura en sello del correo y en este caso, el de Leyre, sito en Navarra, edificación totalmente entroncada con la historia de este antiguo reino, puesto que allí están enterrados varios de sus primeros reyes. Es un edificio del cual se tiene noticia en el siglo IX. Destruído en la época de la invasión de Almanzor, fue reconstruido y aumentada su superficie a lo largo de los años. Con ello resulta que hoy es una mezcla de estilos, puesto que la última ampliación es del siglo XVIII. Los tres sellos, de: 2, 8 y 15 pesetas, por cierto magníficamente estampados en calcografía, muestran distintos aspectos y uno de ellos son esas columnas enanas de la iglesia, que tiene hoy tal textura a consecuencia de un recrecimiento del suelo.

Y por último, como fue materialmente imposible incluir en la crónica precedente las fotos de la serie Hispanidad'74 en honor de la República Argentina, hoy las incluimos, y para sus datos técnicos, nos referimos a lo que en su día se escribió.





LAS CASAS Y LA LEYENDA NEGRA

por
Francisco
Morales
Padrón

HABLAR sobre Las Casas exige no sólo información y objetividad, sino tener muy en cuenta la controversia general de Indias y las pretensiones del dominico.

Por otro lado, este afán de trasponer la historia lleva a muchos a considerar que los defensores de la presencia u obra de España en América son gentes de derecha, católicos, conservadores, reaccionarios... En tanto que los adversarios de esa obra y presencia son gentes de izquierda, liberales, demócratas...

Esta es una imagen un tanto grosera y simple. Tan simple como ver en el XVI americano dos grupos: los buenos (indios) y los malos (españoles).

Entre los muchos errores o fallos que se suelen cometer en estos análisis está, en primer lugar, el valorar toda una tarea de trescientos años a través de lo realizado en los primeros cincuenta años de esa historia. Es como si a cualquier ser lo juzgásemos por su infancia. Indudable que ese medio siglo fue sangriento, duro, de adaptación, incierto.

Además, los que utilizan la historiografía lascasiana para enjuiciar esa historia —generalizando erradamente— suelen echar mano de parte de ella. Las predilecciones se van por la *Brevisima*, el *Confesionario* o el *Octavo remedio*, con olvido de la *Historia de las Indias* (dura en cuanto a ataques también), la *Apologética Historia*, la *Apología* o el *De unico vocationis modo*, etcétera.

En nuestra aproximación al dominico nuestro papel debe ser el de considerar al hombre en su época; tener presente las causas u objetivos que le movían —ante los cuales no desechó medios aunque fueran negativos—, valorar todas sus obras sin olvidar nunca su temperamento; es decir, su buena voluntad e inconsciencia. Y considerar que no fue el único en sostener similares criterios.

Las Casas fue «el gran lengua» como diríamos en terminología indígena, que habló por un grupo o por una conciencia. Lo hizo adelantándose a su tiempo, exponiendo doctrinas donde, sin distinción de nacionalidades, defendía la igualdad de todos los hombres. Mérito suyo y de otros es —como escribe Angel Losada— el haber desarrollado una filosofía de la conducta de los pueblos cristianos (que hoy llamaríamos desarrollados) frente a los pueblos paganos (que hoy llamaríamos



LAS CASAS Y LA LEYENDA NEGRA



Isabel la Católica.



Fernando V de Aragón.



El cardenal regente de España,
Jiménez de Cisneros.



Carlos V, rey de España
y de sus Indias.

subdesarrollados). En ella sienta principios válidos y aplicables aún. Enemigo del genocidio, de la guerra, de la esclavitud y defensor de la democracia cuando afirma que en materia de jurisdicción civil por encima del poder del papa y del soberano está el poder de elección del pueblo.

Pero Las Casas fue también en esa defensa que hace de la hermandad de los pueblos, basada en la comunión de un destino universal, un tremendo iluso que no supo detectar los aires de renovación que soplaban ya en su época. Como expresa O'Gormann fue insensible a las exigencias de la modernidad que le tocó ya vivir, pero que no comprendió. Su mente, su ceguera para el nuevo programa nacionalista, explican sus éxitos polémicos iniciales y sus fracasos posteriores.

Era un hombre un tanto medieval en sus proposiciones. Ello le llevaría a triunfar en la teoría, en la dialéctica y discusión, pero a fracasar en la realidad a la cual estaba más apegado Sepúlveda, por ejemplo.

Finalmente Las Casas parte de un planteamiento simple: los indios son buenos y los españoles son malos. Ni una sola vez encuentra atenuantes para sus compatriotas. Ello porque le domina la pasión, la parcialidad, el prejuicio, la idea obsesiva. Dominado por estas notas, que no son las que debe reunir un historiador, Las Casas mente, silencia, exagera en calidad y cantidad.

El simplismo del dominico nos recuerda a las pinturas de Diego Rivera donde siempre aparece como bueno el mundo indígena luminoso y radiante, el mundo obrero vejado y explotado; y malo lo hispánico, el capital y el clero. «Todo ello, con un carácter simplista y grandioso, infantil e ingenuo.» En esa pintura no existen situaciones intermedias ni conciliaciones, al igual que en la prosa lascaiana. No hay ni por un momento retorno de la bondad a lo malo ni de la maldad a lo bueno. Todo esto es ajeno a la estructura emocional del autor.

A pesar de ello se le escucha y se reconocen sus prédicas. Puede que se le tenga por un deslenguado, por un pesado, por un malcriado, etc., pero el Estado le atiende y jamás piensa recluirle o callarle. Ni le impide editar sus obras, cosa que hace sin permiso. Al contrario, le ayuda y es gracias a esa protección que Las Casas puede desarrollar su tarea y moverse con entera libertad. Todo ello dentro del si-

glo XVI en que vamos a ver lo que sucede en esta audiencia que el fraile merece.

A lo largo de la centuria se observan como dos partes en su actuación:

a) Hasta 1550 más o menos. Es una época de admoniciones privadas a la Corona a base de Memoriales. Le preocupa entonces no sólo el indio, sino la suerte de los colonos. Sus teorías se llevan y las lleva a la práctica con no muy buenos resultados: Cumaná (1521), Guatemala (1537), Leyes Nuevas (1542), Obispado de Chiapa (que abandona y con él el escenario americano para siempre). Litiga con Sepúlveda (1550). Tal vez sus fracasos personales, o el ver que la marcha de la colonización continuaba dañando, o su situación anclada en el escenario peninsular, hacen que cambie, y dé paso a una nueva etapa.

Surge en 1552, en que ya comienza a publicar sus obras. Edita en Sevilla y en castellano los *Nueve tratados*, uno de los cuales es la famosa *Brevisima*, proyectada en 1542 en la época de las disputas en torno a las Leyes Nuevas. Otro de los tratados fue el *Aviso y reglas para confesores*.

Su influencia sigue siendo notable no sólo a nivel oficial sino particular. Las Leyes recogen sus ideas, de América arriban cartas en que se recurre a su influencia, se le concede de por vida, se ordena que se le escuche dos horas diarias en el Consejo...

En plena madurez ha tornado su desconfianza hacia los compatriotas en franca hostilidad y no admite la convivencia español-indio.

Al abrirse esta segunda mitad del siglo XVI es cuando algunos —Julián Juderías, por ejemplo— señalan el comienzo de la Leyenda Negra sobre España cargando sobre Las Casas una buena parte de culpa. Nada más lejos de la verdad. Tampoco se inicia la leyenda cuando Guillermo de Orange publica en 1580 su *Apología* contra Felipe II. La idea de un español *cruel, fanático, codicioso, orgulloso, falso, déspota*, etc., se rastrea desde principio del XVI en un autor alemán y en uno italiano: Müntzer y Guicciardini. Pero aún mucho antes como ha demostrado Sverker Armoldsson, los italianos colgaron a los catalanes estos calificativos y, por extensión, a los españoles. Durante el XIV y XV en la Italia prerrenacentista y a base de comerciantes y soldados valencianos, cata-

lanes y aragoneses, se piensa en la *avaricia, astucia, informalidad* del «catalán» sinónimo de español al cual —el español— se le ve étnicamente muy emparentado con moros y judíos. De modo que la intervención mercantil y militar en Sicilia, Cerdeña, península italiana, etc., son factores más que suficientes para dar vida a la más vieja versión de la Leyenda Negra. Todavía en 1500 Valencia, Cataluña y Aragón representan en la opinión italiana a toda España. La intervención de esta España —Castilla— con Carlos I en los «sacos» de Prato y de Roma (1512-1527) acentuarán las tintas. El español queda consagrado como un tipo *violento, cruel, sacrilego, depredador, intransigente, rapaz, altivo, lujurioso, astuto, avaro, codicioso, temerario, vil, jactancioso, fanfarrón, presumido, altisonante*. El odio apasionado de los italianos —Paulo IV es un ejemplo— sólo equivale al de los holandeses o flamencos y alemanes de finales del siglo XVI.

El indígena nos dejó constancia de muchas de estas notas como podemos ver en los textos exhumados por el doctor León-Portilla y Garibay con lo cual sacamos la conclusión de que algo de verdad había en la negra pintura. Nadie lo niega. Sin olvidar el comportamiento de un milite victorioso en terreno ocupado, ni el complejo de vencido y ocupado.

Es decir, que no hay que aguardar a fray Bartolomé de las Casas para espumar estos adjetivos que parecen haber sido inventados por Las Casas y que no es verdad. Las Casas los universaliza en un momento en que ya funciona la imprenta. O, mejor dicho, facilita el material que aprovechados universalizarán. Pero esta idea que *ahora* tenemos de Las Casas no existía aún todavía en el siglo XVI. En el siglo XVI se combate sus teorías pero su persona no es puesta en entredicho por la casi totalidad de la nación, ni se le considera —salvo unos pocos— un desequilibrado. Prueba de que esto es así la tenemos en el Estado que no lo acalla, ni lo recluye. Cosas bien fáciles de llevar a cabo en una monarquía como la de Carlos I y Felipe II.

En el siglo XVI —según Lewis Hanke— le combaten —sus doctrinas— Ginés de Sepúlveda, fray Toribio de Benavente, el Cabildo de Méjico que paga a Cervantes de Salazar, el Virrey Francisco de Toledo que favorece la redacción de tratados antilascasistas y Bernardo de Vargas Machuca,



Chebres o Xebres,
ministro universal de Carlos V.



Felipe II, pintado por Lucas de Heere.



Juan Rodríguez de Fonseca.



Fray Diego de Deza,
arzobispo de Sevilla.



Fray García de Loaysa,
presidente del Consejo de Indias.

governador de Margarita, que escribe contra la *Brevisima* una «Defensa de las conquistas occidentales».

Vemos que, salvo Ginés de Sepúlveda, las reacciones se dan en América donde, en efecto, el ambiente era antilascasista por lo que a colonos y encomenderos toca... Vemos también que ninguno de los escritos contra Las Casas se publicaron entonces e, incluso, se prohibió en 1550 la remisión a Indias de las obras de Sepúlveda. También en 1553 se veta el embarque de los escritos debidos a López de Gómara sin duda por gestiones del mismo Las Casas. Cosa que no sucede con la *Brevisima*, cuyas traducciones señalan la aparición de una nueva fase de la Leyenda Negra que cobra entonces su mayoría de edad. Ya no son italianos o alemanes los que arremeten contra los españoles sino que es un español. Un español como Antonio Pérez o como Reinaldo González Montes. Es decir, tres españoles que escriben sobre la colonización, Felipe II y la Inquisición.

En la campaña política desatada a finales del XVI por los flamencos los tratados lascasianos de 1552 fueron magníficas armas prontamente esgrimidas. Se les vierten al latín, alemán, francés, holandés e italiano. Al inglés se traduce la *Brevisima* en 1583; desde entonces las acusaciones de Las Casas fueron copiadas por casi todos los que escribían sobre España. Richard Hakluyt hizo una antología sobre los pasajes más truculentos de la *Brevisima* para impresionar a la reina Isabel; y W. Raleigh, que comprendió el valor propagandístico del librito, solicitó que fuera traducido al quechua para repartirlo en Sudamérica y excitar a sus pobladores contra España. Ya en el siglo XVII Samuel Purchas (1625) publicó una versión abreviada de la *Brevisima*. En este mismo siglo Tomás Gage aireó las crueldades españolas a base de ella para demostrar lo falso del dominio español.

La proclividad que existía en Europa a tachar a España de cruel y fanática, se vio aupada por los textos de Las Casas debidamente ilustrados por Teodoro de Bry.

A pesar de este uso y abuso de parte de la obra de Las Casas —lo más importante permanece inédito— su figura en el siglo XVII no es aún execrada. Le critican Solórzano, León Pinelo, Antonio de Fuentes y Guzmán o Saavedra Fajardo, pero le defienden Remesal, Calancha o Fer-

nández Villalobo, el que pronosticó la pérdida de las Indias. Antonio de Herrera, cronista mayor, usa la Historia de las Indias aún inédita para su monumental obra. Y la *Brevisima* sigue dando el juego político-planfletario o propagandístico de años atrás puesto que a raíz del movimiento separatista catalán los franceses vuelven a usarla. Sin que se sepa el año exacto es en este siglo cuando la Inquisición la incluyen en el índice de libros prohibidos. Para 1648, y desde 1579, se han hecho treinta y tres ediciones de la *Brevisima* al calor de la cuestión de los Países Bajos. De ellas trece figuran en lengua holandesa. Después de la Paz de Westfalia decae el interés por ella. Una decadencia acorde con la del Imperio español que dura hasta la Ilustración.

El siglo XVIII será la centuria en que más arreciaron los ataques hacia España por obra, sobre todo, de los *enciclopedistas* e *ilustrados* franceses que usaron a Las Casas. Su valor propagandístico se demuestra cuando vemos al mulato Robert Hodgson usando textos de Las Casas para convencer a los indios mosquitos de América Central...

Mason, Montesquieu, Marmontel (*Los Incas o la destrucción del imperio de los Incas y Letras persas*), Voltaire (*Cándido, Ensayo sobre las costumbres, Alzire*), se refieren a la ignorancia, fanatismo y etc. del español. Hablan con desdén y desprecio. Lo mismo hace Raynal. En todos ellos la influencia lascasiana es manifiesta.

Hay quienes reaccionan y contestan a estos ataques: Filippo Salvatore Gili y Juan Nuix. La Casa de la Contratación ha prohibido en 1748 el pase a América de una versión latina de la *Brevisima*. Su valor se conoce ya bastante bien pero hay españoles que no aciertan a creer que fuese un compatriota quien haya redactado semejantes capitulos. Se llega a pensar que era una superchería extranjera.

Las circunstancias al principio y al final del siglo XIX son ideales para remover las aguas. La centuria se inicia con el principio del final del imperio; y termina con el final de ese imperio. El movimiento emancipado continental aprovecha de nuevo la *Brevisima* en sus campañas. Entre 1825 y 1826 (Londres-Méjico) hay un sinnúmero de ediciones de la obra. También se editan otros tratados lascasianos con el fin de movilizar la opinión pública contra España. Para entonces Las Casas

es el principal coautor de la Leyenda Negra y, a su vez, Las Casas tiene su propia leyenda negra creada por quien le achacan el haber fomentado la esclavitud del negro en beneficio del indio. En la opinión general el planteamiento es parcial y simple: defender a Las Casas es atacar a España.

Desde el siglo XVIII había ido arraigando —y antes— una idea negativa de España oscurantista y lascasianamente cruel. Caudillos criollos como Francisco de Miranda, Simón Bolívar, o Miguel Hidalgo, abrazaron y defendieron este tipo de idea y, con desprecio de la verdad histórica, hicieron suya la Leyenda Negra para tildar a España con todos los adjetivos que conocemos. La literatura del movimiento emancipador hispanoamericano (no olvidemos que fue una guerra civil), las Actas de la Independencia y hasta los mismos himnos nacionales abundan en denuestos antiespañoles y acusan la influencia de los autores de la Ilustración y del Enciclopedismo que ya conocemos. Estos prejuicios y juicios antiespañoles llegaron a ser una característica del liberalismo hispanoamericano decimonónico, que se empeñó en despañolizar a Hispanoamérica (Lastarria, Bilbao, Sarmiento, etc.). La cotización de Las Casas —defensor del indio— irá subiendo, aún hoy, a medida que crezca el interés por demostrar que España no hizo sino destruir premeditadamente a las culturas indígenas. Dogma este de la Ilustración, del liberalismo y de cierto indigenismo o corrientes historiográficas actuales que, cuando son los mismos hispanoamericanos quienes las sustentan, no admiten que con ello se autodenigran.

El mismo objetivo de principio de siglo, movilizar a la opinión mundial contra España, lleva a los norteamericanos durante la guerra con España a reeditar la *Brevisima* (1898) con el expresivo título de «Historia y verdadera relación de la cruel masacre y asesinato de 20.000.000 de seres humanos por los españoles de las Indias Occidentales».

Los compatriotas cubanos en su campaña propagandística, la prensa amarilla o sensacionalista yanqui (Pulitzer, Hears'), los intelectuales de ese país y los defensores del expansionismo se consagraron a denigrar a los españoles e incitar a los rebeldes cubanos. En el Congreso Estadounidense hubo discursos antiespañoles, se dieron manifestaciones de obreros y es-



tudiantes, surgieron escritos panfletarios y se montaron campañas periodísticas. A Weyler se le llamó lobo, carnívoros, hiena, bruto, perro rabioso, dismantelador de haciendas, violador de mujeres, destructor de familias, etc. El grito «Recuerda al Maine», se unió al de «Recuerda el Alamo» y antecedió al de «Recuerda Pearl Harbour». Tres *Remember* que evocan tres guerras y pretextos bélicos no muy ortodoxos.

Toda aquella campaña, como es natural, se apoyaba en una historiografía negativa de tres siglos, basada en Las Casas y otros temas de la Leyenda Negra. Como reconoce Philip W. Powell al iniciarse el siglo XX la opinión norteamericana sobre España había cristalizado en estos dogmas:

- 1) El español es cruel como había dicho Las Casas y se comprobaba en Cuba.
- 2) El español es traicionero. Lo fue desde la época de Felipe II y lo había demostrado en el siglo XVIII a lo largo de la frontera de Nueva España, los mejicanos en Tejas y la destrucción del Maine.
- 3) El español es fanático. Ello se debía a su catolicismo intransigente y a la Inquisición.
- 4) La Divina Providencia había castigado todo esto con la pérdida de lo que restaba del imperio español a manos de los anglosajones, llamados a abrir una nueva era.
- 5) Los hispanoamericanos, aunque libres de la tiranía hispánica, habían heredado todos los vicios españoles, por lo que había que ayudarles a desterrar sus enfermedades.

Estados Unidos, al derrotar en 1898 a una carcomida España, asumía un papel similar al de esta otra y, por lo mismo, no sólo se alzaba como potencia directora en la política mundial intentando regenerar pueblos en imponer su modo de vida (intervencionismo en Hispanoamérica y otras latitudes practicado desde el XIX), sino que se hacía acreedora de una leyenda negra.

Los Centenarios de Las Casas (1966, 1974) la publicación de alguna biografía suya, el proceso de descolonización mundial, la ideología marxista y la misma problemática hispanoamericana han permitido airear nuevamente la figura y la obra de Las Casas. Pero ahora no sólo se discuten sus doctrinas, sino que se cuestiona su personalidad, puesta en entredicho por unos pocos contemporáneos suyos y que Serrano y Sanz calificó de «cerebro enfermo como don Quijote». La biografía de Menéndez Pidal fue la piedra de toque. En 1958 el ilustre maestro había publicado un breve ensayo titulado «Una norma anormal del padre Las Casas» donde ya interpretaba a la personalidad del dominico como un caso patológico. Sus exageraciones enormizantes habituales, su desprecio a la verdad, sus hipérbolos cuantitativos monstruosos, su simplismo convertido en regla, etc., «tienen un evidente carácter patológico o anormal». El ensayo aquel y otros más titulados «Ilustres hazañas...» se convirtió en una biografía

(1963) que inicia una violenta polémica. Los defensores de Las Casas como M. Baillaon, V. Carro, Giménez Fernández, L. Hanke, J. M. Martínez etc., no admiten la personalidad patológica de tipo paranoico del dominico y consideran que hay un tono emotivo, insultante, de animadversión personal en la obra de Menéndez Pidal al que dan la razón F. Mateos, F. Restrepo, R. Levillier, S. Madariaga, Guillermo de Torre, D. Zamora Vicente... Las Casas sigue suscitando controversias y cobrando relieve porque se le lleva a situaciones o dilemas actuales.

Un conjunto de textos titulados «El anticolonialismo europeo desde Las Casas a Marx» publicados en España en 1972 hermana a los escritos de los teólogos españoles del XVI con los de los socialistas y anticolonialistas del siglo XIX. La crisis descolonizadora de nuestros días se vincula al «colonialismo» del siglo XVI, y así Las Casas aparece junto a Marx. Han sido los seguidores de éste los que en una inaceptable transposición de valores han aplicado las doctrinas de Marx a Las Casas y han realizado unas interpretaciones de las obras de éste inadmisibles. Autores rusos como J. Sérov, I. Grigulevich, I. Jorosháev y Y. Zubritski al igual que otros camaradas que se sienten orgullosos de ser herederos de las tesis de Las Casas (?), consideran que en él está el origen de la ideología anticolonialista, que el fraile es un antecedente de los comunistas actuales, que Las Casas justifica la rebelión contra la explotación, que lucha contra las oligarquías conquistadoras, etc. El mejicano Juan A. Ortega y Medina supo criticar los ensayos de estos autores calificándolos de propaganda interesada, similar a la que siglos tras siglos viene apoderándose del hombre y su obra para convertirlo en bandera y proyectarlo sobre cualquier fenómeno contemporáneo o para despotricar contra algo que sucedió hace quinientos años y que no se olvida pese a mayores injusticias, matanzas, discriminaciones o contiendas de nuestro siglo.

En oposición a esta historiografía un tanto politizada, la literatura (Neruda, Asturias, E. Buenaventura) según demostró R. Marcus cuando se ha fijado en Las Casas y lo usó en sus creaciones lo ha hecho casi siempre para exaltar lo positivo de la colonización.

¿Por qué no se olvida, por qué no se perdona lo sucedido en el siglo XVI? ¿Por qué no se olvida, ni perdona por muchos, el daño inconsciente que Las Casas hizo a su patria?

Aquí hemos entrado en el meollo de la cuestión. En Las Casas está la razón de ambas actitudes, pero en nosotros está el conciliarlas. Los que siguen viendo la conquista a través de la prosa lascasiana no pueden olvidar los desmanes. Los que continúan sintiendo el daño de la Leyenda Negra a través de la prosa lascasiana no pueden perdonarle al fraile sus escritos. En definitiva: una impotencia o dificultad para asimilar el pasado.

No se olvida lo acontecido en el si-

glo XVI pese a que posteriormente el hombre, más culto y civilizado, ha cometido mayores desafueros (Hiroshima, Nagasaki, v. g.). ¿Por qué? ¿Sigue vigente el odio a España? ¿No se le perdona a España la aniquilación del sueño renacentista en torno al hombre natural puro? ¿Interesa seguir manipulando una historia pasada para justificar situaciones presentes?

Así pudiéramos continuar en nuestras respuestas, buscando las razones por las que los errores denunciados por Las Casas se mantienen vivos. Tan vivos como el mismo poco favor que el español en su mayoría dispensa a Las Casas. ¿Por qué?

—¿Por qué el fraile es considerado como un don Julián o Antonio Pérez traidor?

¿Por qué Las Casas, con un universalismo democrático, se opuso al cesarismo y providencialismo ibérico (la Hispanidad) sostenidos por Oviedo?

Así también pudiéramos continuar dando explicaciones a la actitud antilascasiana de un buen número de españoles.

Nos encontramos con dos repudios inexplicables: el del que rechaza la Conquista (pero acepta a Las Casas) y el que defiende a la Conquista pero niega a Las Casas. Paradójicas actitudes, pues ambos están repudiando una parte de un todo. Nos encontramos de este modo con interpretaciones incompletas. No se puede negar algo (la Conquista) de alguien (los conquistadores, juristas, teólogos, etc.) de quien se es descendiente y a quien se acepta parcialmente. Si aceptamos a Las Casas, hemos de tolerar a la Conquista de la cual él es parte; y si consentimos a la Conquista hemos de hacer nuestro también a Las Casas. Mientras esto no ocurra estaremos negando parte de nuestra esencia.

La discusión, la controversia, sobre Las Casas —méritos y defectos— continuará siempre porque siempre habrá quienes creerán en todas sus afirmaciones y quienes no aceptarán lo que el fraile dijo, considerándolo un obseso, un fanático, un enormizador y generalizador apasionado de casos concretos.

Las Casas, sin duda, acertó a señalar actos deplorables aunque erró al fijarse sólo en lo negativo; fue sincero y luchó por una causa justa, pero fue pobre de espíritu o hizo gala de una carencia de perspectiva histórica y de comprensión, requisitos de cualquier historiador.

La mejor manera de reparar los daños que él ha causado consiste en: estudiar científicamente la obra de España en América, dejando de lados tópicos y falsas aseveraciones consagradas por la inercia de una historiografía repetitiva; acercarnos a ese conocimiento, a esa investigación, libre de prejuicios, conocer lo que Las Casas pretendía y la forma como ha sido explotada su producción propagandística o de alegato, y no olvidar que fue como fue porque era español siempre dado a la antecrítica severa.

F. M. P.





EL PADRE LAS CASAS SEGUN SU ROSTRO

por Juan Quiñonero Gálvez

SIN haber agotado los antecedentes que determinan la estructura social del Viejo y del Nuevo Mundo, vale la pena echar una primera ojeada a la cabeza de ese fraile que cree firmemente en la igualdad de los seres humanos y cultiva la bondad y la justicia.

Desde luego, no es la cabeza que le corresponde a los audaces, a los aventureros, capaces de provocar conflictos internacionales para triunfar en sus deseos; ni siquiera se corresponde con la de los capitanes y exploradores de los descubrimientos y conquista. Es la cabeza de la mansedumbre, de la tenacidad, de la concentración y, hasta una estimación de sí mismo que puede llegar hasta la egolatría. Esto en cuanto se refiere a la cabeza vista de conjunto, donde puede apreciarse la inmovilidad y el espíritu de in-

dependencia, que no cede a ninguna influencia ni a las ideas ajenas; de una firme terquedad, a veces de apariencias absurdas y de una infatuación que desafía a la evidencia en la manera de afirmar. En esa expresión de conjunto tampoco puede negarse un cierto halo de cándida firmeza y bondad, de esas personas encerradas en sí mismas sin otro objetivo que la necesidad de ser piadosos y conmovirse por las desgracias ajenas hasta las lágrimas.

¿Cómo podía mostrarse en un hombre de esa predisposición cerebral en esa época del descubrimiento de la tierra y de la unificación por la ciencia de todo el género humano? Si la circunstancia de convencerse de la redondez de la tierra dieron un Vasco Núñez de Balboa, un Vasco de Gama y un Juan Cabot; un Alonso de Ojeda

y un Américo Vesputio; un Juan de la Cosa y un Sebastián Cabot; un Fernando de Magallanes y un Juan Sebastián Elcano (donde culmina el «primus circumdidisti me» según el notable blasón que les concedió Carlos I a su llegada a Sanlúcar de Barrameda, a los trece supervivientes, de los 234 que partieron del mismo lugar tres años antes para hacer la circunnavegación del globo). Si en ese tiempo de asombro de la humanidad por las mayores hazañas de los hombres, jamás igualadas (ni por los viajes a la Luna), se produce esa pléyade de hombres audaces e intrépidos, exploradores y conquistadores, entre los que sobresalen por su genio los Cortés y los Pizarro, ¿por qué no habían de producirse pléyades de místicos que, haciendo honor a sus creencias y pensamiento, reivindicaran la igualdad



de los indios en la gran familia del género humano, cuya gestión culmina en ese fraile tozudo y bueno?

Antes de entrar en el análisis de cada una de las partes de esa cabeza, que no tuvo otra idea original que la de creer en la fuerza que da la razón y la terquedad en la hermandad de los hombres, se me ocurre una pregunta: ¿en qué medida influye en el ánimo del padre Las Casas esa hazaña de la circunnavegación de la Tierra, estableciendo para siempre la redondez del globo? El alma mística de ese hombre acepta toda muestra de progreso en el conocimiento humano, sin otro análisis de consideración, como una muestra evidente de la grandeza de Dios y de la unidad de la raza humana. Su cerebro no estaba formado para hacer observaciones de esa naturaleza, sino para sentir amor y piedad hacia sus semejantes.

LA FRENTE

Siento que no pueda verse en su totalidad, aunque puede apreciarse que es ancha y despejada, con cierta inclinación hacia atrás. En esa frente se alberga el pensamiento ágil y descontento, con gran capacidad de observación y discernimiento. Es una frente de pensamiento rápido que en un momento sabe hacerse cargo de los principales puntos de un asunto cualquiera que, por su inclinación hacia atrás, tiende a diluirse en una sensibilidad afectuosa, donde encuentran cabida razonable las desgracias ajenas. Esa protuberancia tan remarcada que se apoya sobre la nariz, le inclina, mejor dicho, se produce por el deseo de ir tomando paso a paso las medidas necesarias para alcanzar su objetivo con mucho método, reflexión y afecto. Es el síntoma de un apasionado observador y de un viajero incansable (el padre Las Casas hizo catorce viajes a España para defender en la corte de Madrid la causa de los indios).

Si cada circunstancia de la humanidad que nos es conocida por la memoria escrita, ha sido la resultante de varios hechos concretados en una fecha y en un hombre que «supo estar allí», no cabe duda que fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa (Méjico), era el personaje de excepción que «supo estar» en esa epopeya de la conquista, donde las pasiones reventaban con la escalada de los triunfos jamás igualados que, nuestra imaginación, azotada por las brutalidades y hecatombes contemporáneas, es incapaz de percibir en la justa medida que los hombres que la realizaron abrigaban en sus entrañas. Esa frente nos habla de un razonamiento de primer orden, en el que puede descansar una confianza sin límites; es la frente del hombre que formaba la conciencia responsable en las circunstancias más insólitas que la humanidad ha atravesado en su historia conocida. Con su extraordinaria memoria de los hechos viene a coincidir en el lugar exacto que correspondía a la conciencia aventurera de los hombres de su tiempo, en que la acción independiente era absolutamente necesaria y, por su capacidad para formarse ideas precisas y exactas, fue

el hombre bueno y consciente de una humanidad sorprendida por el inmenso mundo que se extendía ante sus ojos, con la capacidad necesaria para no claudicar ni aceptar ligeramente los dictámenes de los demás. Eso es lo que nos dice esa frente, donde los pensamientos de bondad se ven brotar.

LAS CEJAS

La atención concentrada en el interior son la muestra de esos detalles, donde la preocupación se revela en gran medida y, si toda la expresión de ese rostro bondadoso no refleja la meditación, bastaría la posición de las cejas para saber que era un hombre espiritual, preocupado constantemente para que se aplicaran con justicia y bondad las numerosas ordenanzas que por su intercesión otorgaron Carlos I y Felipe II (y antes los Reyes Católicos con Cisneros) inspiradas del más puro espíritu de humanidad para proteger a los indios. Pero no olvidemos que era un tiempo en que la esclavitud y servidumbre eran ley, defendida por muchos ilustres juristas y filósofos, como Juan Ginés de Sepúlveda, entre otros, y que, el 24 de agosto de 1572 se produjo en París la terrible matanza de hugonotes, conocida por «noche de San Bartolomé» que demuestra a qué grado llegaban las pasiones y en qué medida se estimaba el valor de una vida. En la misma Europa, los ejércitos guerreaban incesantemente, «a veces sin saber quiénes eran sus amigos o enemigos».

LOS OJOS

¿Era así como lo vemos ese ojo que tenemos delante? Por lo menos es el que corresponde a esa frente fatigada y tolerante, de buen juez, cuya profesión mística se muestra por la expresión introvertida de esa mirada reflexiva y quieta, cansada, tal vez, de la presencia de tanta crueldad que, de haber vivido en nuestro tiempo, hubiese sido considerado como un terrible rebelde, por su oposición obstinada a los abusos y las crueldades, porque esas calamidades también son males de nuestros días, y él ponía todo su afán y empeño en la predicación de la justicia y la bondad.

Hay un cierto aire en ese ojo aprehensor, voluntarioso y tozudo, que interesa analizar: la posición de los párpados. Podemos deducir que se produce esa posición de ojo entornado por la inclinación de la cabeza, exigida por la función que realiza el sujeto en ese momento (por lo demás extraordinariamente captada por el retratista), está escribiendo. En ese momento, además de la conciencia introvertida, se percibe un síntoma de dolor, de angustia y escepticismo. Era un ser humano, singularmente humano, que le afectaban, como dardos en carne, las vejaciones y abusos en la captura de indios como esclavos, por ser contrario al cristianismo que él practicaba y aún a las disposiciones para su tratamiento legisladas.

Destelleando junto con los haces de bondad que se desprenden de ese

ojo, se perciben las luces de la perseverancia y la inquebrantable fe en sus ideas; se ve un ojo concentrado y resuelto, con ideas bien pensadas y nítidas sobre lo que quiere. Se confirman esas facultades e inquietudes con las pequeñas arrugas (patas de gallo) que se aprecian en la parte externa del ojo, producto de pequeñas alegrías y mayores disgustos. Naturalmente, ese fraile había echado sobre sus hombros unos carriles de responsabilidad al querer emparentar a todos los seres humanos en la igualdad ante las leyes que, necesariamente, cuando la esclavitud tenía sus defensores como acto natural de los hombres, tenían que producirle muchas penalidades en su defensa de los indios; pero, sobre todo, por el mal uso que hacían los concesionarios y encomenderos de las gracias que se les concedían para usar de ciertos servicios de los indios, a cambio de la tutela que debían emplear en instruirlos, civilizarlos y protegerlos.

A nadie puede extrañar que los ascendientes de los actuales «celtíberos», llenos de coraje y de ese orgullo desmedido que produce el triunfo en la práctica de la guerra, cuando pisaban esos territorios del Nuevo Mundo, sintieran revivir en sus entrañas los sentimientos de dominio y la necesidad de ser ilustres por la posesión de la riqueza material que habían de obtener haciendo trabajar a los indios para ellos. ¡Tremendo contraste con la naturaleza de ese predicador bondadoso, que expresa con su ojo atento y observador el sentimiento de culpabilidad que entraña la conquista sin orden!

LA NARIZ

Observando el rostro de los hombres se percibe la extraordinaria, la imprescindible relación entre causa y efecto, tomando por causa el objetivo que cada hombre se traza y, por efecto, los síntomas externos que sus partes vivas revelan con el ejercicio de la profesión por ellos elegida. Así, a un hombre de la naturaleza del padre Las Casas, apasionado y vehemente en su labor civilizadora, cuando el hombre termina de conocer los límites del planeta que ocupa, tenía que corresponderle esa nariz, donde se dan todas las cualidades necesarias a un trabajo de nivelación entre todas las razas humanas. Esas cualidades son: la pasión, el entusiasmo, el optimismo, el lirismo, la imaginación y, hasta las inclinaciones a aceptar el progreso como un bien, con las que podía mantener viva su tozudez bienhechora a favor de los desgraciados, en este caso, los indios.

Esas cualidades de sentimientos hicieron posible que ese fraile, tan bondadoso como perseverante, nunca se sintiera vencido, aunque hubiese fracasado en alguno de sus intentos por adiestrar a los indios en instituciones de tipo social, como parece ser que ocurrió. Esas son las cualidades del hombre de extraordinarios objetivos, que sabe caminar paso a paso hacia su realización, con el entusiasmo de un abanderado, en este caso de esa bandera de igualdad entre los hombres, que todavía hoy, ha de ser de-

fendida por instituciones como la de «los derechos del hombre».

Pero, lo mejor que se observa en ese apéndice que sirve para distinguir la habilidad profesional de los hombres, es la extraordinaria vitalidad de que está poseído y su desprendida imaginación en la concepción de una espléndida doctrina, en este caso el cristianismo que, si bien encontró una humanidad virgen donde echar la semilla de la redención, con una práctica de trato igualitario, ejercida por él y tantos otros seguidores, también hay más pruebas de las deseadas de que otros predicadores se oponían resueltamente a las ordenanzas protectoras, como el obispo Sarmiento, alegando que, «si no se aplica a los indios al trabajo de las minas, no habrá renta con que pagarle a él ni a los clérigos».

Se comprende perfectamente que una personalidad tan voluntariosa, tan llena de fe en su doctrina y tan azotada de resentimientos ajenos por los que «sufrían perjuicios» en sus intereses egoístas con la libertad de los indios, tuviera grandes detractores que amargaran sus mejores sentimientos de optimismo. También le resulta difícil a nuestra imaginación actual, que termina de ver desaparecer el mundo de la colonización, comprender la verdadera obra de ese fraile dominico que, en sus sentimientos de hermandad, no puede ser superado más que por el mismo Cristo y se iguala con los de aquellos primeros revolucionarios, discípulos de Jesús, que preferían la muerte antes que abjurar de sus ideas humanitarias.

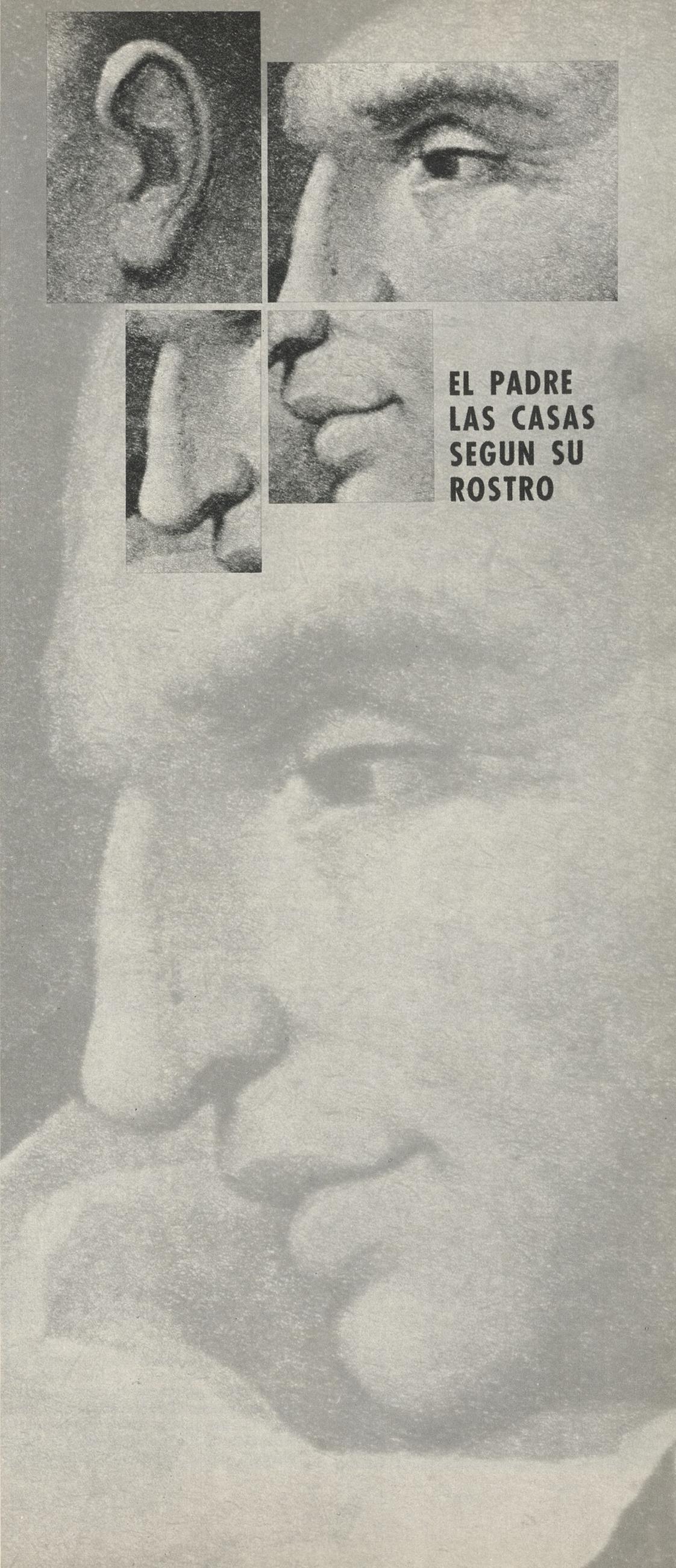
LA BOCA

Una huella del esfuerzo mental de este hombre, en esa terrible lucha de las apetencias materiales y las concepciones humanitarias, entre la que se vio envuelto por expresa voluntad de mejorar el torbellino de aventuras desatadas con motivo del conocimiento del Nuevo Mundo, se halla en esa región, comprendida entre la parte inferior de la nariz y la línea de separación del labio inferior y la barba. Todos los sentimientos de expresión se acumulan en la boca. Todos los observadores están de acuerdo en admitir que en esa región de la cara regolfan, por decir así, todas las emociones y sentimientos que nutren las entrañas vivas de los objetivos y necesidades, desde las puramente materiales a los más refinados pensamientos de estética espiritual.

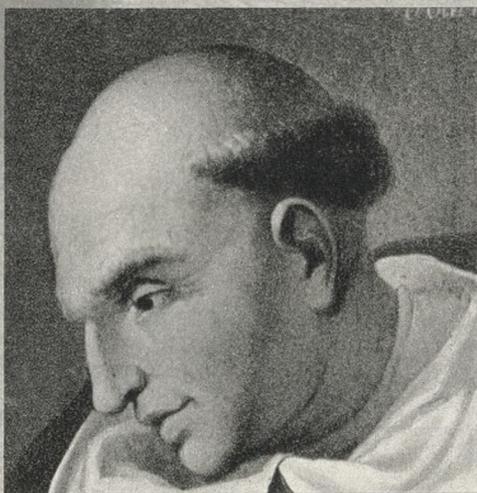
Así, en esa zona nasolabial —la comprendida entre el labio superior y la nariz—, encontramos al espontáneo, al ágil mental que improvisa la acción, a veces sin medir su alcance, a veces como un imprudente que razona demasiado de prisa, dejándose llevar por los impulsos de su corazón. Sí, esa fragilidad le hacía incurrir con más frecuencia de la deseada, en arrebatos de ira y cólera, cuando llegaba al conocimiento de alguna tropelía de encomenderos y favorecidos. Pero el hermetismo de la boca nos da el valor y la resignación. En esa expresión de la boca tenemos representado al amigo del



EL PADRE LAS CASAS SEGUN SU ROSTRO



EL PADRE LAS CASAS SEGUN SU ROSTRO



orden, al amigo de la discreción, que termina imponiéndose a los arrebatos, como también lo demuestra la aureola de candor que refleja todo su rostro.

Quiero hacer resaltar cierto grado de sensualidad que muestra el grosor de los labios que, por la profesión del sujeto y las cargas emotivas que había echado sobre sus hombros, le transforman en el hombre que bajo una piadosa humildad, esconde una tremenda energía que llega a producirle placer material la convicción de una misión bien cumplida. Por esa boca puede trazarse la línea de honestidad a prueba de todas las insinuaciones, con la seguridad de que será cumplida con meticulosidad, discreción y economía.

LA BARBA

En esa región del rostro concurren la animalidad latente en el hombre, que el ejercicio mental de milenios de generaciones ha transformado en la clave ordenadora de la personalidad. Todos los movimientos encaminados por la acción terminan conformando esa prominencia, que nos hará pensar en la más o menos animalidad del sujeto. El análisis de esa región nos muestra que el padre Las Casas ejercía su profesión lleno de entusiasmo y un cierto delicado arte de los sentimientos. ¡Ese hombre sentía en su alma la necesidad de hacer las cosas bien, con gusto y sin malicia para nadie! La atracción de su vocación y la maravilla de un mundo donde se quiso hallar el Paraíso Terrenal, colocaban a ese fraile sencillo amando el placer de la vida como un prodigio que sólo Dios podía crear.

Ese análisis nos asegura que tenía las grandes virtudes de todos los hombres buenos: la iniciativa en el orden de la acción; la energía para mantener sus convicciones contra viento y marea, por decir así; la voluntad rebosante de bondad, en ese mundo asombrado de sus propias hazañas, que los audaces querían hacer suyo sin otra ley que las ansias de riqueza; la firmeza necesaria para colocarse ante las voluntades coronadas y hacer comprender sus ideas humanitarias, como la mejor muestra de la unidad de todas las razas.

Era el hombre que todavía sus mismos compatriotas más enterados no se atreven a reivindicar porque, en fuero de su energía y firmeza y, tal vez también, por ese sentimiento de frustración que produce la constante lucha contra la razón, se atrevió a publicar su famoso libro, «Brevísima relación de la destrucción de las Indias», en el que condensa todas las denuncias y del que, inmediatamente, se apoderaron los enemigos de España, traduciéndolo a todos los idiomas occidentales, incluido el latín, que, por las pasiones políticas, tan excitadas en toda Europa por las diversas guerras que mantenían los monarcas españoles y los odios de las luchas religiosas, cuyos cargos, que expuso ese buen fraile, como elementos de juicio, para mejorar la situación de los indios, quisieron ponerlo como condición destructora

natural en los españoles, pero que la historia ha demostrado ser todo lo contrario.

LA OREJA

Si la oreja que tenemos delante era realmente así (nada se opone a que lo fuera, pues todo encaja perfectamente con la personalidad del sujeto), nos encontramos ante una persona de gustos distinguidos, delicados y exquisitos por naturaleza. Si la forma y tamaño de la mandíbula nos hablan del grado de animalidad latente en el hombre, el sentido del oído es el sentido afectivo por antonomasia y, éste, va siempre emparejado con una oreja bien hecha, como la que tenemos delante. Nos puede parecer más pequeña que grande. Pero, si mentalmente trazamos una línea horizontal desde la ceja hacia atrás y otra paralela desde la base de la nariz, encontraremos que la oreja encaja perfectamente en el espacio que debe ocupar en una persona equilibrada. Está bien formada y colocada en sentido vertical, lo que nos muestra a un sujeto de tendencias intelectuales y esclarecidas; sujeto que sabe lo que quiere. En los actos cotidianos puede echar mano de la improvisación, como forma rápida de actuar, pero los objetivos de su vida serán fruto de constante reflexión y bien madurados antes de ponerlos en práctica.

Desde luego, el sentido de la sociabilidad lo tenía bien desarrollado, como corresponde a esa personalidad aún no recuperada en el grado de alma que él puso en la emancipación de los indios, a los que, con todo amor y justicia, consideraba sus iguales hace más de cuatrocientos años. Esas extraordinarias virtudes de amor a su prójimo nos empujan constantemente a considerar la vida de su tiempo, cuando los europeos, lo mismo que los españoles americanizados, estimaban a los siervos y otras clases humildes como a bestias, con derecho a cargarles de trabajo y humillaciones. Por eso ese hombre inteligente, perseverante hasta la terquedad, piadoso hasta las lágrimas y con una capacidad de amor infinita, tenía que ser completamente incomprendido. Pero su obra, que sigue la eternidad en la memoria escrita, quedó para reflejar los sentimientos humanos que acompañaron a aquellos audaces en la conquista de un nuevo mundo.

Por último, teniendo en cuenta las imperceptibles arrugas que surcan ese rostro, tan inteligente como bondadoso, también percibimos las inquietudes del alma: la verdad, la franqueza y la lealtad, en esa zona entre la ceja y el cabello; así como la expresión de tolerancia y buen juez, en las que surcan la frente horizontalmente, buscando el sendero más acertado y examinando con ansiedad el camino más ventajoso para su prójimo.

¡Un hombre de esas inclinaciones demostradas, ha de clasificarse necesariamente entre los que forman la conciencia sensible del alma de la naturaleza!

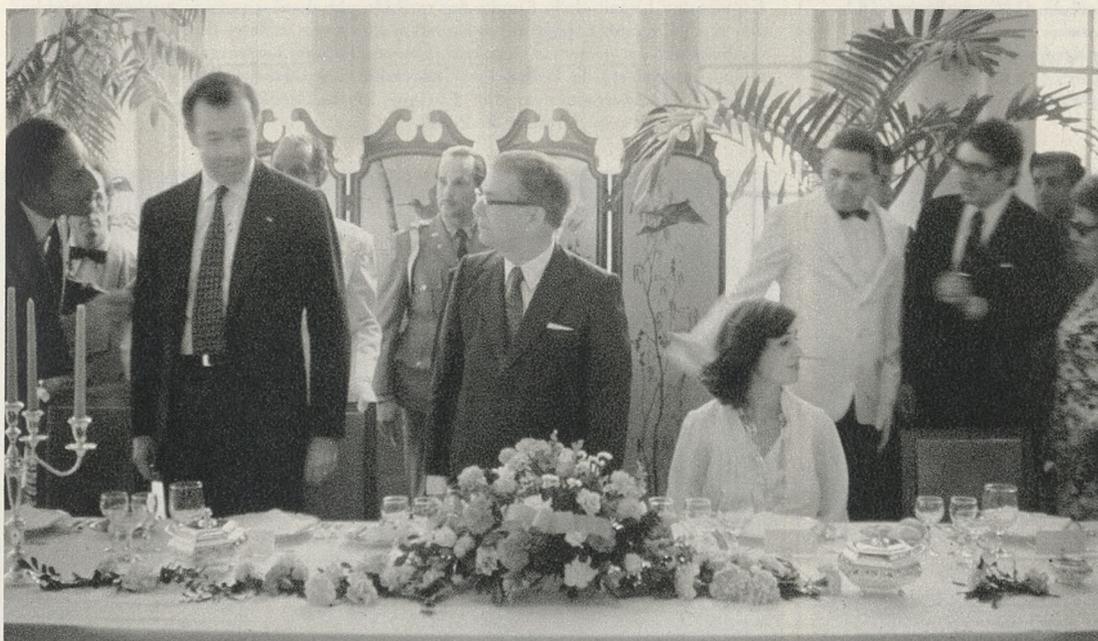
J. Q. G.





EL COLEGIO MILITAR ARGENTINO

El Jefe del Estado Generalísimo Franco recibió en el Palacio de El Pardo a la representación del Colegio Militar Argentino en visita a España. Acompañados por el señor embajador doctor Campano, aparecen los oficiales, con el director del Colegio Militar al frente. La representación estaba integrada por un general, un coronel, dos mayores, cuatro capitanes, once tenientes, y ciento ochenta y dos cadetes.



LOS DUQUES DE CADIZ EN LA REPUBLICA DOMINICANA

A mediados del pasado diciembre realizó su primer viaje a América como presidente del Instituto, S. A. R. don Alfonso de Borbón. Escogió para iniciar su visita a las naciones iberoamericanas la República Dominicana, Primada de América, donde él y la Duquesa de Cádiz fueron objeto de extraordinarias muestras de distinción y de afecto. En la foto, uno de los actos presididos por el primer magistrado de la nación, don Joaquín Balaguer. En nuestra próxima edición ofreceremos una amplia información sobre esta visita.



EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE URUGUAY EN MADRID

En visita oficial de tres días estuvo en Madrid, acompañado por su esposa, el ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay don Juan Carlos Blanco. Durante su estancia realizó numerosas visitas a centros industriales y culturales, y firmó con su colega español don Pedro Cortina Mauri un Convenio Básico de Cooperación Científica y Tecnológica. En la foto de la izquierda, el momento de firmar el Convenio, y en la de la derecha, un instante de la visita al Instituto Nacional de Industria, donde acompañan al señor Ministro y a su esposa, los señores Ministros de Industria y de Comercio de España, y el presidente del INI señor Guerra Zunzunegui.



HOMENAJE DE LA JUVENTUD AL JEFE DEL ESTADO

Con motivo de conmemorarse treinta y cuatro años de la fundación del Frente de Juventudes, la Organización Juvenil Española, OJE, rindió un cálido homenaje al Jefe del Estado. Más de diecisiete mil jóvenes pertenecientes a la OJE, a la Sección Femenina, a las agrupaciones deportivas y de scouts, etc., fueron al Palacio de El Pardo para testimoniar su admiración y su cariño al Generalísimo Franco.



EL PRESIDENTE DE GUATEMALA RECIBE AL MINISTRO DE TRABAJO DE ESPAÑA

En su visita del mes pasado a la capital guatemalteca, el ministro de Trabajo de España don Licinio de la Fuente fue recibido por el señor presidente de la República don Kjell Eugenio Laugerud García, en la residencia de éste. En la foto, el encuentro cordialísimo, en presencia del embajador de España en Guatemala don Justo Bermejo, del ministro de Trabajo de Guatemala don Daniel Corzo, y de los directores generales de Iberoamérica, don Enrique Pérez Hernández, y de Emigración de España, don Jorge Jordana de Pozas.



CONVENIO DE COOPERACION SOCIAL CON GUATEMALA

El vicepresidente tercero del Gobierno y ministro de Trabajo de España firmó con el señor ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, don Alfredo Obiols Gómez, un Acuerdo de Asistencia Técnica, complementario del convenio vigente. En la foto, los señores ministros firman en presencia del embajador de España en Guatemala, don Justo Bermejo.



EN HONOR DEL MINISTRO URUGUAYO DE RELACIONES EXTERIORES

El presidente del Instituto de Cultura Hispánica ofreció un almuerzo en honor del señor ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay, don Juan Carlos Blanco. Con el ilustre visitante y su anfitrión, aparecen en la foto el subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, don Juan José Rovira, el embajador de Uruguay en Madrid don Jorge Pacheco Areco, el embajador de España en Montevideo don Ramón Sáenz de Heredia, el director de Cultura Hispánica don Juan Ignacio Tena Ybarra, el presidente del Banco de España señor Coronel de Palma, el presidente del INI, señor Guerra Zunzunegui, y el secretario general del Instituto, don Carlos Abella.



CONGRESO IBEROAMERICANO DE PILOTOS DE AVIACION

En la Casa Sindical de Madrid se celebró el III Congreso Iberoamericano de Asociaciones de Pilotos de Líneas Aéreas de la OIP, Organización Iberoamericana de Pilotos. Con España, participaron delegaciones de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, México, Panamá, Perú, Portugal y Venezuela. En la foto, una de las sesiones de trabajo.



DON GREGORIO MARAÑÓN, DOCTOR HONORIS CAUSA

El embajador de España en Argentina, don Gregorio Marañón Moya, recibió el nombramiento de «Doctor Honoris Causa» de la Universidad de Rosario de Santa Fe. En la foto aparece el embajador acompañado del Rector de la Universidad y del Gobernador Militar de aquella provincia.



CONDECORACION EN LIMA

El embajador de España en Lima, don Pedro Salvador de Vicente, aparece en la foto en el acto de imponer la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y presidente del Consejo Nacional de la Universidad Peruana, doctor Juan de Dios Guevara.



EXPOSICION FOTOGRAFICA

El Aula Fotográfica de Madrid, dirigida por el poeta Rafael Montesinos, presentó en el salón de exposiciones del Instituto, una muestra titulada «El paisaje en la fotografía». Poco antes había presentado un Homenaje a la Real Sociedad Fotográfica de Madrid. En la foto, el Presidente del Instituto, y el Director del Aula Fotográfica, con un grupo de asistentes a la inauguración de «El paisaje en la fotografía».



CONFERENCIA DE ERNESTO LA ORDEN

El embajador de España en Costa Rica don Ernesto La Orden Miracle, dictó en los salones del Instituto una conferencia titulada «Viajes de arte por América Central», con ilustraciones en color, hechas por el propio conferenciante. En la foto, el embajador La Orden disertando, y una vista del público. Hállase en primera línea una alta representación, con los señores embajadores centroamericanos, y don José Antonio Cuadra, del Ministerio de Asuntos Exteriores.



CDLXX ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE ISABEL LA CATOLICA

Para evocar el cuatrocientos setenta aniversario de la muerte de la reina Isabel la Católica, ofreció una conferencia en el Instituto de Cultura Hispánica don José Saravia Gil, concejal de Cultura del ayuntamiento de Medina del Campo. Asistieron todos los miembros de la Corporación Municipal y gran número de medinenses. El alcalde municipal señor Zendón hizo entrega al Presidente del Instituto, como vemos en la foto, de una placa conmemorativa de esta evocación.



CONCIERTO EN MANILA

La primera dama filipina, doña Imelda de Marcos, asistió en el Centro Cultural de Manila al recital de piano ofrecido por el señor Enrique Pérez de Guzmán. Con la señora de Marcos y el pianista, aparecen: el embajador de España en Manila, señor Martín Alonso y señora, los marqueses de Morbecq y don Luis Sagrera.



GRAN PREMIO DE LA BIENAL

El pintor Darío Villalba recibe de manos del embajador del Brasil en Madrid, el Gran Premio de la Bienal de arte de San Pablo. Con ellos en la foto, don Juan Ignacio Tena Ybarra, director del Instituto. (Sobre la obra de Darío Villalba, ver en esta edición las páginas 44 y siguientes, con el juicio crítico de Enrique Azcoaga.)



«AMIGOS DEL COLEGIO MAYOR ARGENTINO»

Ha quedado constituido en Madrid el Grupo «Amigos del Colegio Mayor Argentino». Aceptó la presidencia del mismo, S. A. R. doña Margarita de Borbón y Borbón. La Infanta aparece en la foto, con su esposo el doctor Carlos Zurita, en el acto de inauguración de una triple exposición de pinturas y tapices. Don Fernando Cuevillas, rector del Colegio, dirigió la palabra a los asistentes, entre los cuales vemos a la señora Peacan Nazaranchorena, la marquesa de Genal, el profesor Ansaldo, la señora Paternosto, señora de Barcelona y don Luis Sagrera y Martínez-Villasante.



SESQUICENTENARIO DE AYACUCHO

En el Instituto de Cultura Hispánica se celebró una solemne velada el día 10 de diciembre, aniversario de la Batalla de Ayacucho. En la foto de la derecha, el presidente del Instituto, con los señores embajadores de los países bolivarianos y sanmartinianos, pronuncia las palabras iniciales del acto, que concluyó con una conferencia del Hermano Nectario María, de Venezuela. En la foto de la derecha, visita a la exposición de libros y documentos relacionados con Ayacucho, en el propio Instituto. Los embajadores de Venezuela, Perú, Chile y Panamá, con el Duque de Cádiz y la subdirectora de la Biblioteca, señora Angelines Primo.



CONVENIOS EN BRASILIA

El ministro brasileño de Relaciones Exteriores, señor Azeredo da Silveira, firma, con el embajador de España en Brasil señor Pérez del Arco, los convenios acordados por la I Reunión de la Comisión Mixta Hispano-Brasileña. Está presente en el acto de la firma don Enrique Pérez Hernández, director general de Iberoamérica en el Ministerio español de Asuntos Exteriores, quien presidió la delegación de nuestro país.



ACADEMICOS CORRESPONDIENTES

El señor embajador de Nicaragua en España don Justino Sansón Balladares, y doña Margarita Gómez Espinosa, agregada cultural de esa embajada, recibieron en el Salón del Ayuntamiento de Cádiz, los títulos de Académicos Correspondientes de la Real Academia Hispanoamericana de la Lengua. En la foto, los nuevos académicos, con el señor alcalde de Cádiz, don Jerónimo Almagro y Montes de Oca, y el señor teniente alcalde, doctor Cortés.

"ESPAÑA DESDE AMÉRICA"

«Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida en el ayer ilimitado y en el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, ésta como proa del alma continental?... (Palabras de Ortega y Gasset.)

ALLA en sus mocedades de 1914, reclinado como Felipe II en las rocas de La Herrería, frente a la gran *pedra lírica* de El Escorial, —tal y como lo representó el pincel de Zuloaga—, el maestro Ortega y Gasset se hacía una pregunta angustiada: «Dios mío, ¿qué es España?». Y continuaba interrogándose, para envolver en su angustia a todos los españoles: «¿Dónde está, decidme, una palabra clara, una sola palabra radiante que pueda satisfacer a un corazón honrado y a una mente delicada, una palabra que alumbrase el destino de España?»

Ortega no encontró nunca esa palabra, que se afanó en buscar en las páginas de su desconsoladora *España invertebrada* y en las vicisitudes de su desilusionada actuación política. Para él, la palabra mágica de España no se podía buscar en la tradición nacional. Decía: «No, no podemos seguir la tradición; todo lo contrario, tenemos que ir contra la tradición, más allá de la tradición. En un grande, doloroso incendio habríamos de quemar la inerte apariencia tradicional, la España que ha sido, y luego, entre las cenizas bien cribadas, hallaremos como una gema iridiscente la España que pudo ser.»

¿Qué dolorosas nos parecen estas palabras de un gran compatriota, escritas poco después del desastre de 1898, cuando tantas inteligencias y tantos corazones españoles se interrogaban angustiadamente sobre la misma esencia de nuestro país! Algunos de aquellos hombres creyeron encontrar la esperanza en un cambio político, en la segunda República Española, y el mismo Ortega y Gasset hubo de contemplar con espanto que las turbas seguían al pie de la letra su metáfora del incendio de la tradición y que España entera estuvo a punto de convertirse en cenizas...

Una vez pasada la guerra civil de 1936-1939, los hombres que hoy tenemos alrededor de sesenta y formamos la generación llamada por Laín Entralgo de «los nietos del 98», no podemos menos de formularnos la misma pregunta: «Dios mío, ¿qué es España?» ¿Por qué nuestro cuerpo nacional ha estado siglo y medio sujeto a convulsiones epilépticas? ¿Es que sufrimos alguna tara patológica en nuestro ser como nación? Si fuera así, ¿dónde encontraríamos un remedio? Si así no fuera, ¿cómo podríamos evitar para el futuro aquellas circunstancias,

no congénitas, que nos llevaron a aquellas catástrofes nacionales?

Los mozos españoles de 1936, después de cumplir con nuestro deber en las trincheras o de sufrir por la patria en las prisiones, llevamos más de treinta años consagrados, en la paz, al trabajo y a la meditación. Seamos o no seamos «intelectuales» de profesión —y conste que yo me sublevo contra el pretendido monopolio de algunos llamados «intelectuales»—, nos sentimos entrañablemente unidos con el ser histórico de España y queremos conocerlo hasta en sus mismos entresijos, tanto en el alma como en el cuerpo, para entenderlo sin dudas, para amarlo más y para servirle mejor. El cuerpo de España, las calidades de sus tierras y las de sus gentes vivas, es probable que llegemos a conocerlo con más o menos exactitud. Pero el alma de España, las supervivencias de sus hechos y de sus hombres difuntos, los misterios de su lenguaje y su psicología, el «quid» de su carácter y la adivinación de su destino, he aquí nuestra perplejidad o si queréis nuestro problema.

España como problema fue el título de un opúsculo famoso de un gran pensador contemporáneo, Pedro Laín Entralgo. *España sin problema* fue la réplica escrita de otro autor español de menos fuste, Rafael Calvo Serer. A mi entender, ambos autores exageraban en el enunciado de sus libros. España no es en sí misma un problema, como parecía dar a entender Laín Entralgo, ni es verdad que esté falta de problema en sí, pese a todos sus problemas concretos. España está llena de problemas, como todos los pueblos y quizás algo más, porque tenemos mucha historia a nuestra espalda y muchísima historia por hacer.

Es emocionante comprobar que la polémica sobre el ser de España en nuestros días no se ha producido solamente en el interior de nuestro país, sino también en la que algunos llaman bellamente «La España peregrina», aunque no hay más remedio que llamarla con tristeza «La España desgajada». Permittedme un apólogo casi infantil. Había una vez un árbol, una encina robusta y milenaria, cuya copa atrajo el rayo en medio de una horrible tormenta. Parte de las ramas del árbol fueron tronchadas por la chispa eléctrica y el viento las arrastró a tierras

lejanas, donde algunas lograron retoñar pero casi todas terminaron por morir. ¡Triste destino el de las ramas desgajadas! Pero el tronco de la encina madre sigue en pie, rejuvenecido después de aquella poda, estallante de savia vital al conjuro de cada primavera.

También en esa España desgajada, herida agudamente por la nostalgia, la polémica sobre el ser de España ha alumbrado dos libros importantes, el de Américo Castro y el de Claudio Sánchez Albornoz. El primero de estos autores, que por lo demás renunció a la nacionalidad española, se forjó mentalmente una España desnaturalizada, compuesta menos de cristianos que de moros y judíos, en la que no podemos reconocer a nuestra patria, ni a la madre patria, ninguno de los españoles ni de los hispanos de ambos mundos. Sánchez Albornoz por el contrario, quizás porque sigue siendo español y es católico, reconoce que en nuestra historia hay enigmas, como en la de todos los grandes pueblos, pero tiene fe en España y en su ser histórico trascendental.

La lectura de los cinco autores citados hasta ahora nos ha sugerido algunas meditaciones personales, inspiradas también en los libros de muchos otros escritores españoles de varias tendencias, desde Jaime Balmes y Donoso Cortés hasta Ramiro de Maeztu y Salvador de Madariaga; desde Ganivet y Giner de los Ríos hasta Julián Juderías, Marañón y Sainz Rodríguez; desde Menéndez Pelayo, Angel Herrera y Eugenio d'Ors hasta José Antonio Primo de Rivera y don Ramón Menéndez Pidal. Hemos manejado también a autores extranjeros que se han ocupado modernamente de España. Nuestros personales criterios se basan así sobre un cúmulo de lecturas, pero también, justo es decirlo, sobre una experiencia vital ya prolongada, tanto en España como en Europa y en América.

Advertimos de antemano que nuestro talante al emprender este análisis del ser de España es fervorosamente patriótico, pero en ninguna manera panegírico. No pensamos que España sea en sí misma un problema, pero no renunciaremos, antes al contrario, a estudiar todas las coyunturas existenciales de su vida, a analizar cada uno de sus problemas, a investigar sus realidades espirituales y materiales, sus tierras y sus

hombres, su cuerpo y su alma como nación. A diferencia de la dolorida generación del 98, los que nos reconocemos como la generación de 1936 creemos en España con una fe inasequible al desaliento y amamos a España, aunque en algunas cosas no nos guste. Para nosotros España es nuestra madre, digna de todo amor y de respeto hacia el pasado, pero es al mismo tiempo nuestra hija, obra de nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio, a la que miramos no tanto con complacencia como con exigencia, queriendo hacerla cada vez más hermosa en el presente y en el porvenir.

CASTILLA LA VIEJA

La serie completa de los títulos del Rey de España, tal como se conocía en mi niñez, incluía varias coronas que ahora nos parecen fantásticas —entre ellas las de Chipre y Jerusalén—, y una porción de señoríos en tierras extranjeras que atestiguaban los pasados esplendores de la monarquía hispánica, sobre todo en su época imperial. Allí lucían los reinos de Portugal y de Nápoles, los ducados de Milán y de Borgoña, los señoríos de Flandes y del Franco Condado... Títulos que hoy nos parecen solamente una lección de historia, sin relación con nuestra vida actual, y que únicamente se desempolvan cuando, movidos por la curiosidad, tratamos de descifrar alguno de esos enormes escudos heráldicos de nuestros Austrias o nuestros Borbones.

Pero al lado de esos títulos extraños leíamos una lista de otros, bien nutrida por cierto, que se refería a nuestras tierras propias, a las que hoy son ciudades, provincias o regiones de España y en otro tiempo fueron reinos moros o cristianos, condados y señoríos independientes. Así el Rey de España o de las Españas —y por supuesto también de las Américas pues todavía Carlos IV, en sus soberbios pesos mejicanos, se apellidaba HISPANIARUM ET INDIARUM REX—, era al mismo tiempo Rey de Castilla y de León, de Galicia, de Aragón y de Navarra, de Sevilla, de Jaén y de Granada, de Murcia, de Mallorca, de Zaragoza, de Toledo, de Badajoz, Príncipe de Asturias, Conde de Barcelona, señor de las Islas Canarias, de Vizcaya y de Molina de Aragón... Cada uno de estos títulos correspondía, en efecto, a una tierra antiguamente soberana, amalgamada en una época u otra a ese gran mosaico que es España, sin perder por ello su historia genuina ni las características perdurables de su nacionalidad.

He dicho «nacionalidad» y no le tengo miedo a esta palabra. Las que hoy llamamos en España provincias, o todo a lo más regiones, han sido y son naciones en el sentido clásico —*extremeño de nación*, se decía en el siglo de oro—, e incluso en el sentido moderno, que califica a una entidad sustantiva y bien diferenciada por su territorio, su población, su tradición e incluso su lengua y su cultura. Algunas de nuestras provincias o regiones son tan grandes, tan pobladas, tan ricas, tan cultas y tan «sui generis» como bastantes Estados independientes de nuestros días. En este sentido, que estimo rigurosamente exacto, la nación española es una sociedad de naciones y nuestro Estado unitario, fruto de un largo proceso creador, es en realidad un imperio, unificador de numerosos reinos anteriores.

Claro es que estas características no son exclusivas de España, sino también de otros grandes países europeos e incluso de ese pequeño cosmos político que es Suiza. Pensemos que la Gran Bretaña es todavía hoy un Reino Unido de Inglaterra y de Escocia, de Gales y de Irlanda del Norte. Démonos cuenta de que la República Francesa, heredera de la tradición unitaria de Luis XIV, no disimula las junturas de su antigua Isla de Francia con los ducados de Bretaña y de Borgoña, con la Provenza y con el Rosellón, con Lorena y con Alsacia. Los reinos del Piamonte y de las Dos Sicilias son bien visibles todavía en Italia y ahí están, resistentes a los siglos, en pleno corazón de Europa, las soberanías de Luxemburgo y de San Marino, de Andorra, de Mónaco y de Liechtenstein.

Al hablar de reinos y de naciones dentro de España no es mi intención, antes bien al contrario, propiciar cualquier delirio de separatismo o de nacionalismo. Lo que pretendo es subrayar porque así es justo, la calidad de cada uno de los hilos que forman nuestro tapiz, de cada uno de los fragmentos que constituyen nuestra lira. Esa lira de España, imagen joseantoniana, que dio a los aires tan divina música cuando sus cuerdas, bien unidas y templadas, fueron pulgadas por las manos de Dios.

Hablemos, pues, de todas las Españas, de todas y cada una de las tierras y las gentes que forman nuestro ser nacional. Pero inmediatamente nos asalta una duda: ¿Por cuál de esas tierras españolas comenzaremos? ¿Deberíamos hacerlo por orden cronológico, a partir del comienzo de la reconquista contra los moros, o seguiríamos un orden más bien geográfico, de norte a sur, o simplemente un orden alfabético? No. Seguiremos un orden sentimental, dando el primer puesto a Castilla, la tierra que nos ha dado su lengua a todos los españoles y a todos los hispanoamericanos, la tierra del Cid Campeador, de Isabel la Católica y de Santa Teresa de Jesús. Es una primacía cordial, que nos sale naturalmente del alma a todos los españoles y que corresponde por lo demás a la visión de España que tiene el mundo entero. Sin menoscabo para nadie, con el mismo amor y respeto para todas nuestras tierras entrañables, empecemos a hablar de España por Castilla, por Castilla la Vieja, Castilla la gentil.

A diferencia de otros muchos países, que han tomado su nombre del de los pueblos que los habitaban, Castilla debe su nombre a los monumentos militares que la defendían. Castilla viene de «Castella», plural latino de castillos, y quiere significar la tierra de los castillos por antonomasia. Es cierto que toda Europa está sembrada de castillos —los *chateaux-fort* de Francia, los *castelli* de Italia, los *castles* de Inglaterra—, pero en ninguna parte tomaron los castillos la significación absorbente y exclusiva que en nuestra meseta central. Castilla la Vieja fue realmente una marcha de castillos en combate sin tregua, una reconquista militar como misión.

En cuanto nació Castilla, allá por el siglo décimo, desgajándose con ímpetu juvenil del viejo León imperial, dejó a los leoneses y a los lusos la banda occidental de España, reconoció a Cataluña y a Aragón las conquistas orientales y ella se fue, como una flecha urgente, a clavar-se en el centro y en el sur de nuestra península. Cada paso de Castilla sobre el mapa, en lo alto

de las sierras o sobre los ríos, quedó jalonado con una línea de castillos. Torres de la Castilla primitiva, desde Reinosa hasta Miranda de Ebro; castillos de Pancorbo, del Arlanzón y del Duero; alcázares y murallas del Guadarrama, de Avila, de Segovia, de Sepúlveda, de Sigüenza; fortalezas de Toledo y de Cuenca, de Calatrava y de Uclés; alcazabas moras recién bautizadas en Jaén y en Córdoba, en Sevilla, en Málaga y en Granada, hasta el estrecho y el gran castillo de Gibraltar. Castilla ha andado siempre en castillos incluso sobre las olas del mar. Cuando llegaron a América los castillos de popa de sus galeones, los castillos florecieron también en Cartagena de Indias y en el Callao, en Chile y en Puerto Cabello, en Veracruz, en La Habana y en San Juan de Puerto Rico, y aquí mismo entre Costa Rica y Nicaragua, en ese castillo del Río San Juan que cerró el paso del Desaguadero del Gran Lago a los piratas ingleses depredadores del istmo centroamericano.

Un castillo tras otro, desde las orillas del Cantábrico hasta las del Atlántico y las del Pacífico, Castilla ha vivido una de las mayores aventuras históricas del mundo. Ella hizo a España, como reconoce Ortega y Gasset, pero no es cierto que ella misma la deshiciera, como asegura el mismo escritor. Si se deshizo España, o por mejor decir su Imperio Universal, culpa es del tiempo y de las leyes de la historia, que no permiten la prolongada hegemonía de ningún pueblo protagonista, como la crónica viva de nuestros días nos lo está metiendo por los ojos. Castilla hizo a España y España hizo a América mientras lo permitieron los hados. Y cuando España estuvo realmente a punto de deshacerse, en los años más tristes de nuestra juventud, Castilla fue quien asumió de nuevo la tarea de reconquistar y rehacer a España. La ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, fue entonces la capital de nuestra esperanza. Permitidme recordar un romancillo mío de aquellos tiempos, cuando el Gobierno de España estaba en Burgos:

Juegan a la rueda
en el Espolón
las niñas de Burgos
con esta canción:
En Burgos hay un Gobierno
que es el Gobierno de España,
con títulos bien ganados
por el derecho y la espada.
Doña París y don Londres
no le mandan embajadas.
Dios las cure su ceguera
—¡con el diablo se las hayan!—
En Burgos está el Gobierno
y aún cuando a Madrid se vaya,
¡Viva Burgos, Burgos, Burgos,
capital de las Españas!

Mas ¿cómo es en lo físico Castilla, esa tierra que los cantares de gesta medioevales apodaban «Castilla la gentil»? Reconozcamos que Castilla ha tenido «mala Prensa», como se dice gráficamente hoy. Un gran catalán, Maragall, y un gran andaluz, Machado, han proclamado líricamente que Castilla no conoce el mar. ¡Válgame Dios y a qué errores conduce el entusiasmo poético! Castilla posee una provincia entera, la de Santander, que es toda marinera y pescadora. De sus puertos antiguos de Laredo y

Santoña salieron los navíos que, al mando del almirante Bonifaz, conquistaron Sevilla entrando por el Atlántico y por el río Guadalquivir. ¿Qué barcos descubrieron América si no las carabelas de Castilla? ¿Con qué robles se construyeron los galeones de la Armada, si no es con los de los montes de Castilla y de Galicia? Cuando se piensa que de esos montes salieron todos los navíos de América y todos los santos de palo de la imaginaria castellana, no es de extrañar que en vastas zonas de Castilla resulte hoy necesaria la repoblación forestal.

He aquí otro retoque necesario sobre el retrato de Castilla que algunos escritores fáciles se empeñan en pintar como llana, seca y desolada. Castellana es la «Montaña» santanderina, esa soberbia región de praderas. Los Picos de Europa, ese incomparable macizo montañoso, son castellanos en muy buena parte. ¿Son acaso llanuras desoladas las sierras de Urbión y de la Demanda, cuajadas de pinos; la sierra del Guadarrama, con sus espléndidos bosques de la Granja, y esa sierra de Gredos en cuyas laderas del sur brotan los nogales y los castaños junto a los olivos de la llamada «Andalucía de Avila»?

Y Castilla no es seca y polvorienta, como la ha pintado Manuel Machado: «Por la terrible estepa castellana — polvo, sudor y hierro —, el Cid cabalga». El paso del Ebro por Castilla crea una larga franja verde, desde el Valle de Valdivieso, al salir del enorme embalse de Reinoso, hasta las fértiles y dilatadas vegas de la Rioja, en la provincia de Logroño. El padre Duero y todos sus afluentes, desde Soria hasta Zamora, se ornan con huertas y arboledas, sotos del Arlanza y del Arlanzón, del Adaja y del Eresma. Donde no hay árboles es porque hay trigo, que ciertamente no es planta que se produzca en los desiertos y no es de tan poca utilidad que no sirva para dar pan sobrado a toda España. Comprendo que la belleza parda o amarilla de los terrones de la gleba, en el barbecho o en la sementera, no colme los sentidos de los que solamente disfrutan con lo verde, pero también el trigo se pone verde como un mar ondulante en primavera y se florece de oro cuando llega el verano. Y en Castilla hay también buenos viñedos, que brindan los sabrosos vinillos de la tierra, y hay rebaños inmensos de corderos, pinares de resina, campos de remolacha, pingües encinares y otras muchas obras de la gracia de Dios. Quien afirme que Castilla es un desierto merecería una temporada de descanso en la Arabia Saudí o en el Sahara.

Es triste comprobar que algunos clichés anticastellanos que se reproducen por esos mundos son debidos a escritores españoles. El mismo Antonio Machado, que cantó tan sutilmente las íntimas bellezas de Soria, «por donde traza el Duero su curva de ballesta», ha escrito cosas como aquello de «Castilla miserable, ayer dominadora», «atónitos palurdos, sin danzas ni canciones», «Castilla del dolor y de la guerra», «Castilla de la muerte» y otras lindezas por el estilo, que no pueden ser fruto más que de su misantropía. Quien os habla no calza tantos puntos en líricos coturnos, bien lo sabe Dios, pero ha recorrido muchos pueblos castellanos y no se ha encontrado en ellos con la muerte sino con la vida, no con el silencio sino con las canciones de la era y del amor, no con el dolor

sino con el trabajo, no con la miseria sino con la digna pobreza y el buen pasar.

¡Castilla de la muerte! Hay tres capitales de Castilla de esas que se consideran generalmente muertas, porque no han entrado en la vorágine industrial, que viven tranquilas y seguras sobre su economía patriarcal, con sus cosechas y sus ganados, en suficiencia y en paz. Me refiero a Soria, esa capital de los poetas, que parece dormida en la Edad Media, con sus «cuadrillas» y sus iglesias románicas, traficando con sus ovejas merinas y los troncos de sus pinares de Urbión. Hablo de Segovia, fuerte y pulcra, y de Avila, el castillo de Dios; esas dos ciudades inmortales que guardan sus tesoros de piedra y de arte en el marco de sus dehesas ganaderas, de sus pinares resineros y de sus tierras de pan llevar. Ni Avila ni Segovia ni Soria están muertas, como no lo están Aranda de Duero ni Burgo de Osma ni Lerma ni tantos otros pueblos castellanos que viven del trigo, del vino y de la lana, del piñón y de la resina, del mulo y del cordero, de la trucha y de la liebre, de la nieve y del sol. Muchas maneras de vivir hay en el mundo; la manera castellana, al menos para mí, no es precisamente de las peores.

Quienes necesiten una vida más agitada ahí tienen a Santander con sus astilleros, a Torrelavega con sus factorías y a Reinoso con sus fábricas de todo calibre. Váyanse a la Rioja, que les recibirá embotellando vinos y enlatando frutas desde Logroño hasta Calahorra. Complázcanse en Miranda de Ebro y en Burgos, asistiendo al crecimiento industrial de esas viejas ciudades que se consideraban acabadas. Se llevarán la sorpresa de ver que Burgos es uno de los «polos» más vivos de nuestro Plan de Desarrollo Nacional y de comprobar que en los páramos de La Lora, muy cerca del Ebro, ha brotado un chorro de petróleo que lleva su caudal hasta Bilbao y que sobre el mismo Ebro, en Santa María de Garoña, está funcionando una central eléctrica nuclear.

Haría falta ser ciego para no apercibirse del renacimiento económico de Castilla la Vieja por obra de las mejoras agrícolas y de la concentración parcelaria, por los nuevos regadíos y por la energía eléctrica, por la repoblación forestal y por los progresos de las granjas y la ganadería. Hubo un tiempo, a comienzos del siglo XVI, en que Castilla era la región más rica y poblada de España. No digo que esos tiempos vayan a volver ahora, pero sostengo que Castilla la Vieja tiene muchas vituallas en su zurrón y no ha de ser por anemia ni por pobreza por lo que los castellanos deserten de su papel en el conjunto de España.

He nombrado a los castellanos, esas gentes nobles, serias y austeras que pueblan las montañas y las llanuras desde el Guadarrama hasta el Cantábrico. La sangre de sus antepasados carpetovetónicos y celtiberos, que parece manar todavía entre los toros de Guisando y en las ruinas de Numancia, se romanizó con el acueducto de Segovia y recibió un río de sangre germánica con los visigodos. El nombre antiguo de la Tierra de Campos es «Campos góticos» y Burgos quiere decir sencillamente «Burg», ciudad en alemán. Fernán González, el Cid, San Fernando y todos los héroes castellanos son adalides puramente europeos, reconquistadores y evangelizadores de la parte de España que el Islam consiguió temporalmente ocupar. A





“ESPAÑA DESDE AMÉRICA”

lo largo de varios siglos, pese a las alternativas de una epopeya cruentísima, los castellanos no sintieron nunca el desfallecimiento de los Cruzados ante la Tierra Santa, antes bien clavaron sus pendones sobre la Alhambra de Granada justamente pocos años después que la Media Luna ondeara sobre las murallas vencidas de Bizancio. «Varones castellanos, éste fue su cuidado: Una alcaldía pobre ficiéronla condado. Ficiéronla después cabeza de reinado», dice el cantor anónimo del poema de Fernán González. Dicho sea en honor de las gentes de Castilla, ese pueblo varón no cejó en la reconquista del suelo patrio ni en las batallas de Europa ni en la colonización de América, ni abdicó en nuestros días de su misión unificadora de todos los pueblos de España.

Esta misión unificadora, realizada en otros tiempos por obispos y guerreros, recibió ya en nuestro siglo la impronta de un castellano genial, don Marcelino Menéndez Pelayo, nacido en la Montaña santanderina, conocedor y defensor como nadie de la variedad de las regiones ibéricas, y al mismo tiempo paladín de la unidad de España en torno a Castilla y al amparo de la unidad católica nacional. Menéndez Pelayo ha sido el profeta del resurgimiento español. Nadie más generoso en el reconocimiento de nuestras diversidades históricas y lingüísticas, singularmente en lo referido a Cataluña. Nadie más categórico en el análisis y en el servicio de nuestra unidad.

Grandísima parte de esa unidad nacional española es la lengua, la lengua castellana, que por algo se llama *lengua española* en todo el mundo, aunque debemos reconocer que tan españoles como ella son el gallego, el vasco y el catalán. Pensemos en que las lenguas de Galicia y de Cataluña, por no decir la antiquísima de los vascos, tenían la misma o mayor preeminencia que el castellano naciente, pero algún decreto providencial convirtió al castellano en lengua de Imperio, según la frase de Nebrija, y hoy hablamos en castellano todos los hijos de España, desde el Pirineo vasco y catalán hasta los Andes quechuas y las Filipinas tagalas.

Proclamemos que esa lengua de Castilla, brotada del tronco vasco en la fonética, del latín en la sintaxis y el cuerpo general y del árabe en una parte de su vocabulario, es una lengua incorruptible como las maderas preciosas —en frase de mi llorado amigo y maestro don Aurelio Viñas—, y ha resistido victoriosamente la prueba de las distancias, las razas y los climas. Esa lengua de hierro y de plata de que os preciáis con justicia en Costa Rica es la misma fabla que usan señorialmente, como cosa propia, los campesinos de Briviesca, de Arévalo o de Almazán. ¡Qué grandioso destino el de aquel dialecto del bajo latín, hablado por los labriegos y escrito por los monjes en los valles estrechos de Oña y de Silos, mientras los hombres de armas reconquistaban penosamente la alcazaba de Gormaz! Y lo más impresionante es pensar que con aquel hilo delgado del habla castellana, que transmitía al mundo nuevo la cultura y el derecho de Grecia y de Roma, fluía también la religión de Cristo y medio mundo sigue rezando en español.

Entre los dulces y laboriosos indios del Ecuador, allá en los Andes de Quito, observé una costumbre que me llenó de gozosas cavilaciones. «Harina de Castilla» dicen, para referirse

a la de trigo candeal. «Bayeta de Castilla» llaman a los paños mejores. Las rosas más hermosas son «rosas de Castilla». «Castilla cosa» dicen para ponderar la bondad o la hermosura, en términos generales y rotundos.

¡«Castilla cosa»! ¡Cosa de Castilla!, que tiene que ser buena puesto que es castellana. Quien os habla no es castellano, ciertamente y no ha olvidado su lengua natal levantina, más dulce que la miel, en frase de Aribau. Pero ha llegado a comprender y amar a Castilla allá en España viendo con los ojos y palpando con las manos la función unificadora de esa región en el armonioso conjunto de la patria española y acá en América, contemplando el milagro de la lengua y de la fe, creado por el ensueño de aquella reina que creemos santa, doña Isabel la Católica, nacida en Madrigal de las Altas Torres y muerta en Medina del Campo, sobre la tierra cereal de Avila y de Valladolid.

¡Con qué ilusión, después de conocer casi toda la América del Sur, empecé a recorrer hace años los campos y los pueblos de Castilla! América estaba allí como en el germen, como en una matriz. De Castilla la Vieja nació Castilla la Nueva, entre el Guadarrama y la Sierra Morena, y de las dos Castillas nació Andalucía, que yo llamaría Castilla la más Nueva o América prefigurada, porque ya es una criolla castellana. Y de Andalucía nació América, que vendría a ser por eso una Castilla todavía más nueva, una Castilla Novísima o una Andalucía la Mayor. Porque Dios ha querido que toda la América de origen español, siendo nieta o biznieta de la Castilla fundadora, tenga el habla seseante y la gracia de Andalucía.

A los amigos costarricenses y a los de cualquier otro país hermano que vayan a España yo les recomendaría que, después de sentirse como en su casa en Sevilla y en Málaga y de visitar por supuesto Madrid y Barcelona, hagan una excursión sentimental, una subida a las fuentes de nuestra lengua y de nuestro espíritu. Tomen la carretera de Madrid a Irún y antes de llegar al desfiladero de Pancorbo, que presencié cuatro siglos de combates entre moros y cristianos, deténganse en el noble pueblo de Briviesca, capital de la Bureba, donde hay dos o tres iglesias antiguas y una ermita en la montaña en la que vivió y murió Santa Casilda, virgen cristiana que fue hija de un rey moro de Toledo.

En Briviesca tomarán una carretera que les llevará a Oña, en un barranco entre rocas por donde corre el Ebro juvenil. Oña tiene el monasterio de San Salvador, milenario cenobio benedictino donde hoy estudian los novicios jesuitas, entre una iglesia románica y un claustro gótico, paseando a lo largo del Ebro saltarín. Unos kilómetros más abajo encontrarán el pueblo de Frías, aupado sobre una roca que corona un castillo fantasmal. Entre ese monasterio de Oña y ese castillo de Frías, como en todos los vallecillos y lugarejos de los alrededores, fluyen las aguas del Ebro y de sus pequeños afluentes, cantando un romance antiguo que yo he creído escuchar. Dicen que en aquellos andurriales inviolados nació Castilla, que aquella tierra es Castilla la más Vieja, que allí está palpitando, sosegado y seguro, el corazón de España y el de todos los pueblos que hablan en español.

E. L. O. M.



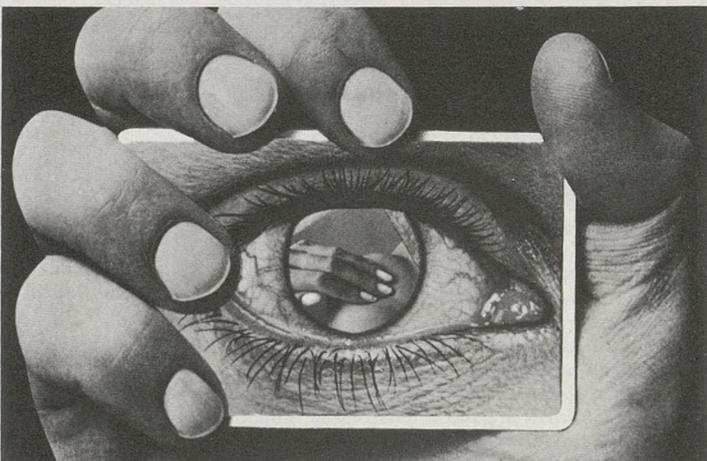
EL CINE-INFORMACION Y EL CINE-DOCUMENTO

NUTRIDA PARTICIPACION IBEROAMERICANA

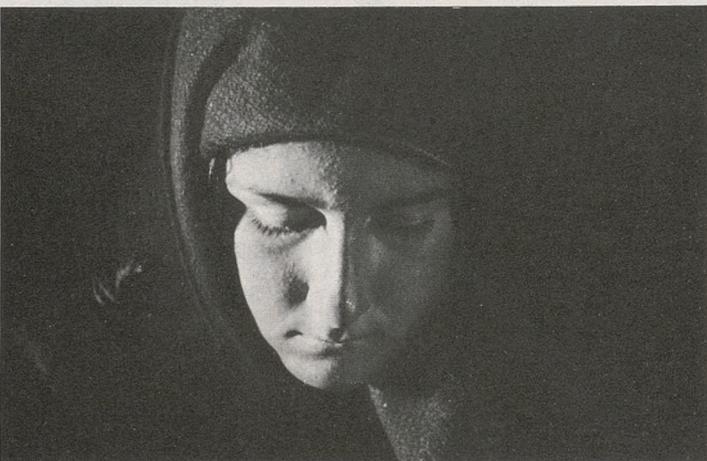
El premio del certamen fue para el documental «Los que viven donde sopla el viento suave» del mexicano Felipe Cazals.



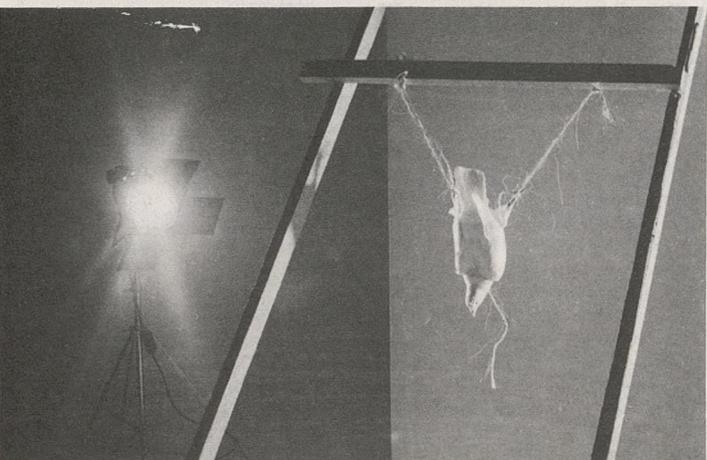
«Frank Film» es una autobiografía filmada del estadounidense Frank Mouris.



Un fotograma de «Bauk», del yugoslavo Nikolic.



«Torture», del germano Dieter Rieck, obtuvo el Miqueldi de Oro.



Diez países iberoamericanos han concurrido a la XVI edición del Certamen Internacional de Cine Documental y de Corto Metraje de Bilbao que organiza el Instituto Vasco de Cultura Hispánica. Retrospectivas de cine brasileño y cubano junto a una selección de los filmes premiados en los festivales de Oberhausen han complementado los dos centenares largos de filmes inscritos entre los que hubo de escogerse cuidadosamente para no desbordar las cuatro sesiones diarias que, durante la semana, han ofrecido a un público compuesto en su noventa por ciento de estudiantes y jóvenes obreros, información y documento del mundo actual a través de ese testigo implacable, pero justo que es el cine.

Se continuó el experimento de años anteriores ofreciendo una sección informativa de largometrajes iberoamericanos con salas abarrotadas que obligaron a reiterar algún programa, proyectándose filmes de orientación tan variada como EL HOMBRE DE MAISINICU, del cubano Manuel Pérez, BOQUITAS PINTADAS, del argentino Torre Nilsson, LOS QUE VIVEN DONDE SOPLA EL VIENTO SUAVE y LA MANSION DE LA LOCURA, de los mejicanos Felipe Cazals y Juan López Moctezuma, o COMO ERA GOSTOSO O MEU FRANCES, del brasileño Nelson Pereira dos Santos.

Tema monográfico del documental iberoamericano fue el de la explosión demográfica en el Continente. Filmes como el brasileño TEREMOS INFANCIA, GAMIN (Colombia), SOBRE UN VOLCAN (Costa Rica), LUISA (República Dominicana) y CUANDO YO SEA GRANDE (Venezuela) mostraban aristas abruptas del crecimiento humano, situación de la infancia y un dualismo de soluciones: el control de natalidad para países subdesarrollados en aquellos filmes de inspiración estadounidense y una mejor distribución de bienes y recursos, esquema que parece más justo para países con vastas áreas sin explotar. Paradójicamente obras etnográficas como la ya mencionada de Cazals, sobre los indios Seris de Sonora, o la peruana INFORME SOBRE LOS SHIPIBOS, de Lombardi, atestiguan la extinción de razas aborígenes.

En el grupo de filmes de denuncia mencionemos el argentino OLLAS POPULARES, los colombianos COLOMBIA-70, UN DIA YO PREGUNTE y QUE ES LA DEMOCRACIA, de Carlos y Julia Álvarez, el estadounidense de Tejada-Flores ¡SI SE PUEDE! (sobre el problema de los chicanos), el uruguayo LIBER ARCE, de Mandler-Jacob-Banchero y el satírico venezolano AL PAREDON, de Mitrotti.

La Cinemateca del Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro estuvo presente con su director Cosme Alves Netto, miembro del Jurado y con una selección de obras como MEMORIA DO CANGAÇO, de Gil Soares, ¡VIVA CARIRI!, de Geraldo Sarno y TRABALHAR NA PEDRA, de Caldeira, acompañando al filme de Heilbron O JANGADEIRO. También fue serie retrospectiva importante la de las cintas cubanas, premiadas varias de ellas en Bilbao anteriormente, formada por HISTORIA DE UN BALLETO; CICLON, NOW y L. B. J., de Santiago Álvarez, DEL ESCAMBRAY... EL CAMPESINO, NUESTRA OLIMPIADA EN LA HABANA y EL RING y VAQUEROS DEL CAUTO, de Oscar L. Valdés. Esta nutrida representación iberoamericana se cerraba con el filme de Korporaal, II FESTIVAL CERVANTINO, documental sobre las conmemoraciones hispano-mejicanas de Guanajuato.

España estuvo presente con una docena de cortos, documentales y dibujos de animación. LOLA, PAZ Y YO, de Miguel Ángel Díez fue justamente premiada por su ágil y veraz versión de la juventud actual, destacando asimismo LA PORTA, de Baca-Garriga, JOHANNESBURG, de Cavia y BIOTOP, de Mirá Franco; completando la serie HUERTO CERRADO, de Rodríguez Sanz, TA-TA BOOM BOOM, de Moliné, CRONICAS DE RONDIBILLIS, debut del crítico Guarnier y SIN IMPORTANCIA, de Bauluz. EL RAYO QUE NO CESA, sobre la poesía de Miguel Hernández, EL HUMO QUE MANTIENE LAS CASAS, interesante estudio sobre el «habitat» y un estudio sobre la OBRA DE ANDRE NAGEL, junto con el dibujo BLANC & NEGRE de los ya citados Baca-Garriga cierran la lista de obras españolas, dejando para el final el espléndido filme de animación INCUBO ROSA, de Esparbe-Torras que obtendría el segundo premio del Certamen.

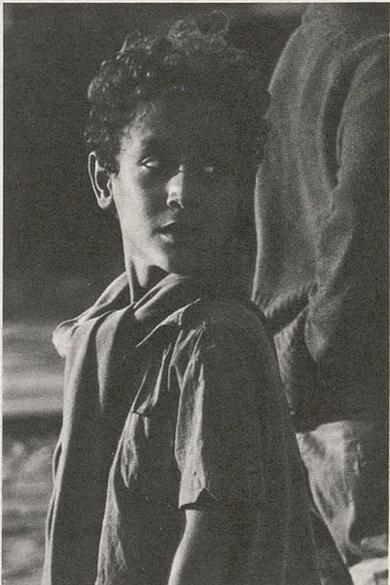
LOS CICLOS DE LA VIDA

Sísifo, empujando con sobrehumano esfuerzo la enorme piedra que volverá a caer (SISYPHUS, del húngaro Jankovics) e Icaro (ICARUS, del canadiense Bochner) remontando su vuelo de alas de cera hasta el Sol que las fundirá, simbolizan el tejer y destejer de este Festival de Bilbao, enorme esfuerzo del equipo Angel Delclaux-Roberto Negro,





La película más original: «Un pied boy», del belga Marc Levie.



Fotograma del material presentado por el Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro. El Museo conquistó la Carabela de Praia del Instituto de Cultura Hispánica, por su aportación global al certamen.



«Lola, Paz y Yo», del español Miguel Angel Díez.



«Incubo rosa», el filme de animación de los españoles Miguel Esparbé y Pedro Torras obtuvo el segundo premio.

cuyo ciclo anual se inicia inmediatamente después de la culminación de cada Certamen. El largo cenar de filmes concurrentes trazan otra vez «la panorámica del momento en que vivimos, la comprensión entre los hombres mediante la fuerza expresiva del cine» como quiere la convocatoria. Y esta reiteración de ciclos la exponían los músicos de Los Angeles en THE BOLERO, de Miller-Fertik, se reflejaba en el paso de las cuatro estaciones de ES WAR, ALS HATT'DER HIMMEL DIE ERDE STILL GEKUSST, de Bern Upnmoor, ante una naturaleza indiferente en el tránsito de la vida a la muerte (PASSARELLA, del heleno Bikas Lazare) o se remansaba en el canchilón de molinero que repasa la monotonía de la existencia (BEFRIEUNG DER HAUPTPERSON, de Sajtinac). El suizo Urs Graf con EINE LINIE IST EINE LINIE y el germano Schramm con EIN LEBEN, insisten en la misma metáfora de la vida reiterativa, mientras el estadounidense Mouris con su FRANK FILM, riza el rizo autobiográfico y el belga Michel Jakar sueña a través de los prodigiosos dibujos para tebeos de O SIDARTA, una infantil evasión de sorpresas artísticas.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

Como el gran ilustrador infantil Jakar, los niños también sueñan con el futuro a través de sus dibujos (GOMBNYOMASRA, de Macskassy) o impulsan a los mayores a construir juguetes de papel (ARTE DEL PUEBLO, de Oscar Valdés). El alemán Egon Haase denuncia cómo los automóviles roban el espacio de los juegos a los niños (SPIELT SCHON) o recoge la sobrecogedora anécdota del menor que presencia un entierro y lo imita en sus recreaciones (DAS ERLEBNIS). Y, en una paradoja digna de Chesterton, mientras el yugoslavo Nikolic nos relata el aborto tremendista de una campesina (BAUK), el checo Dekanovsky filma en GENEZE A KATASTROFA el feliz alumbramiento de una señora llamada Hitler, cuyo hijo recién nacido recibirá el nombre de Adolf.

EL UNIVERSO DE LOS HOMBRES

Estos niños que saltan a la adolescencia se ven constreñidos a un universo organizado por los hombres que los convertirá en números de su maquinaria (JOVENES INSTRUIDOS EN EL CAMPO, de la China Popular). Los dirigentes imponen a los demás normas de felicidad que pueden causar catástrofes (JOCSELEKEDETEC, de Bela Vajda). Si individuos escogidos inventan y construyen para los demás, grandes masas amorfas reclaman la igualdad de la destrucción (PRAVAC, del servio Jovanovic). Estos documentales y cortos de Bilbao no muestran ejemplos variados de hombres-hormigas que conforman la galaxia terrícola: el mutante a través de acciones decisivas (WITSTRIP, del holandés Adri Boon), el señor importante rociado en la calle y cuyo enojo provoca efectos insospechados (AD TOVABB..., de Jankovics), el combate de boxeo donde la habilidad suplente la fuerza (BLACK POWER, del alemán Sajtinac), la fiebre de entrenamientos caprichosos para lograr metas inesperadas (MODERNE TRAININGMETHODEN, del magyar Ternovsky); en fin, esa deliciosa historieta de KASAR, el forzador de cajas de caudales que al cabo de los años conversa con el policía que le detuvo y que se sorprende de encontrarlo convertido en vigilante de la fábrica de porcelanas de la cinematográfica ciudad de Karlovy-Vary.

EL TEMA DEL AMOR

El yugoslavo Bourek traza en MACKA una satírica fábula del amor: el poeta se enamora de su gato transformado en mujer bellísima cuyos caprichos le arruinan e impulsan a robar hasta que la presencia de un ratón le revela la identidad de su amada. Por su parte Edgardo Díaz en MECHANICKA POEMA simboliza en el proceso ininterrumpido de la maquinaria avícola, la solución al viejo problema de la gallina y el huevo, ayuno de toda intervención humana. UN PIED BOY, del belga Marc Levie cuenta verosímelmente el proceso amoroso en que una muchacha es seducida por un pie, narrado en imágenes reales y no con dibujos animados como era de esperar; sin duda el filme más original del Certamen. En cuanto a GÖTTERDAMMERUNG, de Bastian Clevé es un estudio de sobreimpresiones en un cuerpo femenino agitado por un ritmo incesante. También baila el espectador que acaba de ver «El último tango en París» en TANGO, del helvético Peter Haas, mientras el yugoslavo Grgic en VELITE SE A NE RATUJTE describe las vicisitudes de un triángulo insólito. Cantan los campesinos serbios LEPO JE ZIVETI NA DEZELI («Qué bonita es la vida del campo») a las muchachas dálmatas del filme de Jozse Bevc,

para que éstas acudan a su pueblo sin mujeres; hay realismo mágico en LIEFDE OP STERK WATER del holandés Tom Tholen, extraña balada del anciano que cree prolongar lo efímero del amor, manteniendo a parejas de jóvenes y formando en su castillo un estremecedor «museo de novios», sustitutorio de figuras de cera. Y cerraba este capítulo el ensayo de Celestino Coronado LINDSAY KEMP CIRCUS sobre el mimo británico descendiente de uno de los camaradas de Shakespeare y sus aberrantes comparsas en esta sórdida y antinatural compañía de «travesti».

LA COMUNICACION

JERZY WINNICKI, el protagonista de la cinta de Fons Grasveld, conduce su autobús por las calles de Varsovia, explorando la incomunicación de los seres de ésta, de cualquier otra ciudad: de la NAPOLI, de Teichertoff, arruinada por la especulación, los motores y la pobreza; de la GOTHAM CITY 1974, de Salvador Rosillo, reducción al absurdo de la isla de Manhattan. En vano los músicos callejeros de STREETMUSIQUE, de Ryan Larkin tratan de humanizar estos laberintos de cemento y chatarra por los que deambulan los homúnculos o los ANIMALS IN MOTION del suizo Ofmar y que cuando cesa el trabajo se refugian en cafés (BISTROT, de Meynet-Huppert), contemplándose, mudos y abstractos, como autómatas que cargan sus pilas para continuar su ineficaz movimiento. A veces surgirá la rebelión esporádica (NIC ORIGINAL-NEGO, del polaco Wykporowski), se intentará la relación con el próximo, no sin dificultades (FIVE PROBLEMS IN COMMUNICATION, del británico Duffy), y cuando aparece el redentor, el poeta que habla con colores, que transforma las burbujas-palabras en objetos artísticos, sus mensajes son absorbidos por los poderes que explotan el sistema (TO SPEAK OR NO TO SPEAK, de Servais). Afuera... ES GIBT EINE FARBE, DIE HEIST GRUN, como denuncia el germano Labudda ante la sublevación de los residuos, la contaminación de las tierras; el condenado es sujeto por el verdugo, sólo le queda hacer rogativas hasta que empiece a llover (MOLITVA, del yugoslavo Gvozdenovic).

LA BATALLA

En THE BATTLE, el británico Derek Phillips compara las contiendas bélicas con las que agitan el interior de los seres; quienes regresan de la guerra hallan todos los puestos ocupados (A FIGHTING CHANCE, del yanqui Larry C. White) y sonríen satíricamente al ver los grandes artilugios aéreos de los festivales de paz (THE DISPLAY, de John Edwards) o empleados en misiones humanitarias (E.M.M.I.R.). En caricatura de hombres, animales simbólicos ocupan su puesto en los laboratorios o en la propia naturaleza, desde las serpientes exterminadas de UMNO SSELO, del búlgaro Doniev, a la paloma martirizada de TORTURE del alemán Dieter Reick; del pájaro cimbel de ZAMKA, previsto por el yugoslavo Ilic, a los MIDNIGHT PARASITES del japonés Yoji Kuri; en tanto los mosquitos de SELF SERVICE del famoso dibujante italiano Bruno Bozzetto adquieren en el supermercado de la sangre humana alimento junto con los defectos de sus despenseros. Algunos sienten añoranza de perdidas batallas (LA NOSTALGIA DEL DINOSAURIO, de Pietrangeli), otros saludan alborozadamente el triunfo de la libertad inmediata, la incertidumbre del futuro (PORTOGALLO: NASCITA DELLA LIBERTA, de Luigi Perelli).

FINAL DE PARTIDA

COU COU, C'EST MOI!, grita la muchacha proustiana protagonista del corto belga de Levie, relejendo su moderno diario filmado en videocassette y, retornando a los ciclos de la vida que han sido el leit-motiv de los filmes de Bilbao-XVI, teme acaso los lavados de cerebro del neerlandés Biljsma (BRAINWASH), de ciudades destruidas y fantasmagóricas (GHOST TOWN, del estadounidense Alfred Higgins).

Dos breves filmes religiosos cierran este desfile de imágenes documentales, testimoniales del mundo de hoy: ELI, ELI, LAMMA SABACHTANI?, del canadiense André-Marcel Bagnon, parábola sin palabras donde las gentes abandonan la ciudad para ascender en vía-crucis a la montaña, vigiladas por el escorzo patético de Cristos esculpidos, mientras resuenan las notas del Dies Irae. Y COIFFEUR, de Michael Verhoeven, en que se cumple la promesa del Cristo resucitado, descolgado de la Cruz por almas compasivas que le devuelven al universo de nuestros días donde nadie parece reconocerlo.

MANUEL ORGAZ





EL MUSEO DEL PINTOR JULIO ROMERO DE TORRES EN CORDOBA

EL centenario del nacimiento del pintor Julio Romero de Torres acaba de solemnizarse en Córdoba con varios actos de alto valor cultural. Con este motivo el museo que tiene la obra del mismo en su ciudad ha sido visitado estos días por numerosas personas que al admirarlas una vez más le han rendido homenaje.

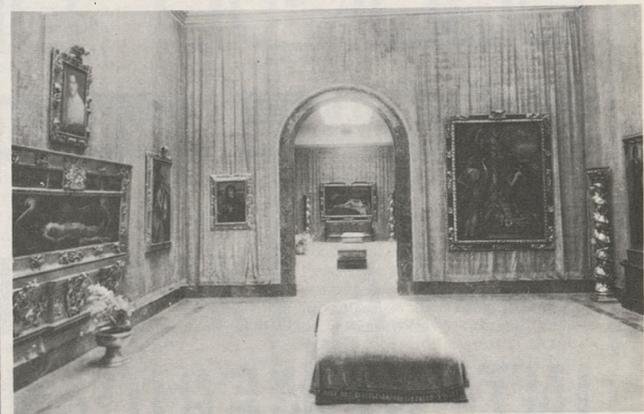
Este museo se fundó por disposición de la familia del artista en 1932 con una extensa colección de obras que dicho pintor donó a su muerte a su ciudad natal. Está instalado en la casa donde viviera y creara muchas de ellas dicho pintor y que es una parte del edificio que ayer fuera Hospital de Nobles de la ciudad, fundado por los Reyes Católicos y radicado en la plaza del Potro, ese bellissimo lugar del urbanismo cordobés.

Después, esta fundación que nació modesta e íntima, en virtud del éxito con que fue acogida, aconsejó la ampliación de sus salas lo que se realizó siendo inauguradas en mayo de 1936. Alma de esta gran obra fue don Enrique Romero de Torres, el hermano del pintor, al que tanto debe el arte y la cultura de la ciudad.

La primera sala del museo es una pieza rectangular de proporciones reducidas que comienza por disponer muy bien nuestro ánimo para ver la obra de Julio Romero de Torres



Junto al pintor, en su estudio de Madrid, dos de sus cuadros más conocidos: arriba, «Angeles y Fuensanta», y debajo, «Nuestra Señora de Andalucía». En el centro de las páginas, la Plaza del Potro y el Museo de Bellas Artes de Córdoba, y a su derecha, de arriba a abajo, vistas del museo de Julio Romero de Torres en su ciudad natal.



EL MUSEO DEL PINTOR JULIO ROMERO DE TORRES EN CORDOBA

que figura en ella. Muebles severos y ricos alternan con cerámicas, cordobanes y tallas pertenecientes al pintor donados también a la fundación.

Es necesario antes de visitar las otras salas atender a la incitación que ésta nos hace; es decir, disponer nuestro ánimo para no dejar escapar ninguna de las gratas impresiones que nos aguardan. Esta sala se nos abre con su cuadro «Ofrenda al toreo», obra pintada en 1921, que representa un desnudo de mujer con traza de Venus en donde el mármol estatuario se hace terciopelo humano en el cuerpo de una mocita cordobesa; ésta tiene por misión exaltar tres épocas cumbres del toreo: la de Lagartijo, Guerrita y Belmonte.

A continuación son una serie de retratos de carácter de mujer cordobesa la que se nos muestra. Estos se titulan «Marta», «María de la O», «Eva», «Carmen» y «Angeles y Fuensanta» que Romero de Torres pintó con un colorido un tanto lúgubre muy rico en sugerencias que le sirve también para auscultar mejor la hondura del sentir de la mujer de su pueblo. Modelo de las cuales son las que titula «Sibila de la Alpujarra», «Niña de la rosa» y «Mujer de Córdoba».

Antología de este sentir son también sus cuadros titulados «La Ribera», «Diana», «Naranjas y limones», «Salud», «Angela y María»,

figuras que se agrupan en su composición «La copla» donde el pintor glosa la filosofía y el intimismo del alma andaluza.

El interés que como orientación general de la obra de Julio Romero de Torres tiene la sala primera de su museo en Córdoba se encuentra superado por el de la llamada sala íntima del mismo. Manos familiares, unidas del más alto amor, reunieron en ella objetos y prendas que nos traen la más viva presencia del pintor. En esta sala hay también una vitrina relicario que guarda un vaciado de la mano derecha del pintor tal y como quedó cuando fue helada por la muerte. En ella figuran las medallas con que fueron galardonadas su obra, entre las que destaca la de oro, que se le otorgó en la Nacional de Bellas Artes del 1908 por su cuadro «Musa gitana» que también podemos ver.

En esta sala y haciendo honor a su intimidad se guarda acaso lo más interesante de la obra del pintor; esto es, las obras que nos ponen en antecedentes de su proceso creador. Nada más expresivo de esto que los dibujos y bocetos que en ella figuran; desde el de su primer cuadro «Mira qué bonita era» hasta del último que pintó.

Contigua a la misma está la segunda del Museo presidida por «El poema de Córdoba», retablo que glosa la cultura artística y espiri-

tual del pueblo cordobés. «La Virgen de los Faroles» es otra obra que representa la nueva aportación a la pintura de tema religioso de la región. A la misma concepción pertenece «El Arcángel San Rafael», cuadro que el pintor destinó al culto del custodio de la ciudad. En «La mística» su pincel hace una ofrenda a la religiosidad de la mujer cordobesa. Su otro cuadro «La Samaritana» pertenece a esa pintura que tiene en la Biblia la fuente de su inspiración y como retablo barroco impresiona «La muerte de Santa Inés». En «La Magdalena» que figura también en ella, Romero de Torres nos muestra cómo supo conjugar en sus lienzos lo religioso y lo profano.

Estudio de análoga profundidad psicológica, si bien en otro orden de cosas, es su cuadro «Contrariedad». Representa a una mujer con el torso medio desnudo que muestra la que le produce la pérdida de un cofre con joyas que se ve en un espejo. Pintura, al fin, que nos dice cómo el pincel de Julio Romero de Torres cala con frecuencia en lo más profundo del sentir de las personas.

A continuación en la sala IV figuran obras que recogen valores complementarios para una antología de la misma. En primer término destaca su cuadro «Camino de boda», composición que destaca una belleza aldeana, mujer de opulentas formas que ofrenda una fuente

de frutas a aquellas personas que la acompañan a su ceremonia nupcial. Junto a ella figura «Nocturno», escena de los barrios bajos madrileños.

En su cuadro «Flor de santidad» el pintor vuelve a sentirse intimista. Su figura de mujer es la que pintara un primitivo que viviera en los días presentes. Las imágenes múltiples que tienen las manifestaciones religiosas en la mujer de nuestro pueblo tiene en esta obra una aportación más.

«Nuestra Señora de Andalucía», otra de las primeras composiciones que figuran en esta sala y que pertenece a la primera época del pintor nos recuerda cómo allá en 1907 concebía su arte Julio Romero de Torres. Este cuadro es igual a un retablo con escenas de la vida popular cordobesa en el que el pintor hace converger todos los elementos que constituyen la misma. Está representada por una bella mujer del pueblo a la que rodean varias personas representantes del mismo. Este cuadro, pleno de literatura, es un antecedente de los que había de pintar después.

El «Retrato de Isolina Gallegos», depósito del Museo Nacional de Arte Moderno, está pintado en 1910 y representa a mucha pintura de retrato de primor dieciochesco pero con la innovación más original.

En «Cante hondo» el pintor escenifica el

simbolismo de la copla. Es pintor de estilo un tanto barroco que supera en todo instante el marco de lo museal y entra de lleno en la página de la ilustración. De este cuadro huye toda captación psicológica para convertirse en un fragmento de retablo cuyo culto pertenece al río humano que corre por las calles. Igual significado tiene su cuadro «Las Alegrías».

En cambio en «Angeles y Fuensanta» nos muestra todas las sensibilidades de su pincel. Esta obra cuando la pintó en 1910 confirmó que Julio Romero de Torres era una de las personalidades más valiosas de la pintura española de aquella hora.

«Conchita Triana» es el retrato de una mujer que adorna su casticismo y su femineidad con el alma de artista. Hay en ella el alegre cascabeleo de una vida que deslumbra las candilejas.

Otra gran obra se nos da conocer en esta sala: «El pecado». Esta, como «La Gracia», cuadro este último que enoja un museo neoyorkino —representa una de las obras máximas de Julio Romero de Torres—. Estos valores los revalida en el museo cordobés los cuadros «La niña de la lámpara» y «La niña de la jarra» así como el de «La chiquita piconera». Estos son retratos de unas nenas andaluzas, esas chiquitas buenas que cantan la

copla con las que el pincel del maestro le fue fácil pintar su «Viernes Santo» en el que estas jóvenes fueron los primeros actores.

Cierra esta sala un cuadro de singular valor representativo: «Salomé». Esta lo pinta el artista mostrando la bíblica figura arrodillada ante la cabeza del Bautista. La influencia de Valdés Leal se hace presente en esta obra para representar el gesto que el rostro del decapitado puede tener. Salomé aparece con el torso arqueado; tiene plasticidad estatuaria y se incorpora a la vida en virtud de las calidades con que su cuerpo está pintado. Composición ésta en donde el realismo se sacrifica unas veces para conseguir la concepción creadora más original.

Esta sala, donde se reúnen obras tan importantes del maestro cordobés está presidida por el busto retrato de Romero de Torres, fragmento de su monumento en el paseo de la Victoria, de Córdoba, obra del escultor Juan Cristóbal.

Si muchos lugares pueden ser aptos para celebrar una conmemoración ninguno como el Museo de Julio Romero de Torres en Córdoba puede ser mejor para conmemorar el centenario del nacimiento de dicho pintor.

CECILIO BARBERAN



HOY Y MAÑANA DE LA

HISPANIDAD

ACTUALIDAD • REALIZACIONES • PROYECTOS

LA EXPANSION DEL BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO EN LA «DECLARACION DE MADRID»

EL 17 de diciembre de 1974 marcará un hito excepcional en la historia del desarrollo iberoamericano, y expresamente en la historia del organismo motor de ese desarrollo, que es el Banco Interamericano de Desarrollo, el BID.

Ese día se materializó, en la sede del Banco de España en Madrid, el propósito manifestado desde hacía mucho tiempo por los dirigentes del Banco de expansionar las actividades, las responsabilidades y las orientaciones de este organismo, a fin de que los financiamientos provengan del mayor número posible de fuentes.

Ya en tiempos de Felipe Herrera, el primer presidente del BID, la vinculación con Europa se hizo constante, y obtuvo frutos magníficos. La contribución especial del Vaticano, con un fondo de un millón de dólares a aplicarlos en proyectos colombianos, dio al BID el espaldarazo moral, si le faltaba. El papa Pablo VI, conocedor de la realidad socio-económica de América hispana y celoso de contribuir en la medida de sus fuerzas a la gran batalla por el desarrollo, entendió que el BID era el organismo ideal para imponer ese millón de dólares en proyectos y bajo administración que merecieran confianza total.

Otros países europeos, y no de los más vinculados con Hispanoamérica en muchas ocasiones, acudieron también una y otra vez al llamamiento de Felipe Herrera. Pero acudían para absorber las emisiones de bonos del BID o para crear fondos, como el del Vaticano, específicamente aplicables a determinado país. Esas naciones europeas y el Japón no eran miembros del Banco, sino amigos y creyentes en la marcha del desarrollo iberoamericano. Era preciso pues, en una etapa ulterior, llevar a cuantos habían dado muestras de confianza, a la condición de miembros del Banco, por cuanto esta condición supone frente a la anterior, a la de adquirentes de las emisiones de bonos, un derecho a participar en la política general del BID y por lo tanto en sus decisiones de todo tipo.

Se obtendría con esto, por un lado, hacer

justicia a quienes mostraron interés y fe en la hora difícil, y por otro, consolidar el carácter de organismo «no manipulado» por ninguna potencia económica del Nuevo o del Viejo Mundo. El hecho de que la enorme capacidad inversionista del capital norteamericano hiciese parecer a esta nación como «gran electora» y orientadora suprema del Banco, cosa que no era así, pero las apariencias se prestaban a hacerlo pensar, imponía la necesidad de abrir ante el mundo financiero las cartas, y actuar de modo que el control de las acciones, el derecho a votos vinculados a la aportación, la autoridad para seleccionar proyectos y prioridades, etc., no estuviesen ni por asomo en manos de un país inversor principal.

Contra esa apariencia de sometimiento tácito a la fuerza del capital mayor, aparte de que la necesidad de reunir más recursos debe considerarse también como un incentivo importante, la actual dirigencia del BID, con el licenciado don Antonio Ortiz Mena al frente, ha promovido la expansión del Banco mismo, no ya la sola colocación de bonos. Trece países europeos más el Japón e Israel, vinieron a Madrid el 17 de diciembre para firmar con la «Declaración de Madrid» su conformidad con entrar a participar de manera activa en los destinos del Banco Interamericano de Desarrollo. Francia, Italia, Yugoslavia, Reino Unido, Austria, Bélgica, Suiza, Israel, Japón, Dinamarca, Portugal, Alemania Federal y España, son las trece naciones que gracias a la «Declaración de Madrid», tendrán dentro de poco gobernadores regionales, elegidos por los países mismos, y dispondrán del medio establecido en el BID para la participación «inter pares». Como la aceptación de esta «Declaración de Madrid» implica naturalmente cumplir la obligación que tiene todo país miembro de aportar determinadas cantidades, puede afirmarse ya que 1975 será el año de mayor capacidad de inversión que ha conocido el BID desde su creación. La práctica de aceptar préstamos y fondos con indicación por parte

del donante de señalar el país o el proyecto que desea beneficiar expresamente, garantiza que las políticas bilaterales del presente no tienen por qué ser eliminadas, ya que nacen como es sabido de una reciprocidad que nadie tiene derecho a destruir. Si, por el motivo que sea, España o el Reino Unido, por ejemplo, quieren en un momento dado que sus fondos confiados al BID vayan a proyectos de Uruguay, de Guatemala, etc., esa decisión se respeta. Salvaguardase así la relación bilateral que cada país establece con quien se siente más obligado, y no con toda una masa de naciones. La programación a corto y a largo plazo se hace en el BID por el consenso mayoritario de los países miembros. Estos trece extra-regionales que a partir de ahora se transforman en colegas, dentro del Banco, de las naciones del ámbito americano, no tienen nada que temer en cuanto a una política de capricho, de despilfarro, o de olvido de los compromisos bilaterales.

Así de clara y de práctica es la vinculación ofrecida por el BID a los países fuera de la zona americana. El hecho de que fuera escogida la ciudad de Madrid como sede del trascendental convenio, implica tácitamente el reconocimiento de que la dirigencia del BID, como todos los países iberoamericanos, admiten que no hay para ellos embajador, puente, o amigo más fiel ante Europa, que España. Pertenece a la propia sustancia de la historia iberoamericana el considerar a Madrid como la capital o centro de reunión del orbe hispánico, especialmente cuando se trata de relaciones con Europa y con Africa.

La participación económica de España, iniciada desde hace muchos años y ampliada cuantas veces ha sido posible, se aumenta ahora en 61.596.143 dólares. Esta cifra no tiene nada que ver con los créditos abiertos por España a distintos países americanos, ni con las inversiones de empresas españolas en el Nuevo Mundo.

(Ver el texto íntegro de la «Declaración de Madrid» en la página 8 de esta edición).

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

LA CONMEMORACION DE AYACUCHO

VISITA DEL MINISTRO DE RELACIONES
EXTERIORES DE URUGUAY

VISION ACTUAL DEL INSTITUTO
DE CULTURA HISPANICA

JULIAN MARIAS Y LA EMOCION
AMERICANA

NACIMIENTO DE LA PATRIA
COLOMBIANA

AMISTAD ENTRE EL SALVADOR
Y HONDURAS

UN NUEVO LIBRO DE JORGE GUILLEN

AYACUCHO: ¿PUNTO Y APARTE
O PUNTO FINAL?

LA CONMEMORACION DE AYACUCHO

EL 10 del pasado diciembre se reunieron en la ciudad de Ayacucho, Perú, los presidentes de Perú, Bolivia y Venezuela, con las representaciones a nivel ministerial de Chile, Ecuador, Argentina, Colombia y Panamá, que estuvo representada por el general Torrijos, a fin de firmar una Declaración que fue anunciada como un acta de la emancipación económica del Continente.

La Declaración de Ayacucho incluye manifestaciones contra las multinacionales; y ratifica los postulados, aprobados ya por la OEA en reiteradas ocasiones, sobre pluralidad ideológica, no intervención, prohibición de armas nucleares, y autodeterminación de los pueblos. Se ha considerado como digno de subrayarse el hecho de que por primera vez los representantes de Bolivia y Chile firman conjuntamente un documento en el cual se menciona la mediterraneidad de Bolivia. Esta mención, con la que se refiere a situaciones colonialistas en Iberoamérica, representan lo positivo de la Declaración.

En Madrid fue conmemorado el Sesquicentenario con una sesión en el Instituto de Cultura Hispánica. En la mañana de ese



La Exposición de libros y documentos

día, los señores embajadores de los países bolivarianos y sanmartinianos colocaron sendas ofrendas en los monumentos de San Martín y de Bolívar en esta capital. Por la tarde, se efectuó la sesión a que nos referimos, previa a la cual quedó inaugurada en el propio Instituto una exposición de documentos y libros referentes a la fecha y a sus protagonistas. El centro de la sesión consistió en una conferencia del historiador venezolano, hermano Nectario María, quien desarrolló una minuciosa reconstrucción de los pormenores de la batalla.

UN EDITORIAL DE LA NACION DE BUENOS AIRES

El día mismo de la conmemoración publicaba el diario *La Nación* de Buenos Aires un editorial ponderado y dentro de la corrección y respeto a todos por parte de todos que debe presidir el tratamiento de estos hechos históricos a ciento cincuenta años de distancia. Como se recordará, en nuestro número anterior dedicamos el editorial de esta revista a la celebración, y estamos seguros de haberlo hecho también con el más sincero espíritu de amistad y de respeto hacia las naciones y hacia las personalidades militares y políticas de aquella histórica jornada.

He aquí el texto del editorial de *La Nación* de Buenos Aires, titulado «Trascendencia de Ayacucho»:

«Hoy celebra América el sesquicentenario de la batalla de Ayacucho. Ella aseguró prácticamente el triunfo de las fuerzas libertadoras, pues las luchas posteriores, en El Callao y Chiloé, son episodios aislados que no restan a aquélla la gloria de haber culminado la emancipación de América Meridional. Así, pudo decir en aquel tiempo un ministro inglés —a quien recordó hasta fecha muy cercana una calle de nuestra metrópoli—: «La batalla está ganada. El clavo está remachado. La América española es libre». Y sería injusto olvidar el memorable combate de Junín, donde Necochea se cubrió de heridas y de gloria, preparatorio del triunfo completo logrado en la pampa de Ayacucho. Allí convergieron las dos corrientes libertadoras, en su doble dirección, de Sur a Norte y de Norte a Sur. La primera la dirige y la inspira el general San Martín, quien después de cruzar los Andes libera a Chile, vence en el Pacífico, domina en Perú y de allí siguen hasta Quito, donde se ensambla con el gran movimiento liberador del norte de la América Meridional, acudido por Bolívar, que atravesó los Andes ecuatorianos y triunfó en Boyacá y Carabobo.

Los últimos restos del Ejército de los Andes y un grupo excepcional de oficiales, mantienen presente en Ayacucho el espíritu de San Martín. De ahí que se haya escrito: «La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término, como vínculo de unión entre los vencedores de Chacabuco y Maipú, de Boyacá y Carabobo».

El fasto que hoy celebran los pueblos bolivarianos y sanmartinianos marcó, hace ciento cincuenta años, la última hora de la dominación política y militar de España y merecería denominarse el Día de la Independencia de Sudamérica, como homenaje a la suma de esfuerzos de los países que se emanciparon. Pero es más: señala el comienzo de la azarosa vida independiente de la totalidad de los países de la región y coincide con un nuevo intento de Bo-



Hermano Nectario María,
conferenciante

lívar de materializar la unidad de la América del Sur, a través de una Confederación que ya había tenido un principio en los tratados celebrados con Perú y Chile, al estipularse la reunión de una Asamblea General de los Estados Americanos. El 7 de diciembre de 1824, Bolívar enviaba circulares a los países americanos invitándolos a un Congreso General en Panamá. La política argentina, en cambio, apuntaba

más hacia lo particular, reconociendo las circunstancias geográficas, étnicas, económicas y sociales que configuran las nacionalidades.

Señala Mitre que la Argentina, entonces, cedió sus derechos históricos y reconoció la independencia del Alto Perú, guardando fidelidad a sus principios, pero a la vez recuerda de Bolívar que «el principio tradicional de su política, respecto de tan diversas secciones americanas, se funda en la regla de no hacer entrar a ningún territorio por la fuerza en la Asociación nacional, ni intervenir en el orden interno». La doctrina argentina triunfó primero, al dividirse políticamente los países americanos, descartando vínculos formales y atendiendo a la geografía y a las condiciones reales. A la vez, la idea bolivariana se concreta en la medida en que se va consolidando el sistema interamericano y que la mejora de las comunicaciones acortó distancias y se acerca la integración latinoamericana, dentro del marco jurídico de los principios rectamente aplicados. De tal modo, el respeto a la no intervención —ya sea política, económica o subversiva— debe alcanzar a todos por igual, ya que es inconducente escandalizarse por la que practican unos y pretender ignorar la que realizan otros. Quizá sea éste el mandato de los vencedores de Ayacucho: la unidad americana, a través del respeto de un común orden jurídico y la emancipación cabal de toda sujeción extraña a los intereses nacionales.»

LA CELEBRACION VISTA POR «LA PRENSA» DE BUENOS AIRES

Por su parte el otro gran diario argentino *La Prensa*, dedicó también un editorial al Sesquicentenario. El título fue: «Dificultades en la cita de Lima», y decía: «Decididamente, todo parecía indicar que el programa de actos confeccionado por el gobierno militar de Lima, destinado a conmemorar el 150 aniversario de la batalla de Ayacucho, no alcanzaría ni el brillo ni la trascendencia que se le habían asignado en un primer momento. Imprevistas y sucesivas noticias relativas a la ausencia de los primeros mandatarios de varios países que habían comprometido su asistencia terminaron por reducir a tres el número de esa categoría de visitantes en los actos de la capital peruana.

Con la ausencia de Colombia, Chile, Ecuador y la Argentina, quedaron reducidos a cuatro los ocho países bolivarianos y sanmartinianos con los cuales se contaba para dar a la celebración el alcance previsto por el régimen peruano, esto es, convertir los fastos de Ayacucho en un ejemplo de «pluralismo ideológico» latinoamericano, meta o propósito en la cual la cancillería limeña ha venido empeñando desde hace tiempo sus mayores esfuerzos. El presidente colombiano no asistió, reclamado en Bogotá por asuntos internos, al igual que la presidente de nuestro país; Ecuador invocó la existencia de cuestiones limítrofes pendientes con el Perú y en cuanto a Chile, el jefe de su gobierno resolvió no concurrir a Lima al serle notificada la presencia simultánea en esa ciudad del canciller cubano, invitado a última hora por su colega del Perú.

La nota del gobierno chileno, dando a conocer esa decisión, señaló que la presencia de un representante del régimen comunista cubano en los festejos de Ayacucho «no se ajusta a las seguridades dadas por el gobierno peruano» y «modifica sustancialmente el cuadro en que se programó la visita». Por lo demás, dijo el gobierno chileno, «no hay relación directa entre Cuba y la conmemoración de Ayacucho», añadiendo que «en las conversaciones preliminares siempre se entendió que la presencia cubana sería evitada».

Acaso sea este episodio el más significativo de todos los que han influido para que, en última instancia, la celebración del 150 aniversario de la batalla de Ayacucho se redujera a un suceso menor de la diplomacia latinoamericana. La intrusión de Cuba, dispuesta a último momento, autorizaba a sospechar que su presencia sería utilizada para dar a los actos un cariz político-ideológico que difícilmente podría conciliarse con la esencia misma del fasto celebrado. Ayacucho evoca la decisión libremente manifestada por los pueblos de América de labrarse por sí mismos su noble destino. Este presupuesto fundamental de la vida republicana tenía que estar ausente ayer en el Perú.

Por lo demás, las últimas noticias provenientes de Lima, indicaban que la situación interna no es la más propicia para regocijos de ese género. Desde las extremas medidas de seguridad adoptadas por las autoridades peruanas hasta la deportación de periodistas, pasando por la detención de diez prominentes abogados del foro local, acusados de «atentar contra los altos intereses de la República» por haber planteado la nulidad de un contrato petrolero, no podrían haber creado un ambiente de genuina satisfacción pública, por lo mismo que el recuerdo de Ayacucho simboliza el alborozo de la libertad conquistada hace un siglo y medio.»

EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DEL URUGUAY EN ESPAÑA

ENTRE el 26 y el 29 de noviembre efectuó una visita oficial a España, por invitación de su colega don Pedro Cortina Mauri, el señor ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay, don Juan Carlos Blanco. La estancia del jefe de la cancillería uruguaya estuvo llena de actividades, destacándose muy especialmente su detenida visita al Instituto Nacional de Industria, y el agasajo que le ofreciera S. A. R. el Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, don Alfonso de Borbón.

Al término de la visita, la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores de España dio a la publicidad el texto del siguiente comunicado conjunto:

«Aceptando la invitación del ministro de Asuntos Exteriores, don Pedro Cortina Mauri, y en calidad de huésped oficial del Gobierno español, el ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay, doctor don Juan Carlos Blanco, ha permanecido en Madrid del 26 al 29 de noviembre de 1974.

El ministro uruguayo fue recibido en audiencia por S. E. el Jefe del Estado y por S. A. R. el Príncipe de España. Visitó asimismo al presidente del Gobierno y mantuvo también conversaciones oficiales con los ministros de Educación y Ciencia, Industria,



Don Juan Carlos Blanco

Comercio e Información y Turismo: siendo característica común de esas visitas el compartido propósito de reafirmar los tradicionales y estrechos vínculos existentes entre España y Uruguay, así como el deseo de incrementar las relaciones culturales, económicas, comerciales y de cooperación.

Paralelamente, se celebraron reuniones de trabajo en el palacio de Santa Cruz entre ambos ministros, sus respectivos colaboradores y otras autoridades españolas. En ellas, se pasó revista a distintos temas económicos de interés recíproco para el desarrollo e incremento del intercambio comercial entre ambos países.

Por otra parte, los ministros, movidos por su deseo de aumentar al máximo la cooperación y la mutua asistencia técnica, procedieron a la firma del Convenio Básico de Cooperación Científica y Tecnológica, que servirá para poner en práctica la mejor disposición de colaboración entre ambos países, de la que han dado cumplido testimonio los ministros español y uruguayo.

Se coincidió también en la conveniencia mutua de establecer otros lazos de cooperación en el campo cultural y social.

Se analizaron igualmente los diversos aspectos de la política internacional en los órdenes que comprometen los intereses de ambos países; resaltándose la conveniencia de aunar esfuerzos para fortalecer el orden jurídico internacional y el cumplimiento de las resoluciones de la Organización de las Naciones Unidas.

Ambos ministros coincidieron asimismo en que esta visita del ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay a España abre una nueva etapa de fecundas posibilidades en las relaciones entre ambos países, a través del desarrollo permanente y cada vez más intenso de una acción cooperativa puesta al servicio de objetivos comunes.

La estancia del ministro uruguayo se desenvolvió en un clima de máxima cordialidad y comprensión mutuas, que se corresponde con los lazos de tradicional amistad existentes entre ambos pueblos, y en el curso de la misma el ministro de Asuntos Exteriores, don Pedro Cortina Mauri, impuso a su colega uruguayo la condecoración de Isabel la Católica en el grado de Gran Cruz.

VISION ACTUAL DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

CON motivo de la visita del presidente del Instituto de Cultura Hispánica a Barcelona, el año pasado, para asistir, entre otros actos, a la reunión de la Junta del Instituto Catalán de Cultura Hispánica, el diario *La Vanguardia* envió a uno de sus redactores, el señor Jorge Domech, para entrevistar a S.A.R. sobre temas diversos. El texto íntegro de esa entrevista, tal como lo publicó *La Vanguardia* fue el siguiente:

—Ultimamente la prensa se ha hecho eco del preocupante fenómeno de la influencia cultural anglosajona, que se manifiesta, por ejemplo, en el uso de muchas palabras inglesas, adopción de modas por parte de la juventud, etc. ¿Considera usted que el Instituto de Cultura Hispánica, fundado en otras circunstancias históricas, está en condiciones de superar esta situación?

—La influencia a que usted se refiere y el uso de palabras y giros no es fácil de ser superado, dada la enorme influencia de los medios de comunicación que hacen populares estos malos usos y de difícil desarraigo. La Real Academia de la Lengua ha realizado una constante labor en defensa de la lengua castellana, y lo mismo las academias correspondientes de los países hispanoamericanos. En este sentido, sí puede decirse que el Instituto, a través de sus publicaciones y actividad cultural en general, especialmente a través de la Oficina Internacional de Información y Observación del Español coadyuva a esta importante labor.

NARRATIVA HISPANOAMERICANA

En la actualidad se han cambiado los papeles entre España e Iberoamérica, siendo los escritores sudamericanos muy populares tanto en España como en Europa, mientras que son menos los escritores españoles traducidos a lenguas extranjeras. ¿A qué causas atribuye esta situación?

—Efectivamente, tiene usted razón, la narrativa y la poesía hispanoamericanas han adquirido justa fama, no sólo en España sino en el mundo. Ha coincidido no sólo el que se haya reconocido en Europa el valor de una serie de escritores hispanoamericanos que ya tenían un alto renombre, y justa fama como Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, que al recibir el Nobel, han recibido una importante y justa propaganda, sino también el hecho de una joven generación que se ha impuesto en estos últimos años por su ágil narrativa, la peculiaridad e impacto social de los temas, etc., ya algo numerosas que efectivamente significa un gran plantel en las letras hispánicas. En efecto, como usted dice, si se revisa el índice de traducciones de la Unesco no parecen numerosos los escritores españoles traducidos a otras lenguas. Podrían encontrarse muchísimas razones. Para mí es importante el que en la cultura influyen factores de muy diversa índole, y el económico es uno de los más importantes. Una obra mediocre puede ser traducida a muchas lenguas si ha sido presentada con impacto, lo que se

llaman relaciones públicas, a través de revistas, películas, etc., y ser traducidas a muchos idiomas sin tener verdadero mérito. No creo que la traducción signifique hoy un peso y medida real sobre el valor intrínseco de una obra cultural. En el campo de la pintura, para ser conocido mundialmente es preciso tener un buen «marchand» en París o Nueva York. Lo mismo sucede, estimo en el campo de la literatura, y si me permite una comparación en términos turísticos, mientras no podamos disponer de nuestros propios «tour operators» no logremos salvar la cota de las traducciones y de las grandes ediciones de las firmas internacionales. Pero ello no quiere decir, en mi opinión, que no haya valores importantes entre los escritores españoles.

—¿Se preocupa el Instituto de dar a conocer las creaciones culturales españolas en los países hispanoamericanos? ¿De qué manera?

—A lo largo de los cerca de treinta años desde su fundación, el Instituto de Cultura Hispánica no ha dejado de prestar atención para dar a conocer las creaciones españolas en los países hispanoamericanos. En este período, más de 1.700 escritores, artistas y científicos españoles han visitado Iberoamérica ayudados y orientados por nuestra institución. De forma paralela, 3.657 intelectuales iberoamericanos, a lo largo de esos treinta años, han visitado España en programas de estancia individual organizados por el Instituto. En el ámbito concreto de los escritores, permítame que le cite el ciclo titulado «La literatura hispanoamericana comentada por sus creadores», que a lo largo de los dos últimos años ha hecho posible que pasaran por la tribuna del Instituto, y de numerosas provincias españolas, insignes escritores como Jorge Luis Borges,



El Presidente del Instituto

Agustín Yáñez, Juan Carlos Onetti, Luis Alberto Sánchez, Pablo Antonio Cuadra y ahora pretendemos programar para el próximo curso la presencia en Iberoamérica de escritores españoles en un ciclo similar titulado «La literatura española comentada por sus creadores», que se desarrollará en diversas capitales iberoamericanas.

—¿Opina que es necesario establecer nuevas bases en las relaciones culturales entre España y los países hispanoamericanos? ¿Cuáles serían a su parecer las más importantes?

—Las bases culturales de las relaciones entre España e Iberoamérica son antiguas y bien enraizadas. Nuestra política cultural necesita en todo momento de una puesta a punto para situarla a la

altura de cada tiempo, y en este sentido opino que el Instituto debe esforzarse por remozar y hacer más ágiles y eficaces esas líneas de una política común iberoamericana que pueda promocionar y darnos a conocer mejor, no sólo los valores culturales hispánicos de ambos lados del Atlántico, sino promocionar y difundir el valor de esta cultura hispánica entre la cultura occidental.

DEFICIENTES INSTALACIONES

—¿Qué tareas desarrolla el Instituto de Cultura Hispánica en Hispanoamérica?

—Sería difícil reseñarlas aquí todas, aunque fuera brevemente. El Instituto, a través de sus distintos departamentos, despliega su acción en muchos campos. A través de su Departamento de Asistencia Universitaria atiende a estudiantes hispanoamericanos que realizan sus estudios en España; en el Colegio Mayor Guadalupe les ofrece una residencia adecuada; a través de nuestro Departamento de Becas se les ofrecen múltiples asistencias; la Biblioteca Hispánica —la más especializada y la más completa de Europa sobre temas hispánicos— es ampliamente consultada, a pesar de sus deficientes instalaciones que esperan desde hace ya mucho tiempo que la Administración nos dé luz verde para construir las nuevas, para lo cual tenemos hasta los fondos necesarios, y en otros campos, a través de otros departamentos, el Instituto fomenta exposiciones a ambos lados del Atlántico, premios literarios, mantiene dos revistas, «Mundo Hispánico» y «Cuadernos Hispanoamericanos». A través de su Departamento de Documentación ofrece una completa documentación sobre hechos en Iberoamérica, etc., etc. Además, el Instituto tiene 44 instituciones culturales adheridas en Hispanoamérica, a través de las cuales realiza una importante promoción de la cultura española. También participa en programas de cooperación económica, técnica, etc.

—¿Pretende introducir alguna reforma en el Instituto?

—Como la carabela que ostenta su escudo, más que reformas puede hablarse de nuevas singladuras. El Instituto se encuentra ahora en una etapa, efectivamente, de reestructuración para mejor servir al momento de desarrollo, en todos los órdenes, en que se encuentran Iberoamérica y España.

—¿Cuenta el Instituto con suficientes medios para su acción?

—Desgraciadamente, no. Como le decía hace un momento, el factor económico tiene hoy una importancia inmensa sobre el cultural. Los medios económicos de que puede disponer el Instituto son a todas luces insuficientes para la obra que desearía desarrollar y por la importancia de sus propios objetivos económicos. Nuestro presupuesto comparado con el de instituciones similares de Francia, Inglaterra, Alemania, etc., hace resaltar la enorme diferencia entre lo que dedican, estos países, por citar los más cercanos a una acción cultural similar y de lo que podemos disponer nosotros. Espero que paulatinamente podamos ir encontrando los medios presupuestarios necesarios que nos permitan potenciar, en la forma que sería deseable, la acción del Instituto.

EN CATALUÑA

—¿Qué misión específica cree usted que debería cumplir el Instituto Catalán de Cultura Hispánica?

—Por sus propias normas fundacionales, el Instituto Catalán de Cultura Hispánica coordina cuantas manifestaciones o iniciativas de carácter hispánico se desarrollan en Barcelona. Su actuación, por las especiales características de la región catalana y de sus hombres, ha estado muy marcada por el interés en el desarrollo de las relaciones comerciales, económicas y técnicas con Iberoamérica y muchas de sus sugerencias e iniciativas han sido arranque para nuevas acciones del Instituto de Cultura Hispánica en estos campos. En la reciente visita que acabo de realizar a Barcelona he intercambiado puntos de vista con la directiva del Instituto Catalán de Cultura Hispánica y en estos momentos estamos estudiando las sugerencias que me han presentado a efectos de una mayor coordinación y una mayor presencia de esta Institución en Cataluña.

FRANCO Y EL PRINCIPE DE ESPAÑA

—En otro orden de cosas, deseáramos preguntarle sobre cuestiones que usted por sus vinculaciones dinásticas y familiares nos puede responder con especial conocimiento. ¿Cuáles cree que son los rasgos que definen de forma más notoria la personalidad de dos figuras tan importantes para España como el Generalísimo Franco y el Príncipe de España?

—Por mis lazos familiares con ambas personalidades no me corresponde a mí hacer el elogio de las muchas virtudes que les adornan y que, en el caso del Caudillo, por la amplia etapa de paz y de prosperidad que ha dado a la historia de España, son conocidas de todos los españoles. Pero quizás hay dos rasgos comunes a las dos figuras que a mi entender sobresalen de forma especial: la prudencia en sus actuaciones y su conducta de anteponer los altos intereses de la Patria a cualquier otra consideración.

JULIAN MARIAS Y LA EMOCION AMERICANA

por Mario PARAJON

SERIA interesante saber cuántos españoles viven en Hispanoamérica; qué piensan de los países donde han emigrado; qué sienten cuando evocan una ría gallega en un café de Costa Rica. E hispanoamericanos establecidos en España, algunos bajo la llovizna de Oviedo, muchos por el típico barrio madrileño de Argüelles, los suficientes en Cataluña como para formar pequeños grupos e ir a ver la Sagrada Familia. Se reúnen para cenar, beben vino tinto con aceitunas; comen pasta; abunda el queso y el tomate; suelen huir de las tartas. En Cuba y en estilo confanzudo se decía que era de buen augurio traer un «gallego» al retortero. Para un habanero de la calle Infanta, «gallego» es todo emigrante español, por más que naciera a un minuto de la Giralda. Lo del buen augurio era porque daba

calor y paz poseer la mitad trasatlántica de la isla en la persona de un representante, por humilde que fuese.

Mariás acaba de publicar un libro marino sobre Hispanoamérica. Pudo escribirlo en alta mar, en uno de esos amaneceres en que a los arrastrados a la alegría les parece bien despertarse. Son ensayos de un azul firme; están disparados con tenue arco fenomenológico para que la misma flecha se reciba en ambos mundos. No sólo estamos donde están nuestras piernas. Sorbemos, vivimos, nos remontamos ligeramente gracias a que se mueve sobre nosotros la audacia de la historia. Como España e Hispanoamérica hablan las mismas crónicas (al menos por algunos cientos de años), el escritor puede dirigirse a los vigías de las dos orillas: por eso es libro de buena escotilla. La luz no pone reparos cuando se apodera de las velas.

Escrito en el mar, pero de qué manera viajado por tierra. El Cuzco, Lima, Puerto Rico, Buenos Aires, Mar del Plata, Victoria, Borges, Mallea, indios, monjas, Pizarro. Niños debilitados de mirada negra. Una mujer entusiasta, rítmica, directora de una revista, hospitalaria, autora de ensa-



Julián Mariás

yos serenos y clarísimos. América es una realidad. Una realidad morena, fluvial, montañosa, cobriza, multicolor y bilingüe. El golfo se abre y se habla español. Y la lengua recorre el continente apaciguando cocoteros; concentrando palmiche; envolviendo los lagos desconocidos y acercándose a los lugares donde se inician los vuelos de las aves.

Mariás piensa que la lengua y los antepasados españoles son las claves subterráneas de la gran catedral hispanoamericana. Hay también antepasados indios; negros que llegaron esclavizados; italianos emigrantes, generalmente melancólicos; mucha, muchísima influencia anglosajona y francesa, sobre todo en las zonas del sur. Si, pero todos se entienden en español; en Brasil, donde se habla portugués, se habla portugués y español. Hay, por supuesto, variantes de pronunciación y tono. Son maravillosas si no se vuelven demasiado locales, si no implican chabanería o descuido. Un argentino no será lo mismo que un peruano o que un costarricense; pero les resulta más fácil entenderse que si cada uno tuviera de interlocutor a un alemán.

La lengua no sólo es la razón de amor de los escritores. Es el órgano de la convivencia. Los que viven en países donde no se habla su lengua, saben hasta qué punto sienten verdadera fatiga, cuando al cabo del día, a veces de las semanas o de los meses, advierten que no han pronunciado una palabra en su idioma. Se entristecen; corren el peligro de

mutilarse; necesitan de un esfuerzo sobrehumano para seguir siendo quienes son. Es que las presiones sociales son necesarias. Cuando un escritor atrae al público por su nueva manera de decir las cosas, esa nueva manera viene de muy lejos, emerge gracias a la resistencia que ha encontrado y con la que el escritor cuenta.

La vigencia del idioma es de las más antiguas, quizá sea la más antigua. Hace un siglo estaba socialmente mal visto que una muchacha saliera sola: hoy esa vigencia está caduca. Las modas pasan de temporada; los prestigios sociales cambian; pero seguimos teniendo hijos y seguimos hablando. Cuando a nadie le preocupa cómo se habla en su país; cuando sólo hay puristas que se refugian en el clasicismo como último y desesperado refugio; si se multiplican los silencios hoscos, empiezan los varones a usar diminutivos y se pierde la sensibilidad para todo lo que significa la palabra, entonces las cosas empiezan a ir mal o tal vez a ir mucho peor.

En otro libro de Marias el filósofo cuenta cómo sintió la primera emoción de esperanza al terminar la guerra. Fue en una conferencia de Menéndez y Pidal. A mí no se me olvida que por esos años, recuperándose España del desastre de la guerra, se hablaba con persistencia de poesía, de juglares, jarchas y romances. Se buscaban los orígenes para restablecer la concordia. Y esos orígenes, los hispanoamericanos sólo podemos hallarlos entrando a fondo en la España cultural e histórica. No se trata de nada político. Si queremos un español de América que compita con el de España en frescura, en movimiento, en expresión de otro paisaje, tenemos que ver cómo se ha formado, qué aventuras ha corrido, de qué manera ha ido creciendo su realidad.

Por eso Marias pide a los hispanoamericanos que se encuentren en España. Que se interesen por España, que estén en tanto de lo que pasa, que piensen en ella sin rencor ni beatería. No hay peligro de «hispanismo». El propio Marias atribuye no pocos defectos hispanoamericanos a la herencia española. Lo que demanda a los unos y a los otros es que dilaten y enriquezcan el ámbito de su sociedad incluyendo a la sociedad española. Todas las sociedades pequeñas, los grupos cerrados, los ghettos, son esterilizantes y mefíticos. Se vuelven resentidos, a veces amargos y paralíticos. Nada es tan bueno para la salud del alma como un espacio abierto. Esas cimas desde las que se otea un valle, montañas lejanas, un río, extensiones enormes de cielo. Esa historia que se reconstruye desde la antigüedad, que puede ser vista haciéndose paso a paso.

Y la historia de Hispanoamérica (no su leyenda, pero sí su historia), empieza tarde. En el XVI, más formalmente en el XVIII. Los indios hicieron maravillas que no pueden olvidarse, pero sus tradiciones se universalizan cuando se cuentan en español. Todo lo anterior, desde Grecia y Roma hasta la Edad Media, sólo nos pertenece en la medida en que pensemos nuestra crónica como española. Esos siglos de antepecho añadirían gravedad y real fortaleza a nuestro espíritu innovador.

No se trata sólo de que en España se celebren congresos, encuentros entre escritores y reuniones en los colegios universitarios.

Eso es magnífico, qué duda cabe, e inolvidable por añadidura. Se trata de crear un estado de alerta, una vigilancia, una atención más fina. Eso sí: de parte de los hispanoamericanos y de parte de los españoles. Porque tampoco Marias olvida que la experiencia de un español es intrínseca e insoslayablemente americana. Si el cubano tiene su «gallego» al retortero, el español no se libra de su criollo. Ni siquiera se entiende la reconquista si no se la ve culminando en la ruta de las Indias. Hasta la literatura española es incomprensible hoy si nos desentendemos de la influencia de Dario, de Vicente Huidobro, de Neruda. Dentro de diez años habrá que añadir otros nombres: el de Borges o García Márquez, para no hacer más larga la lista.

Creo que hoy caminan por las calles o se esconden en las discotecas, muchos desorientados. ¿A qué se debe la desorientación? A muchas razones, no se pueden reducir a una. Pero todos, todos los desorientados desconfían del pasado. Quizá no sepan que si se desconfía del pasado ya se está recayendo en el pasado, pues fue en el pasado cuando Descartes proclamó la necesidad de esa desconfianza. El caso es que desconfían, hablan vagamente de alienaciones y no saben qué rumbo tomar. En muchas cosas tienen razón, pero no la tienen en conjunto. Lo que sí podría ocurrir sería que su actitud resultara históricamente inteligible. No se encuentran con nada compacto, todo se les disuelve entre las manos en vista de la adolescencia enquistada de sus mayores. Adolescente es aquel que no tiene sentido del tiempo. Y se puede ser colectivamente adolescente si no se tiene sentido del tiempo histórico. Que es, también, el tiempo de la lengua. Y el de un destino por el que hay que preocuparse.

«LA PATRIA COLOMBIANA COMENZO CON LA REAL CEDULA QUE NOS DIO JURISDICCION PROPIA, NO CON EL 20 DE JULIO», Alfonso López Michelsen, presidente de Colombia

EN nuestra edición anterior dejamos constancia de la visita del señor presidente de la República de Colombia, doctor Alfonso López Michelsen, al Instituto Colombiano de Cultura Hispánica para recibir la Medalla «Guillermo Valencia» y los ejemplares editados hasta aquí de la Flora de Mutis, que le impusiera el presidente de dicho Instituto, don Ignacio Escobar López, en presencia del embajador de España en Colombia, don Fernando Olivé.

En esa ocasión pronunció el señor Presidente de Colombia un discurso que nos parece una obligación para con nuestros lectores, más que una cortesía con el señor Presidente, reproducir en todas sus partes. He aquí su texto:

«Señor director del Instituto de Cultura Hispánica; señores miembros de la Directiva del Instituto; señor presidente de la Corte Suprema de Justicia; señores embajadores; señoras y señores:

Los menesteres del oficio que desempeño en la actualidad me obligan a una pobre improvisación frente a las eruditas y bondadosas palabras del director del Instituto. Pido de antemano excusas por las limitaciones de mi léxico y de mi pensamiento en estas circunstancias, en que sólo quiero expresar mi reconocimiento por el inmerecido honor de que se me hace objeto. Honor tanto mayor cuanto va unido al nombre de ilustres colombianos: aquéllos que contribuyeron en una forma u otra a la fundación de este Instituto, como el doctor Laureano Gómez; doctor Roberto Urdaneta Arbeláez y doctor Guillermo León Valencia, todos ellos ex presidentes de Colombia y uno de ellos hijo de quien da el nombre a esta condecoración «Guillermo Valencia», Príncipe de las Letras Colombianas.

Poca ha sido la contribución que he podido prestar en el curso de mi vida profesional a la cultura hispánica. Y excesivas las palabras del señor director para conmigo. Si de algo puedo ufanarme es de haber rescatado una tradición de hispanidad que se estaba perdiendo en nuestra patria. A raíz de la Independencia se escribió una crónica apasionada y sectaria en contra de la conquista y la colonia españolas.

Ya para mediados de siglo, plumas ilustres como la de don Andrés Bello, la de don Miguel Antonio Caro, la de don Sergio Arboleda y la de don Carlos Holguín, habían comenzado a rectificar esa obra, eclipsada y opacada por la leyenda negra de la conquista española difundida por el Padre Las Casas y divulgada en todas las



El presidente López Michelsen y don Ignacio Escobar López

latitudes por escritores anglosajones. Curiosamente, mientras en nuestro siglo XX se eclipsaba esa posición intelectual y de defensa de los valores hispánicos, surgían en las naciones hermanas escritores autorizados que le devolvían a las nuevas generaciones su fe en las raíces autóctonas; Ruiz Guíñaz en Argentina, Riva Agüero en el Perú, Vasconcelos, Junco y Pereira en México; todos ellos, al tiempo que los escritores peninsulares, como el propio Alcalá Zamora, proseguían en la tarea de *descorrer el velo sobre lo que había sido obra admirable de la conquista y la colonización española*.

Nosotros, los colombianos, contemplamos con asombro y un secreto orgullo nacionalista ese formidable monumento de la época que es Cartagena de Indias; pero se habían silenciado las plumas y se habían acallado las voces. Entonces, cuando figuras como las que me acompañan en esta mesa, y el actual canciller de la República, doctor Indalecio Liévano Aguirre, y en más modesta escala quien habla (que desempeñaba en aquellos años —seis lustros largos— la Cátedra de Derecho

Constitucional en la Universidad del Rosario) nos propusimos la tarea de proseguir en la investigación de lo que había sido el alcance de la ciencia española en nuestro medio y los frutos que habíamos cosechado en la colonia.

Singularmente, escuelas de pensamiento tan avanzadas como el socialismo inglés, de la London School of Economics y de Harold Laski; comenzaban a reconocer en los precursores del Derecho Internacional de estirpe española, en los investigadores del Derecho Natural, como el padre Vitoria o Sepúlveda, o tantos otros, el más avanzado, el más humano, el más conforme con los sentimientos humanistas y socialistas que daban la razón a nuestro pensamiento.

Desvirtuamos la especie burda de que habíamos vivido en un mundo sin derechos y que únicamente a raíz de la Independencia, con la expedición de constituciones de extirpe anglosajona, se había visto por primera vez en nuestro continente y en nuestra patria el Derecho Constitucional integrando la dignidad humana. Por el contrario, en los siglos anteriores a la República, no sólo existió una constitución, no escrita, como no es escrita la actual constitución del Reino Unido, sino una constitución que consiguió proteger por igual al indígena y al español, al criollo y al mestizo, fundiendo a veces en instituciones autóctonas, las arcaicas instituciones indígenas, con las que venían de las Partidas y de las Disposiciones de Alfonso El Sabio. Con razón evocaba en este mismo recinto el señor director del Instituto mis palabras pronunciadas en alguna ocasión en el claustro del Rosario, cuando reclamaba como verdadero origen de nuestra nacionalidad, no la revolución del 20 de julio —en la cual no se proclamó la Independencia de España sino la independencia de Bonaparte y se consagraron algunos principios generales de derecho—, y si la fecha en que se segregó de la Audiencia de Santo Domingo la Audiencia de Santa Fe, y emprendimos la inmensa aventura de ser una nación con fisonomía propia con una vida en común, con unos límites territoriales, que son más o menos los mismos que han servido de cerco a la República de Colombia a través de los siglos y que, como diría el filósofo francés, «nos permite constituir una patria entre el vaivén de las cunas y el silencio de los sepulcros». Esa patria no empezó el 20 de julio con el grito de la Independencia; esa patria empezó con la Real Cédula por medio de la cual se nos consiguió una jurisdicción propia, se nos señaló para lo que entonces era apenas una vida administrativa y ha sido posteriormente una larga trayectoria política y sentimental.

El Gobierno no tiene sino palabras de agradecimiento por este acto. Una condecoración con que se me distingue, un obsequio como la obra del sabio Mutis, que me llega particularmente cerca de mis afectos. Me crié y me formé en casa de mi abuelo materno, un botánico por excelencia. A su sombra adquirí un acervo en ebullición que me permitió, a solicitud de doña Margarita Caro de Rueda, escribir el prólogo a las obras de don Tomás Rueda Vargas, maestro del idioma e investigador infatigable de todo cuanto se relaciona a los orígenes de nuestra fauna y de nuestra flora sabanera. Saber de dónde vino cada planta, cada animal a esta altiplanicie; cómo llegó la dalia desde México, el agapanto

desde Etiopía, qué mano trajo el alcaparro o el eucalipto de Australia; cómo se aclimataron ciertas plantas y nunca pudieron prosperar otras de las regiones de la zona africana. Todas estas investigaciones apasionantes que llenaron gran parte de mis primeros años, y que como decía, me mueven a agradecer particularmente esta obra magna, esta incomparable versión de los dibujos de la Expedición Botánica de Mutis.

Quisiera, para terminar, reiterar mi admiración por la figura de mujer más formidable en la historia de la Humanidad. Quiero referirme a Isabel la Católica. La evoco en su infancia, mezclada con su pueblo, amante de las canciones populares cuando aún vivía en Arévalo. Y, al mismo tiempo, humanista, dueña de las llaves del latín y del griego, política incomparable, mujer cabal y fundadora de esta Unidad española de la cual somos beneficiarios. Ahora, como en tantas otras ocasiones, quiero evocar las hermosas palabras de su testamento, palabras dirigidas, como ella misma decía: «Al Rey, mi Señor, a mi hija doña Juana y al Príncipe su marido, encomendándoles a sus súbditos, los indígenas de este lado del mundo habidos y por haber», para los cuales solicitaba en palabras emocionadas esa ternura, ese afecto y esa protección que nos garantizó el mestizaje y la supervivencia frente a la exclusión de los aborígenes americanos, sometidos al implacable rigor de los conquistadores anglosajones y holandeses. Que sea ella el modelo de nuestras mujeres y que nos sirva de inspiración y guía a todos aquellos que descendemos del tronco español, como símbolo de unidad, de solidaridad y de hermandad.»

BUENAS PERSPECTIVAS PARA LA AMISTAD ENTRE EL SALVADOR Y HONDURAS

UNA de las consecuencias más encomiables del encuentro del Presidente de Venezuela con sus colegas de Centroamérica en la ciudad de Puerto Ordaz en diciembre, fue el anuncio de que los Jefes de Estado de El Salvador y de Honduras, presentes en la reunión, habían establecido contacto personal y tratado sobre la posible liquidación definitiva del estado de alejamiento en que se encuentran por causas de todos conocidas. A la reanudación de la amistad entre las dos naciones, ligan muchos la suerte del Mercado Común Centroamericano, lo que añadiría a la felicidad de la convivencia en paz y en amistad, el beneficio colectivo del renacimiento de ese organismo.

UN NUEVO LIBRO DE JORGE GUILLÉN

LA aparición de un libro del poeta Jorge Guillén, quien con Gerardo Diego y Vicente Aleixandre compone el gran trío de la Generación del 27 que por fortuna prolonga en nuestros días el esplendor de aquel momento único, es un acontecimiento.

La revista *Insula* de Madrid dedicó a la obra *Y otros poemas*, publicada en Buenos Aires por

Muchnik Editores, el siguiente artículo del ilustre académico don Rafael Lapesa

«Hace siete años, al publicar *Homenaje*, Jorge Guillén parecía dar por concluso el ciclo de su creación poética. El último poema de aquel libro, *Obra completa*, así lo anunciaba. Era una despedida melancólica que, para bien de la poesía española y sus lectores, ha sido rectificada por la caudalosa vena, canalizada con exigente rigor, que ha tomado forma en nuevos libros. A aquella despedida se contraponen su glosa de ahora:

*¡Inagotable vida! No hay «summa»
[que la entierre.
No concluye el poeta de reunir
[palabras.
Jamás sobre el papel ávido con sus
[blancos.
Obra acabada nunca si no se de-
[tuviese
—Fuerza mayor— la mano que
[traza aún más signos.*

No inexhausta, sino «inagotable» capacidad de entusiasmo y de exigencia creadores. La avidez del papel por llenarse de versos es menor que la del poeta por dar forma en ellos a lo mucho que tiene que decir. Y al ciclo de *Aire nuestro* sucede *Y otros poemas*, extenso volumen, de contenido tan vario como homogéneo. Por una parte, es patente su continuidad con *Aire nuestro*; el nuevo libro tiene la exaltación vital de *Cántico* y su asombro ante el universo maravilloso; pero también presenta, como *Clamor*, el drama de la existencia humana, su ser para la muerte, la realidad del dolor, la injusticia, la maldad destructiva, y como *Homenaje*, es «reunión de vidas», vida compartida con otras en la lectura, la amistad o el recuerdo. El poeta y su mundo se nos presentan en su integridad y en su integración. Y ese mundo no es torre de marfil ni paraíso lejano: incluye la actualidad palpitante, que urge a tomar posiciones. El poeta sigue «a la altura de las circunstancias», buscándoles sentido y valorándolas. Fiel a sí mismo, lo es también al contrastar sus afirmaciones previas en la piedra de toque de las nuevas realidades. Sin perderlas de vista, insiste en su actitud frente al mundo, la muerte y la existencia, superando la antinomia *Cántico-Clamor* con un balance positivo a favor de la vida. Y nos da su poética definiendo su propio arte.

El libro se ordena en cinco secciones: la primera, «Estudio», está constituida por poemas que se enfrentan con el misterio de la existencia y del universo: naturaleza, vida, amor, muerte. Siguen las «Sátiras», dedicadas al acontecer contemporáneo: Vietnam, violencia racial en Norteamérica, rebelión iconoclasta de los jóvenes, guerra y posguerra de España. Las «Glosas» versan sobre la creación literaria: «Res poética»; comentarios y paráfrasis que abarcan desde Prajapati hasta Gracián y Winckelmann; semblanzas, y «al margen de *Aire nuestro*», en que el poeta vuelve sobre sus propias obras, las revisa, completa y corrobora. La cuarta sección, «Epigramas», tiene su unidad en el género, con gran variedad de temas. Finalmente, las «Despedidas» comprenden «Variaciones», que van de la traducción a paráfrasis de poemas o versos hasta un inolvidable retrato de Ungaretti; «Reviviscencias», recuerdos autobiográficos y de amigos, y «La sibila», sobre el futuro previsible de la humanidad. Tal distribución es lo su-

ficientemente fluida para no quebrantar la armónica unidad del libro, mantenida con firmeza por la coherencia de actitudes y por la marca de un estilo inconfundible.

Esta disposición ordenada y orgánica responde a una de las ideas-eje que fundamentan la concepción del universo en Jorge Guillén: la oposición caos-cosmos. Lo vaporoso, lo impreciso, lo amorfo reclaman formas consistentes. Las nubes vistas desde un avión aparecen como

*Una errabunda materia
Que algo quiere más compacto,
El desenlace concreto,
Quizás al fin hoja, pájaro,
Seres y seres distintos,
El mundo en que nos salvamos.
(«Imagen de caos», pág. 30.)*

Toda la naturaleza manifiesta ese mismo afán. Los caprichosos roquedos del Torcal, la ciudad encantada antequerana, son «Fabulosos trabajos de arquitecto / a veces de escultor», aunque para nosotros queden en boceto: «Intenciones visibles buscan formas». La mariposa es «derroche / De invención de hermosura no económica, / Más allá de las útiles empresas» (101). La fantasía de la naturaleza tiene sus audacias, pero también sus cánones: la orquídea, rebuscada, queda por debajo de la rosa (32). El orden universal se funda en la conjunción de conciencia y materia (99); el pensamiento impone rigor:

*En torno a mis ojos cerrados
—Dentro de esta noche muy densa—
Se establece rigor de mundo:
Un todo a sí mismo se piensa.
(367.)*

La misión del poeta es cooperar a que el caos se reduzca a forma capaz de iluminación:

*Supere a nuestro mundo en caos
El orden de nuestra palabra
Firme para que se nos abra
La hora a más luz. Expresaos.
(197.)*

Nadie ha insistido tanto como Jorge Guillén en el rigor de la formulación poética: «Precisión de palabra, limpieza de la frase: / Eso es lo que busqué» (295); «La palabra rigurosa / Tronco a tronco, rosa a rosa, / Crea el preciso jardín» (347). Y lo crea con gozo, porque el poeta disfruta acrisolando sus versos con vigilante exigencia. Veamos al artífice de las décimas describir la elaboración de esta estrofa, a propósito de las que años atrás había agrupado bajo el título de «El pájaro en la mano» (Parte 3 del IV Cántico):

*La décima —pulso y traza—
Robustece un pensamiento,
Así superior a ciento
Volando, libres de caza.
Cada elemento se enlaza
Con pulcritud al siguiente
Para que goce la mente
Mientras complace al oído
Que todo quede regido
Por justo compás viviente.*

No hay aquí virtuosismo, sino satisfacción de dar consistencia, mediante forma exacta, al vivir que va expresando. El poeta crea vitalmente; rigor —dice— es más amor (304). Pretende extraer la virtud, matiz y esencia de los seres y «con amor y con fe decir la vida / Que está allá, frente a mí, que es conquistable» (199). Su poesía es ars vivendi, ars amandi,

*Sentimiento aún de asombro
Que resplandece con fe.
(223.)*

Esta poesía esforzada rechaza el hermetismo y niega que una producción escasa garantice calidad (209-123). Repudia también el solipsismo y la introversión: es depurada y abundosa comunicación de quien no se toma a sí mismo como asunto y sólo atiende a la meta: «Amante hacia la amada, padre hacia criatura, / Poeta hacia poema, amigo hacia el amigo» (260). De ahí que la convivencia sea tema esencial: aunque no le plazca el término *otredad* (328), el poeta mira hacia la gente, hacia los demás. Un café con amigo le hace exclamar: «¡Tierra!», como al naufrago la vista del litoral. La imaginación se pone al servicio de «Esa terca empresa / Que es nuestro convivir, todo inventado» (97); y si el trato amistoso elude a veces la verdad



Jorge Guillén

cruda, no es por hipocresía, sino porque «se busca siempre forma que nos construya mundo» (340). Mundo en que el poeta dialoga con las voces del pasado o vierte su generosidad sobre los amigos de hoy, presentándolos como ellos quisieran ser. Pero la cordialidad rebasa los límites cercanos y abarca a todos los hombres. De la religiosidad infantil no ha percibido todo:

*Profundamente
Subsisten vivacísimas palabras
Donde laten perennes sentimientos.
El amor y la paz, hermanos todos,
La piedad, la humildad.
(346.)*

El error, privilegio del hombre, es también lazo de hermandad (335).

Pero los hombres se revuelven contra los hombres. El mundo —orden, cosmos— deja de serlo y se hace atroz (50). El poeta denuncia la tiranía, la persecución, la violencia, y protesta contra ellas con palabra impracable. Con igual valentía lanza su anatema sobre todo aquello que en la rebelión de los jóvenes es meramente negativo y destructor. De otra parte están los fales no atribuibles al *homo homini lupus*; catástrofes desencadenadas por los elementos, enfermedades, vejez:

*Las miserias del hombre
Que de modo tan vil y tan injusto
Va desarticulándose.
(37.)*

También, y sobre todo, la muerte, que el poeta no ve como liberación ni como tránsito: «Todo se acaba cuando se fallece» (336). Negado insistentemente el más allá, la muerte se presenta como «proceso desastroso / Que sin horror no puede imaginarse» (67), y contra el que se alza, inevitable, la protesta: «Buen disparo a mansalva» es el plan supremo a que obedece una muerte repentina (85). Pero esta acusación queda superada por una aceptación serena y sin esperanza. «El orbe creador

no es asesino» (336): se atiene a una ley que no exceptúa al bipe-do implume. Tal resignación elimina la tragedia (74) y permite afrontar con entereza el desenlace, al que el poeta quisiera llegar con plena conciencia:

*Como un buen aventurero
Cuando muera
Quiero saber que me muero.
Quiero conocer la historia
Verdadera:
Un instante en la memoria.*
(73.)

La «aventura individual» es una chispita —conciencia de la luz— que es y se apaga en la inmensidad del tiempo, sin resistencia que la haga perdurar (86). Pero tener tiempo de ver la luz (259) basta ya para conferir valor a la vida:

*Si buscas el sentido final de la
[existencia
Y no lo ven tus ojos ni eterno ni
[sublime,
¿Has de tener razón para deses-
[perarte?
La modesta, fugaz aventura difícil
De ser hombre una vez ¿no es algo
[extraordinario?
(394.)*

Así es posible repetir la afirmación vital de *Cántico*. Hemos de inventar, renovándonos, la vida que se nos da (321 y 356); hay que aceptar el reto de nuestro destino y vencerlo (371). La fe en la vida supera al dolor (388). Y no sólo porque junto a los instantes de crimen y miseria haya otros de dicha completa (229), sino porque los valores de la vida están por encima de la vida y muerte individuales:

*La vida —¿quién, nosotros?— nos
[sorprende
Con su imaginación inextinguible,
No siempre igual a su pasado ex-
[tinto,
Y sin cesar al porvenir se abre
Con precipitaciones imprevistas,
Mas allá de tus cálculos,
Homínulo.
... La vida, tanta vida
Vale más que tú y yo.*
(298.)

Así el poeta dice a la vida «un firme sí» (346) acorde con el «Sí triunfante» que en el universo quedará «mientras sigan átomos danzando» (75); reitera su aserto de que «el mundo está bien hecho», negado por los necios (329); y formula su credo final de esta manera:

*Creo en la vida mientras vivo.
Creo que mi muerte es mi muerte
Y creo en la rama de olivo.*
(425.)

Temo que, por no falsear el contenido del libro, estas páginas más se hayan convertido en cen-tón. Pero acaso a través de las citas dejen percibir la tersura y tensión de la forma. Ojalá sea así. El nivel poético de *Y otros poemas* se mantiene en las mismas cotas cimieras alcanzadas por Guillén a lo largo de su obra anterior. ¡Qué maravilla es *Ariadna en Naxos!* ¡Y qué prodigio de gracia y esmero son esos epigramas sobre la primavera en ciernes!:

*Antojo de primavera:
Nieve que nadie reclama.
Con ese inicial verdor
La blanca más ligera
Florece bajo la rama.
... ..
Una florecilla morada
Se asoma al mes de abril
Con presentación muy sutil:
Es bella y casi nada.*

Que Jorge Guillén siga dándonos con nuevos libros su fe de vida.

AYACUCHO ¿PUNTO Y APARTE O PUNTO FINAL?

por Matías SEGUI

EL episodio de Guayaquil —entrevista de los dos grandes de América— ya estaba olvidado. Sobre todo por Bolívar, quien entra en Lima en 1823, mientras San Martín había partido hacia el ostracismo impuesto por los hombres que nunca llegaron a comprender su actitud.

Pero la situación militar estaba —más o menos— igual al momento en que el general argentino la dejara al salir del territorio peruano.

El español Canterac —general en jefe— amenazaba desde Huan-cayo con unos 8.000 hombres y el Virrey, en el Cuzco, con un millar de combatientes bien armados y entrenados.

El cuadro realista se completa con 3.000 hombres al mando del general Valdés, en Arequipa, y 4.000 en el Alto Perú, bajo las órdenes de Olañeta.

En columnas volantes, unos dos mil hombres más.

En total —según Madariaga, a quien seguimos— 18.000 soldados.

Una bonita cifra, nada despreciada por el Libertador, quien solicita doce mil combatientes colombianos, para que se lleguen hasta el Perú. Porque de lo contrario —diría— no quedaba otra salida que la firma de un armisticio con el ejército realista.

Y tan decidido estaba a dar este paso —decía— que prevé que este posible armisticio pueda ser roto, caballeramente, desde luego, previo aviso con una antelación de sesenta días.

Que Bolívar creía en la potencia del ejército que defiende los derechos de Fernando VII lo parece probar el hecho de que en enero del 24 anunciase su retirada a Trujillo, dando explícitas órdenes para que se trasladasen a su nueva residencia, desde la silla de montar, hasta sus libros.

La situación era difícil. Porque Bolívar desplaza a San Martín. Pero, ¿qué?

No tiene fuerzas suficientes. Y se impone un compás de espera.

Parece que fue Sucre quien propuso entablar una negociación, negociación que no llegó a consumarse.

Y es que, conociendo a Bolívar, reconociendo la recia personalidad de Bolívar, es válido dudar, muy seriamente, de que se propusiese aceptar una tregua, un armisticio, como había indicado al presidente Santander. Hay que sospechar, hay que concluir, que se trataba de una simple argucia para que Colombia apresurase el envío de refuerzos, necesarios a todas luces si se contabilizan las fuerzas de uno y otro bando sobre el papel. Que después, en el terreno, ya sería otra cosa.

Bolívar no pensaba pactar. Pensaba, eso sí, ganar tiempo. El tiempo estaba a su favor porque,



Simón Bolívar

de toda Sudamérica, solamente quedaban en manos realistas diversas zonas del Perú. Y estas zonas, y este ejército realista, no podía poner en peligro la obra de la Independencia, a punto ya de consumarse en el acto final. Y Bolívar lo sabía.

A Sucre, a su insinuación de pactar, no le hace caso. Bolívar podía esperar. O pasar a la acción, depende. Pero decide esperar porque conoce perfectamente el momento político-militar de América y de la península.

Entre tanto, se suceden una serie de episodios, pienso que de interés anecdótico más que de interés militar o político: el Callao, mediante una rara maniobra —que no se ve muy clara— cae en manos realistas con la complicidad, al parecer, de altas personalidades peruanas; el general Olañeta, peruano, pero militando en el bando realista, se alza contra el virrey, declarándose defensor del absolutismo de Fernando —impuesto de nuevo en España— creando así una delicada situación —una más— entre los realistas, en aquel momento liberales.

Bolívar tropieza con Canterac, o Canterac con Bolívar, en Junín. Y en la batalla —en el fondo, una escaramuza— el general español, sin disparar un tiro, retrocede ante la caballería colombiana y sus largas lanzas que, al parecer, le sorprendieron.

Canterac decide retirarse al Cuzco. Pero el Libertador no estorba esta retirada, limitándose a intentar seguir sus huellas.

Canterac apresura la rápida marcha. Camina sin cesar. Y recorre 160 kilómetros en dos días. Que ya es caminar. Aunque, como consecuencia de esta velocidad, y de la deserción de las tres cuartas partes de sus fuerzas peruanas, iba dejando el rastro sembrado de armas e impedimenta que, con toda seguridad, le estorbaba en la, llamémosla así, estratégica retirada.

Bolívar deja a Sucre a la cabeza de su ejército. Aunque continúa, como siempre, con el mando efectivo.

Y, poco a poco, los dos ejércitos van acercándose.

Desde el primero de diciembre las avanzadillas de uno y otro bando se entrecruzan con harta frecuencia.

Y el 9 de diciembre, la batalla. La batalla de Ayacucho.

El valor real de la última batalla reside, no en los pormenores, sino en el brutal significado que tiene para la España del XIX: el fin del Imperio, tambaleante desde hacía no sé cuánto tiempo, pero todavía en pie; resquebrajado, roto, destrozado, sin posibilidad humana de arreglo o compostura porque ya era demasiado tarde, porque no se había sabido o querido poner remedio cuando, en el siglo XVIII, quizá hubiera cabido alguna esperanza de crear una comunidad hispánica de naciones, al estilo de la británica.

Ahora ya todo era inútil. Hasta la misma batalla, que tenía de valor lo que puede tener un símbolo; porque, en el fondo, fue eso, una batalla-símbolo, tanto para América como para España, aunque de signo contrario.

Y si examinamos los pormenores —de la mano de Madariaga— no dejará de extrañarnos una serie de detalles, más que significativos.

Veamos. La batalla fue un modelo de corrección. Fue —diríamos— una batalla civilizada.

Alineados los dos ejércitos, uno enfrente del otro, avanza un ge-

neral español, Monet, quien pide permiso para que los oficiales realistas puedan abrazar a los hermanos o parientes que militan en el ejército patriota, subrayando, con su actitud, la tesis de que nos encontramos con una auténtica guerra civil.

Sucre accede a esta petición. ¿Qué había de malo en aceptarla?

Monet —seguimos con Madariaga— departe con el general Córdova su media hora larga. Le propone la paz. Y Córdova le responde que sí, pero reconociendo la independencia del Perú.

Se le replica que considere la potencia del ejército realista, y Córdova contesta que esa potencia se medirá en el campo.

La tropa se pone a desayunar. Y después, de mutuo acuerdo, cada bando se fue a vestir como para exhibirse en un desfile de gala.

Regresa Monet, con un espléndido uniforme. Pregunta por Córdova. Y le dice: «General, vamos a dar la batalla».

El otro asiente, con tranquilidad: «Vamos».

Y comienzan los avances y los retrocesos, el contraataque y la reciedumbre de unos y otros, clavados en el terreno.

Se adelanta Monet, apoyado por Canterac. Comienzan las deserciones en el bando realista. Y la ola de pánico se extiende. Son derrotados Villalobos y Monet. Y Valdés a continuación.

En dos escasas horas, Sucre gana la independencia del Perú. Vale decir la de Hispanoamérica.

Hay algo extraño en todo esto, dice Madariaga. Y merece estudiar al ilustre historiador para darse cuenta de que, efectivamente, para ser la última batalla del continente, parece haber algo extraño.

A los generales y oficiales españoles que intervinieron en esta batalla siempre se les conoció, en la península y una vez repatriados, por «los ayacuchos». Entre ellos se estableció una camaradería muy especial. Tan especial, que Madariaga sospecha que estaban de acuerdo para rendir las tropas realistas, pero salvando el honor ante las autoridades peninsulares, ante las cuales deberían, sin duda, rendir cuentas de sus actos.

Si repasamos la situación de entonces, habrá que preguntarse si no está en lo cierto Madariaga. Porque, ¿para qué o para quién luchaban los generales españoles?

Todo estaba perdido. La metrópoli, incapaz de enviar refuerzos, se enfrasca en luchas intestinas entre liberales y absolutistas. Y el ejército de Ayacucho era, prácticamente, un ejército abandonado a su suerte, cuando el continente entero era ya libre, por lo menos de hecho, que no aún de derecho.

La realidad es que la península se había desentendido totalmente, por completo, del problema americano. Esto es indudable. La península tenía unos problemas, graves problemas, que resolver. Y el estampido del cañón de Ayacucho le llegó con ecos muy lejanos, si es que le llegó.

Se sabía que América estaba perdida. Y que unos cuantos generales españoles mantenían una lucha inútil y fratricida.

¿Y qué? Los «ayacuchos» rindieron un virrey, quince generales, dieciséis coroneles, y quinientos cincuenta y dos oficiales.

La batalla-símbolo había concluido, estaba consumada.

Para América significó la liberación de la península. Para la metrópoli ¿qué representó: un punto y aparte o el punto final?

